

¡OJO CON EL PERRO!

Un acercamiento etnográfico a la (re)significación de animales no-humanos  
domésticos (Perros) en un parque de Cali.

TRABAJO DE GRADO

ARIA ERASO LÓPEZ

Director de tesis:

ENRIQUE JARAMILLO BUENAVENTURA

UNIVERSIDAD ICESI

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA

SANTIAGO DE CALI

2018

## TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS .....	3
INTRODUCCIÓN .....	5
Metodología .....	15
Organización de la Tesis .....	19
Capítulo 1 “Razas”: Sistema de Clasificación .....	21
De Raza .....	26
Criollo.....	39
Cruce .....	50
Capítulo 2: Relaciones .....	55
Prácticas de cuidado .....	58
Puppy Talk: Habla Perruna y conversaciones.....	70
El que mucho presume de mucho carece .....	78
Nos vamos sin ellos.....	87
Capítulo 3: Interpretaciones .....	94
CONCLUSIONES .....	109
Bibliografía .....	122

## AGRADECIMIENTOS

A mi abuelo Omar Edmundo Eraso Enríquez, admirable humanista, pedagogo y escritor, quien me enseñó a enseñar; maestro de maestros que avivó mi sentido de la curiosidad y me dio el ahínco para formularme interrogantes para comprender la vida social y simbólica de la humanidad.

A mis padres, quienes estimularon mi asombro y alimentaron mis indagaciones por las prácticas culturales, y sin quienes no podría haber sido posible empezar y darle continuidad a mi trayectoria académica.

A todas las personas que me dieron pistas para estructurar y redactar este documento, especialmente a Diego, Jacobo, Mónica y Milena, les debo mi más sincero deseo de gratitud; sin haberme abierto las puertas de sus hogares y sin su ayuda en las jornadas de paseo, no habría sido posible observar y registrar cada pieza etnográfica.

A mi tutor, Enrique Jaramillo, quien, con su paciencia y meticulosidad, evaluó mis intereses y brindó valiosas sugerencias que enriquecieron y aclararon el trabajo.

A mis docentes Alhena Caicedo, Tathagatan Ravindran, Diego Cagüeñas, Inge Helena Valencia, Esteban Ramírez, y con especial agradecimiento a Daniela Castellanos por los aportes en el proceso de reflexión con su curso de Seminario de profundización en parentesco y persona.

A mis colegas Valentina Escobar, Laura Hernández, Diana González, Juan Sebastián Barrios, María de los Ángeles Balaguera, Laura Vanin, Juan Pablo Hormaza, Juan Esteban Montalvo, Paula Pratt y Natalia Medina porque de no haber sido por ellos, no habría abierto el espectro de perspectivas a la hora de analizar el fenómeno en cuestión.

Y finalmente, a Pipi, mi difunta perrita y el motor y motivante más grande para la presente investigación.

## INTRODUCCIÓN

Mi interés por la relación entre seres humanos y no humanos surgió en un seminario de profundización en parentesco y persona del pregrado en Antropología de la Universidad. Muchas de las discusiones y los debates de esa clase, giraron en torno al hecho de que las relaciones de parentesco no se tejían exclusivamente en función de rasgos biológicos, sino que principalmente adquirirían sentido desde dinámicas, vínculos e interpretaciones sociales. Estas discusiones hicieron que me preguntara sobre una situación que estaba viviendo en mi casa. En ese entonces teníamos una perrita que nos acompañó durante 13 años en la casa. Mientras aún vivía con ella, empecé a observar con más detenimiento cómo los miembros de mi hogar, incluyéndome, nos relacionábamos con Lupita (mi perrita), y cómo la ubicábamos en un lugar importante del hogar. Siempre procurábamos que Lupita saliera en nuestras fotos familiares, empacábamos regalos y se los dábamos en navidad, o en su cumpleaños. Le dábamos también algunas cosas que a nuestros ojos eran del agrado de ella: algunos alimentos como helado, chocolate o pan. Una de las acciones que más llamó mi atención, era lo que mi madre hacía con Lupita. Ella solía usar apodos, que utilizaba con mi hermana y conmigo, para llamar y referirse a la perra. Por ejemplo, *mijita*, *tesoro* o la *niña*. Hubo muchas ocasiones en las que mi hermana y yo íbamos en vano hacia mi mamá cuando ella decía a viva voz *mijita* o *tesoro*. Cuando llegábamos, ella argumentaba que estaba llamando a la perra y no a nosotras, y eso nos causaba desconcierto. En ese entonces, pensaba que Lupita tenía un lugar muy importante en mi hogar, no sólo por las formas que utilizaba mi mamá para llamarle, también por cómo el discurso de mi madre o mi abuela le otorgaba a Lupita títulos como *hija* o *la niña de la casa*. Incluso cuando alguien nos visitaba, Lupita se sentaba en la sala, nadie la bajaba de la silla donde siempre se sentaba. Mi madre decía que a ella le encantaba hacer visita y escuchar las conversaciones que se producían. Bajo mi óptica, estas interpretaciones que hacían las personas

de mi casa sobre las acciones de la perra eran puntos de vista exclusivamente humanos. Es decir que sólo eran interpretados por las personas de mi hogar: figuras humanas. Ahí empecé a preguntarme de forma general, si realmente como humanos éramos buenos intérpretes de las cosas que hacían los animales no-humanos con los que compartíamos el hogar. Por eso me interesaba saber cómo mi familia u otras personas que se encontraban en la misma situación, estaban entendiendo a los perros, cargándolos o no de significados, y desde sus interpretaciones adjudicándoles roles o características humanas. Quería saber si esa situación que experimentaba a diario en mi hogar, también trascendía hacia otros escenarios familiares o incluso fuera de ellos.

Paralelamente, por esa época en Cali empezaron a emerger lugares que ponían a disposición de los animales no-humanos caninos domésticos determinados servicios. Por ejemplo, muchos restaurantes comenzaban a incluir en sus puertas el calificativo de *pet friendly* [amistosos con las mascotas], permitiendo encontrar más lugares, fuera de los parques o veterinarias, donde también sus perros eran bienvenidos y podían compartir con ellos. Esta tendencia no sólo fue una dinámica exclusiva del sector gastronómico, también centros comerciales y la apertura de cementerios o EPS para mascotas fueron lugares que incorporaron un trato diferencial y específico para las mascotas caninas. Estos cambios y fenómenos, además de configurar la ciudad con otras dinámicas como la compra de servicios o productos para los animales no-humanos o la bienvenida que éstos empezaron a tener en centros comerciales, terminaron por conformar un contexto en el que mi atención por el caso específico de Lupita trascendió a una preocupación más amplia. Llegué a pensar afanadamente que las relaciones con los perros estaban transformándose y en mis primeras divagaciones y reflexiones, atribuí a lo que a mis ojos parecían nuevos lazos de parentesco —entre humanos y no-humanos— como la causa de la emergencia de esos lugares que permitían a perros y ofrecían servicios para ellos.

Sin embargo, al escoger este fenómeno como un tema de investigación, que además cargaba mucha importancia para mí por su cercanía emocional, decidí contárselo a más personas para identificar lugares y familias donde podía emprender mi trabajo de campo. Algunos colegas y docentes me sugirieron que visitara esos lugares que ofrecían servicios para los perros y otras mascotas. Vi esa como una opción interesante pero cuando acudí a estos sitios, sentí que crear relaciones o vínculos más cercanos en estos lugares se trataba de una tarea difícil. Las personas que iban, por ejemplo, a la sección de mascotas de almacenes de cadena o a centros veterinarios que tenían secciones de accesorios para animales no-humanos, eran muy cambiantes y diferentes. No sabía si podía encontrarme a las mismas personas con frecuencia. Debía encontrar familias o lugares que me permitieran forjar relaciones más fuertes y crear lazos que nos dieran la confianza a mis informantes y a mí para preguntar, responder y narrar historias.

Mi madre, quien vive en el barrio Capri, al sur de la ciudad de Cali, al conocer mis inquietudes sobre cómo y dónde empezar a investigar, me comentó sobre el parque del barrio en el que vivíamos, un escenario constituido por personas de clase media. Me dijo que cuando salía a hacer ejercicio en las noches, había notado que en la mitad del parque había un espacio donde iban muchas personas con sus perros. Interesada por lo que había visto allí, decidí ir a caminar de noche para ver con mis propios ojos lo que mi mamá me había contado. En efecto, cerca de las 7:30 de la noche, mientras me fumaba un cigarrillo en una de las bancas del parque, empecé a ver cómo en medio del lugar muchas personas se reunían acompañadas de perros. Algunos los traían amarrados, otros quizá seguros del comportamiento de su perro, los dejaban sueltos y permitían que jugaran con otros perros. No podía saber nada sobre ese grupo de personas y perros, más que lo que me había dicho mi madre y lo que mi primera experiencia podía indicarme. Vi cómo muchas de esas personas se saludaban, conversaban, e incluso jugaban con más perros. Y me sorprendió a mí misma reconocer con nombre propio muchas

clasificaciones de perros que personas cercanas a mí y los participantes de esta investigación denominaban como “razas.” Una clasificación que por lo demás yo misma no había problematizado hasta ese momento. Algunas de ellas incluso yo las conocía y las daba por sentado. Las insertaba de inmediato como perros *de raza* sólo porque las había visto en programas de televisión como *Animal Planet*, entre otros.

Ese primer acercamiento al parque me condujo a querer conocer más sobre los perros, las personas que iban con ellos, sus reuniones e interacciones. Con el tiempo, como explicaré en la presentación de la metodología y en algunas secciones de los capítulos de este documento, logré hacer parte de este grupo de personas convirtiéndolo en un lugar central para mi investigación. Allí se reunían aproximadamente treinta personas, cada una generalmente acompañada de un perro, aunque había casos que tenían dos e incluso tres perros. A lo largo de este documento, a este grupo de personas me referiré con el término dueños-paseadores, tanto en su forma plural como singular. He decidido llamarlos así porque los perros que los acompañaban vivían en sus hogares. No se trataban pues de personas contratadas para un servicio, sino que eran a su vez los mismos dueños. Muchas personas que eran también parte de este grupo, para dar cuenta de esa relación de convivencia con un perro, llamaban *dueño* a quien llevara amarrado o tuviera por compañía un perro. Adicionalmente, las personas de este grupo, además de vivir con los perros que llevaban al parque, también eran los miembros que en sus hogares se encargaban de las jornadas de paseo de los perros y otras formas de cuidado de los animales no-humanos. Por ello, *dueños-paseadores* fue el término que encontré como más idóneo para referirme a estas personas.

Como mencioné anteriormente, las personas partícipes de esta investigación eran sujetos de clase media en el contexto caleño. Poseían ciertos componentes, códigos y actitudes que en relación con las actividades desarrolladas en el parque con sus perros daban cuenta de su posición socioeconómica, de su *modus vivendi* y de valores o ideas que desplegaban.



Actividades como recoger las heces de los perros, llevar a éstos siempre con correa, vestirlos eventualmente con indumentaria o accesorios y hablar de las prácticas de cuidados veterinarios o estéticos que les brindaban a sus perros, eran parte de un capital que compartían –con algunas excepciones- todos los que hacían parte del grupo.

El barrio Capri, hace parte de la comuna 17 de la ciudad de Cali, su proceso de densificación urbana empezó con la construcción de casas unifamiliares y posteriormente con conjuntos multifamiliares. En esta comuna se dividen barrios de estratos medio-bajo, medio-alto y alto, siendo el estrato 5 el que predomina en la comuna (DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACION, 2003). Capri como barrio pertenece al estrato 5, se ubica entre las carreras 80 y 70 y las calles 5ta (antes de su bifurcación) y la calle 13 o Avenida Pasoancho. Es un sector residencial que también incluye escenarios deportivos, educativos, organizativos y comerciales. Tiene proximidad a instituciones de educación superior, varias vías de acceso, entre ellas, calles principales de la ciudad y el sector. Posee cercanía al sector comercial y a estaciones del sistema de transporte público. La junta de acción comunal (JAC) del barrio es un grupo organizado que tiene reuniones con frecuencia y sus miembros son residentes del barrio. La JAC propende por los cuidados y el mantenimiento del barrio y más específicamente de los escenarios públicos o comunes del sector como calles, andenes y parques. El parque de Capri es uno de los referentes del barrio, es un parque redondo, semeja una glorieta y posee diferentes escenarios para la realización de diferentes actividades: gimnasio, juegos infantiles, zona de aeróbicos, pista de patinaje, pista para trotar, caminar o realizar algún circuito de ejercicio, andén, sendero ‘natural’ proporcionado por la CVC (Corporación autónoma regional del Valle del Cauca) llamado “*La Ruta del Siriri*”, tres canchas, dos de ellas de baloncesto y una cancha destinada para el uso de deportes como fútbol, rugby y ultimate.

Este parque fue el escenario que protagonizó mi investigación, a él acudí durante mi trabajo de campo. Frecuenté el parque de lunes a viernes, fue un periodo donde los altibajos emocionales fueron una constante. En el proceso se gestaron interrogantes que me condujeron a reevaluar lo que me parecía muy cercano, o lo que presumía como natural (por ejemplo, la idea de “razas de perro”). Este acercamiento también me hizo ensuciarme, reírme, llorar, amar y entender desde otros que un lengüetazo de un perro en el rostro podía también ser una muestra de cariño. Problematizar experiencias ajenas y propias durante mi trabajo de campo, fue una tarea que no estuvo exenta de dificultades en la labor etnográfica. Pensé que todo empezaba a ser muy familiar y que desnaturalizarlo iba a ser una tarea colosal. Sin embargo, sin desatender mis inquietudes y propósitos, encontré relaciones, acciones y discursos en los que puse especial atención y que redireccionaron mis hipótesis, reflexiones e incluso mi propia pregunta de investigación.

En ese orden de ideas, esta etnografía explora y examina los hábitos, significados y discursos entorno al cuidado de animales no-humanos en cuatro familias de la ciudad de Cali que compartían sus hogares con perros. Mi aproximación se enfoca en vislumbrar cómo se construye la relación con los perros desde la cotidianidad, y en dar cuenta de los discursos y las prácticas que le otorgan un lugar y un significado al perro en el entorno social y familiar más próximo. Así mismo, se centra en lo que los perros posibilitan o no en las relaciones humanas de carácter familiar y social como gestar nuevas relaciones o posicionamiento en determinado grupo. Para ello la atención etnográfica estuvo puesta en los sistemas que clasificaban a los perros en categorías como *de raza*, *criollo* y *cruce*; en aspectos como el consumo de mercancías (entre ellas juguetes) o la contratación de servicios veterinarios, en la forma de comunicación en la intimidad de sus hogares y en espacios públicos/urbanos como parques, y en las formas de intercambio simbólico que los humanos expresan que tenían con el perro.

Como mencioné, esta investigación parte de muchos interrogantes personales y académicos sobre las relaciones entre humanos y animales no-humanos domésticos. Particularmente, guié los hallazgos de esta etnografía bajo la pregunta: ¿cuáles son los roles asignados a los perros y qué significación tienen éstos en las relaciones humanas de carácter familiar y social? Motivada por este interrogante, resolví indagar sobre temas que atravesaban las experiencias de convivencia con perros pertenecientes al grupo de personas que sacaban a pasear a sus perros e interactuaban todas las noches en el parque del barrio Capri al sur de la ciudad de Cali. Allí, me concentré en identificar formas de habla, prácticas de cuidado, intercambios y experiencias que responderían a cuestiones ligadas al bienestar de los perros y al estatus asociado a ellos. Con respecto a las formas de habla, me interesó particularmente no sólo los diálogos que ocurrían entre humanos, sino también la práctica de habla por los perros. Estas formas de dar voz sumadas a otras formas de significación, las consideré como actos de personificación que en algunos casos llegaban incluso a posicionar al perro con el calificativo de *personita* como me contarían relatarían los dueños-paseadores en la singularidad de cada núcleo familiar.

La antropología ha estudiado la relación histórica entre no-humanos y humanos desde múltiples perspectivas. Hablando particularmente de perros, estos estudios han girado desde preguntas por historia de la relación y la antigüedad del vínculo (Witt et al., 2015), hasta asuntos como el proceso de domesticación e incorporación a las formas de organización (Koscinczuk, 2017). Otros trabajos se han enfocado en la caracterización de sistemas ecológicos que han hecho pensar a la antropología sobre el lugar de los animales en las formas de vida humana y en los sistemas de organización social. En este caso, en nuestro país han sido relevantes los estudios que se han centrado en reconocer el lugar que otros seres no-humanos ocupan en las cosmologías de grupos o comunidades étnicas y rurales (Reichel-Dolmatoff 1990; Arhem, 1990). A su vez, también se ha considerado una reorganización de las cualidades

que le hemos atribuido a la naturaleza y a la cultura, que son cambiantes porque dependen de múltiples puntos de vista (Viveiros de Castro, 2004). Adicionalmente hay investigaciones que invitan a pensar los animales, particularmente a las mascotas en contextos más urbanos, como un valor de encuentro (Haraway, 2003). Incluso trabajos que se preocupan por conocer la interacción con otras especies que remiten a preguntarse sobre cómo pensar respecto a los no-humanos, entendiendo a los humanos como agentes que no únicamente son los que pueden otorgar significados (Kohn, 2007).

Por otro lado, estudios especialmente de corte estructuralista también han atendido los sistemas de clasificación que caracterizan a las sociedades humanas, señalando las formas en que la naturaleza y los animales no-humanos en general pueden ser incorporados en sistematizaciones sociales específicas (Douglas, 1978). Así mismo, más allá del enfoque tradicional en la familia elemental y su pretendido carácter universal, otros autores han concentrado sus esfuerzos en sistemas de parentesco (Lévi-Strauss, 1969). por un lado, y en las relaciones del totemismo, por el otro, entendiendo las formas en que se ordena y vincula lo social y lo natural (Lévi-Strauss, 1962). Finalmente, el nacimiento o la concepción pueden articular el parentesco, pero no son su origen necesario. El parentesco es una estrategia cultural de reproducción simbólica y material en la que quienes conforman determinado grupo, influyen entre sí y gestan un sistema de red (Sahlins, 2013).

En mi cotidianidad, también he encontrado universos de interacción y jurisdicción que ponen a algunos animales no-humanos en posiciones menos subordinadas en relación con las personas; entre ellos los movimientos animalistas<sup>1</sup> y los recientes debates constitucionales

---

<sup>1</sup> Para estos movimientos, el reconocimiento es un asunto de vital importancia dado que se trata de una suerte de sociabilidad enmarcada en la novedad. (Gutiérrez, 2009) (Escobar, Álvarez, & Dagnino, 2001). Se trata entonces de un movimiento social porque tiene el deseo visceral de extender los derechos hacia los animales, porque reconoce a éstos últimos como seres vulnerables. Sin embargo, podemos hablar de las ínfulas que, en 1917 el presidente del Consejo Municipal de Medellín le dio a la Sociedad de Mejoras Públicas sobre la creación de una Sociedad Protectora de Animales, quienes por fortuna emprendieron camino para la organización y posterior aprobación (Sociedad Protectora de animales, 2017).

donde varios países se comprometen con el hecho de otorgar derechos<sup>2</sup> cada vez más puntuales. Algunos trabajos han puesto la mirada en estos espacios y discursos preguntándose por la expansión de las políticas humanitarias más allá de lo humano, incluyendo a animales (Ticktin, 2011).

Desde mi perspectiva, la reciprocidad resulta ser también un concepto interesante para comprender la relación con los animales, sobre todo lo que en los discursos de los dueños-paseadores hace referencia al agradecimiento o desagradecimiento del animal no-humano y al carácter aparentemente desinteresado de brindarles cuidados a sus perros. Pues la realidad de los regalos o acciones voluntarias, pueden reducirse a entregar y devolver por obligación; como si ese carácter voluntario que suena a “libre y gratuito” fuese realmente forzado e interesado (Mauss, 1974).

Los documentos revisados conducen a preguntarse por el otro, por el otro de corte animal, por los discursos que tejen sus significados y reensamblan lo que naturalmente parecía natural. Lévi Strauss, por ejemplo, permitió pensar sobre el totemismo como una forma de articular lo social y lo natural como elementos que no eran necesariamente excluyentes. Otros trabajos de la revisión bibliográfica se cimentaron en trabajos de campo en zonas rurales, explicando a los otros en relación con el otro animal desde puntos de vista menos próximos y

---

<sup>2</sup> Ver por ejemplo la Ley 5 de 1972 Por la cual se provee a la fundación y funcionamiento de Juntas Defensoras de animales; Ley 89 de 1989 Por la cual se determina la manera como deben ser gobernados los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada; Ley 84 de 1989 Por la cual se adopta el Estatuto Nacional de Protección de los Animales y se crean unas contravenciones y se regula lo referente a su procedimiento y competencia; Ley 99 de 1993 Por la cual se crea el Ministerio del Medio Ambiente, se reordena el Sector Público encargado de la gestión y conservación del medio ambiente y los recursos naturales renovables, se organiza el Sistema Nacional Ambiental, SINA, y se dictan otras disposiciones; Ley 576 de 2000 Por la cual se expide el Código de Ética para el ejercicio profesional de la medicina veterinaria y zootecnia; Sentencia c-666 de 2010 que aboga por darle finalidad al sufrimiento animal y tiene el ánimo de cambiar el imaginario de los colombianos haciendo que éstos consideren a los animales como seres sintientes; Ley 1774 de 2016 por medio de la cual se modifican El Código Civil, la Ley 84 de 1989, El código Penal, El Código de Procedimiento Penal y se dictan otras disposiciones. Ésta última cambia el panorama para los animales en la medida en que promueve el hecho de detener el sufrimiento y los protege ante cualquier índice de tortura tomando medidas de carácter punible a quien ejerza acciones de maltrato.

a mi criterio, más exóticos a los ojos de los etnógrafos. Los sistemas de clasificación de razas de perros que encontré en el grupo de dueños-paseadores, además de determinar posiciones o estatus en el mismo grupo, dieron cuenta de cómo las razas de los perros supuestamente estaban ligadas a conductas específicas y a presupuestos como el hecho de asumir que, si es de raza, entonces debía tener dueño. Por lo anterior, la contribución de este trabajo de grado constituye el hecho de pensarse el trabajo de campo en áreas urbanas y en contextos más cercanos como un reto metodológico del quehacer etnográfico. La proximidad que tuve antes y durante la problematización del fenómeno me obligó a desaprender, a preguntar y a desvestir lo que parecía estar claro. Como investigadora le apuesto a que en escenarios que hemos naturalizado, también podemos encontrar relaciones con no-humanos que pululan y que podemos problematizar: matar un mosquito que acaba de picar, quitar el pequeño panal de abejas del balcón o la eterna pelea con los caminos de hormigas en la alacena. Temas que parecen muy cotidianos, acciones que hacemos porque se han vuelto un hábito o muertes a las que a veces no les damos importancia, son sin duda formas con las que creamos lazos con otros que aunque pueden ser humanamente sumergidos en la peligrosidad, son dignos de reevaluar y analizar. Muchas comunidades confinadas en el reino animal son expuestas con frecuencia a productos químicos tóxicos, pruebas de laboratorio o sencillamente son objeto de destrucción total. La noción de lo no-humano, aunque no necesariamente constituye la oposición de lo humano, a menudo teje significados sobre lo que es violento, peligroso o diferente a lo humano. Por ello, este trabajo también tiene el ánimo de crear en quien lo lea, reflexiones en torno a la vida social y su articulación con el mundo que humanamente hemos denominado natural, y que comprender o indagar por lo no-humano es una actividad que se deja a merced de la especulación y el azar porque no poseemos dispositivos que nos permitan saber cómo o qué piensa el animal no-humano. Por ello, las acciones, discursos y decisiones sobre y por los no-humanos deben estar continuamente reevaluándose, porque carecemos que sistemas que nos

acerquen a una verdad absoluta sobre lo que ellos son y sobre lo que sus acciones significan para ellos.

## **Metodología**

Pude participar en el mismo espacio de paseo e interacción con perros, a través de nexos personales y con animales no-humanos con los que pude contar. Me fue posible conocer y compartir con personas que han construido una relación especial con sus perros y que además de ser mis informantes, se convirtieron en amigos con quienes tuve tertulias y con quienes compartí muchas de sus consideraciones.

Aun reconociendo mis limitantes como parte de la red de personas que paseaban a sus perros, realicé un proceso auto-reflexivo, problematizando situaciones que había vivido con anterioridad y recordando temáticas que había leído en textos sobre organización ecológica y social, y sobre teorías de la naturaleza y la cultura (Bauman, 1990). Así mismo me di la oportunidad como mujer amante de animales y como investigadora de ser parte de la experiencia y vivirla como ya la estaban viviendo mis informantes, de problematizar y preguntar por lo que pensaba que entendía y de comprender desde diferentes perspectivas humanas lo que significaban los perros para una familia.

Esta monografía es producto de un trabajo de campo de siete meses comprendidos entre agosto de 2016 y febrero de 2017 en el parque del barrio Capri, perteneciente a la comuna 17 de la ciudad de Cali. En este periodo tuve la oportunidad de conocer, participar y entrevistar a profundidad cuatro familias con perros. La primera familia estaba compuesta por Diego Bohórquez y Diana Zambrano, una pareja de esposos que por dificultades para concebir decidieron tener perros para reemplazar el papel de los hijos que con deseo siempre quisieron. Sus perros son Roco y Max, un Golden Retriever y un Pastor Alemán respectivamente. La

segunda Familia estaba compuesta por Milena Salazar y su sobrina Daniela Blandón de 22 años. Su perro es Aquiles, un Bulldog. Ambas son residentes de otro sector de la ciudad, sin embargo, Milena, encontró en el parque de Capri un lugar propicio para compartir con su perro y para conocer más personas. La tercera familia la componía Mónica Vázquez, su esposo Jaime Rosero y sus hijos Andrés y Manuel. Su perro es Apolo, un perro considerado como *criollo*, y perteneciente a Lina Marcela Rosero, la hija mayor de Mónica, quien no vive con la familia. Como Lina vive sola y trabaja fuera de casa, todos los días deja a Apolo en casa de Mónica, quien se encarga de sus cuidados y de las jornadas de paseo del perro. Finalmente, la cuarta familia la integraba Jacobo Bolaños, un estudiante de Deporte que vive junto a su mamá, Ana Lucía, y en ocasiones reciben visitas de su padre Milton, quien vive en España. Su perro es Jamal, un Pastor Collie. Con esta familia llegué a un hallazgo importante que abordaré más ampliamente en el tercer capítulo sobre las formas en las que logramos o no empatía con el perro.

Para responder la pregunta de investigación este trabajo de grado se sustenta en distintas experiencias y aproximaciones etnográficas, al igual que en técnicas cualitativas puntuales. El procedimiento metodológico que decidí aplicar fue el de encontrar una forma que me permitiese vincularme a un contexto donde las interacciones entre perros y humanos fuesen muy notorias. Busqué un espacio que pudiese enriquecerme conceptual y socialmente para identificar las maneras en las que se estaban configurando las relaciones con los perros. Opté por el trabajo de campo como herramienta etnográfica dado que éste se caracteriza también porque está constituido por relaciones intersubjetivas de investigación que “intentan eliminar la excesiva visibilidad del investigador, que obstaculizaría el acceso a la información y la empatía con los informantes” (Guber, 2005:100). Preferí emprenderlo con una forma que me facilitara el acceso al grupo de personas que pasean a sus perros todas las noches en el parque de Capri, que en su mayoría se trataba de personas amantes de los animales entre los 17 - 75



años. De entrada, no podía acceder a este escenario, puesto que mi perra Lupita murió antes de emprender mi investigación; así que me dispuse a ofrecerme como paseadora de perros a través de Facebook. Me sorprendió que varias personas me escribiesen para efectos de tener el servicio, sin embargo, por tiempos y distancias, opté por aceptar las ofertas más cercanas. Entre ellas, un amigo que vive desde hace 8 años en el mismo barrio que yo vivía (Capri), me contactó para pasear a sus dos perros adoptivos Mona y Roco. No sabía absolutamente nada de cómo cobrar por el servicio de paseo, pero bastó con indagar un poco para enterarme de que otros cobraban \$120.000 (Ciento veinte mil pesos) la mensualidad. Esto incluía generalmente rutinas de paseo los 5 días de la semana, durante una hora diaria. Entendido lo anterior, y a sabiendas de que yo jamás había paseado perros, opté por cobrar la hora de paseo de Mona y Roco a \$4.000 (cuatro mil pesos); o pagando de contado la semana \$20.000 (veinte mil pesos) o el mes \$80.000 (ochenta mil pesos.)

El estado de mi trabajo de campo nunca fue una constante. Nombro dos momentos cruciales que marcaron disímiles etapas de recolección de datos en diferentes profundidades. La primera hace referencia a mi inserción y acercamiento a espacios públicos como el parque cuando paseé a Mona y Roco. Allí, después de ganar la confianza de mis informantes, hice uso del efecto “bola de nieve” en el que indagar por ciertos aspectos en encuentros ocasionales, me dio acceso a otras personas con las que intenté responder a mis interrogantes. La segunda, se produjo en entornos hogareños, íntimos y familiares. Este cambio estuvo facilitado por una situación coyuntural del trabajo de campo. Después de cuatro meses de pasear a Mona y Roco, su dueño decidió no requerir más mi servicio, lo que me provocó una gran desazón por el cariño que tomé por sus perros que también se habían convertido en los míos con el tiempo. En este momento donde no tuve perros para seguir asistiendo al parque, las relaciones que había logrado entablar con personas como Milena, Diego, Mónica y mi amigo Jacobo lograron asegurarme la continuidad de mi proceso de investigación en contextos más familiares como

los hogares en los que se tejían otras relaciones entorno a los perros. En este punto, además de hacer visitas eventuales con las personas que mencioné, utilicé la entrevista semiestructurada como técnica de investigación etnográfica. Las entrevistas estuvieron estructuradas a partir de preguntas que le apostaron al hecho de conocer a profundidad la relación que una persona había entablado con su perro desde el momento que llegó a su hogar. En estas entrevistas indagué por dimensiones como la convivencia, la relación con otros miembros del hogar y las prácticas de cuidado. En todo caso estos encuentros también desembocaban en ocasiones en las que podía apreciar e indagar por la adjudicación a los perros de roles humanos o calificativos referentes a relaciones de parentesco u otro tipo de vínculos relacionados con la amistad, lealtad o reciprocidad. En otras palabras, tanto en las entrevistas como en mi observación participante pude rastrear el sentido que le dan a la relación con sus perros y los significados de éstos en el entorno familiar y social más próximo.

Adicionalmente, a lo largo del documento, se encuentran ilustraciones de mi autoría, donde, desde mi óptica investigativa, dibujé los animales no-humanos con el fin de exponer gráficamente momentos concretos de los perros y sus dueños-paseadores. Se trata entonces de pequeñas ilustraciones de los perros y algunos dueños-paseadores que permitirán a partir de mi punto de vista, reconstruir dimensiones particulares de los mismos. Estos dibujos, como argumenta Michael Taussig (2011) en sus reflexiones sobre los diarios de campo ilustrados, pueden aproximar y mostrar dimensiones difíciles de capturar con la escritura y el registro etnográfico. El dibujo interviene en el cálculo de la realidad desde formas que la escritura y la fotografía no logran, éste trasciende de las letras que parecen borrar la realidad de la que se está escribiendo y puede completarla (Taussig, 2011). Además, a través de ellos pretendo ofrecer más cercanía a quienes leen, pues podrán tener grabado en su imaginario una idea menos vaga sobre los animales no-humanos y los dueños-paseadores de los que estoy hablando. De esta forma, el dibujo va más allá del solo ver, es una imagen que responde al asombro y

tiene el ánimo de re-imaginar un acto, un momento; se convierte en un testimonio sagrado, misterioso, poderoso y necesario. Así, parto del hecho de que el dibujo permite trascender a otro espacio, considerando que éste puede hacer que quien lo observe, tenga una panorámica más próxima a la que el etnógrafo tuvo durante su trabajo de campo.

## **Organización de la Tesis**

Este trabajo de grado está organizado en tres capítulos que encarnan los temas que estimé como relevantes en los distintos casos que abordé metodológicamente.

La primera parte de esta investigación se centra en explicar etnográficamente las categorías “*criollo*”, “*de raza*” y “*cruce*”; con ejemplos puntuales vivenciados en mi trabajo de campo. Estas categorías remiten a pensar su significado en función de los atributos físicos y de comportamiento que poseen los perros; donde más allá de mostrar qué significan estas categorías para los dueños-paseadores, también logro analizar cómo estos términos han llegado a convertirse en parte de un sistema de clasificación en este contexto particular.

La segunda parte muestra desde una dimensión descriptiva y analítica cómo los dueños-paseadores tenían diferentes formas de relaciones con pares y con no-humanos (perros). Por un lado atendí situaciones y discursos donde las prácticas de cuidado tenían un papel fundamental en torno al relacionamiento. Para esta parte empiezo examinando la acción de cuidar como una categoría que emerge en campo y es repetida con frecuencia entre dueños-paseadores. La acción de cuidar hacía referencia a los cuidados o elementos que los perros necesitaban y que eran básicos para garantizar su bienestar físico y emocional, como las jornadas de paseo, los lugares que frecuentaban, las mercancías y el alimento. Exploro esta categoría para comprender cómo los dueños-paseadores creaban relaciones en función de las prácticas de cuidado. Los cuidados que utilizaban algunos y el estatus que se configuraba en el grupo son dimensiones

por las que indagué y que dieron cuenta de cómo las prácticas exhibidas por el perro o desde discursos humanos, renegociaban la posición del dueño-paseador y su perro en el grupo. Por otro lado, también indagué por las formas en las que dueños-paseadores se relacionaba con sus animales no-humanos (perros), por eso la atención estuvo puesta en las formas de habla que tenían las personas con sus perros. Y por último, relato experiencias de dueños-paseadores donde entablaban relaciones con otras personas que también tenían perros y que gracias a éstos podían hacer también otras actividades pero sin ellos.

El último capítulo tiene el ánimo de reflexionar en torno a dinámicas de interpretación de las acciones del perro. Centro mis esfuerzos en el agradecimiento y el desagradecimiento como dinámicas que los dueños-paseadores decían que tenían sus perros y ellos. Relato algunas de sus experiencias respecto a relaciones de seguridad y relaciones de entretenimiento como el resultado de brindar cuidados que es entendido desde las lógicas de los humanos.

## Capítulo 1 “Razas”: Sistema de Clasificación



Figura 1 – Primer Jornada de Paseo con Mona y Roco.

El 10 de agosto de 2016 emprendí mi trabajo de campo en el parque de Capri sacando a pasear por la noche a Mona y Roco (ver figura 1), dos perros a los que otros dueños-paseadores denominaban comúnmente con el adjetivo de *criollos*. A los ojos de éstas y otras personas, los perros a mi cargo parecían ser sinónimo de calle, hambre, enfermedad y pulgas. En las primeras interacciones con otros dueños-paseadores era común observar reacciones de cautela y prevención hacia Mona y Roco. Algunos se apresuraban a coger a sus perros, amarrarlos y alejarlos de los míos argumentando sin mayores escrúpulos con comentarios como: “¡ojo que le pegan las pulgas!”, “¡ojo con tu perro que ahí viene ese que está sucio!” o “¡cuidado que no sabemos si tienen rabia”. Aunque sentí una suerte de rechazo que me indignó profundamente, debo admitir que estas reacciones contribuyeron también a abrir un campo de análisis que no había contemplado en mi anteproyecto. En un principio me preocupó que este

imaginario sobre Mona y Roco dificultara mi acceso al grupo de personas que sacaban a sus perros al parque. Con el tiempo entendí, sin embargo, que esta era otra forma de aproximación que podía revelar presupuestos, formas de clasificación y actitudes del grupo frente a los perros y los recién llegados. Eso me incluía a mí como sujeto que también era “escaneado” por los demás como diferente al grupo: en principio por el hecho de ser una mujer recién llegada con ciertos marcadores que crean imaginarios en los otros, y después por el hecho de ser la única persona que no tenía mascotas (perros) pero sacaba a pasear a perros ajenos.

A la semana de haber iniciado mi observación participante, puede ver cómo otro perro, que incluso a mis ojos era *criollo*, no parecía ser objeto de tanta prevención, desconfianza o estereotipos. Si bien seguía siendo clasificado como *criollo*, debían existir ciertos códigos, signos o disposiciones a los que no estaba prestando atención que parecían garantizar la entrada y la posición en el círculo de dueños-paseadores.

El aspecto físico y los cuidados que exhibe un perro son temas cargados de mucha importancia y significación en la vida de las personas que, a diario, entre 7:00 pm y 9:00 pm, sacan a pasear a sus perros en el parque del barrio Capri. Estos aspectos configuran su vida y su estatus en el grupo. No sólo se trataba de la tenencia y exhibición de perros con características físicas puntuales y reconocibles como “*de raza*,” sino también de los cuidados, el adiestramiento o comportamiento y los servicios que un perro puede mostrar en el espacio social del parque y que a su vez garantizaban la aceptación de los perros y sus dueños-paseadores en el grupo al leer en ellos signos de bienestar desde los accesorios usados hasta los sitios a los que acudían o visitaban.

En este capítulo exploraré relaciones y clasificaciones concentrándome en las definiciones y categorías sobre lo que los dueños-paseadores entienden como la *raza* de los perros. También en las formas en que ciertos rasgos, características y servicios los vinculan o no con ciertos comportamientos, predisposiciones y capacidades, que les garantizan o no el

acceso y la aprobación en el grupo de personas que pasean a sus perros en el parque. Estas categorías, que son parte de un sistema de clasificación mayor, hacían que posteriormente — tanto perros como dueños-paseadores— fueran tenidos en cuenta para invitaciones a cumpleaños de los perros o la realización de otras actividades con o sin sus animales no-humanos.

Es de anotar que en mi trabajo de campo, ciertos perros eran denominados como “*de raza*” mientras que otros como Mona y Roco parecían carecer de ella, o por lo menos estar por fuera de los márgenes de dicho sistema de distinción y ordenación. Como expondré más adelante en este capítulo, en las sistematizaciones zoológicas y científicas los perros no son clasificados por las ideas de raza que usualmente los dueños-paseadores les atribuían. El concepto de perros “*de raza*” era apropiado por distintos dueños-paseadores en el parque aunque afirmaban conocer su significado desde muy temprana edad y argüían que estaba ligado al hecho de tener que pagar por el perro como si se tratase de un “*producto perfectamente seleccionado que necesita de mayores cuidados.*” En este sentido, los dueños-paseadores de perros “*de raza*” encarnaban formas de mantenimiento del animal no-humano traducidas en prácticas de cuidado específicas según lo que determina el conocimiento local y popular sobre la “*raza*” del perro. En muchos casos era adquirido por diferentes vías: el bombardeo mediático sobre las mascotas y sus cuidados en escenarios tanto digitales como análogos, los encuentros ocasionales con desconocidos que también tenían mascotas y arrojaban datos interesantes sobre los comportamientos asociados a la raza y los juicios que familiares ofrecían bajo sus anteriores o actuales experiencias con animales.

No obstante, estos condicionamientos no siempre eran camisas de fuerza de las que no pudieran escapar otros perros y sus dueños-paseadores. Como ocurre en el mundo humano, y eso dependerá por supuesto de cada cultura, sus prácticas y asociaciones, la raza y las aptitudes y actitudes relacionadas con ella pueden ser cambiantes cuando se hace uso de ciertos

elementos simbólicos o cuando son perceptibles comportamientos específicos en el campo social. Éstos pueden desdibujar las iniciales concepciones y reconstruir las formas en las que se entiende a un individuo, no únicamente desde de las asociaciones de la raza con ciertas disposiciones, sino desde lo que lleva puesto y lo que lo constituye como sujeto más allá de un color de piel o el lugar de nacimiento. Por lo tanto, para el caso de nos ocupa ocurre de forma similar. En este contexto, que como otros también posee códigos y actividades culturales, precisa que hacer uso de ciertas prácticas de cuidados o más propiamente hacer que el perro luciera accesorios puntuales sin importar su “raza”, determinaba también la aceptación de éstos y sus dueños-paseadores en el grupo. Desvaneciéndose a retazos las ideas sobre comportamientos, estados o aptitudes que un perro tenía a los ojos de los dueños-paseadores según su raza.

Así mismo, también encuentro que aun reconociendo que debe haber un cuidado especial cuando se trata de tener perros *de raza*, muchos paseadores se mostraban poco atraídos por las tareas y los gastos que éstos perros demandan. Algunos ejemplos de esto podían observarse en actividades que algunos de los dueños-paseadores no querían realizar y me las explicaban con distintas expresiones. Lindsay Jáuregui, dueña-paseadora de Liu (Beagle) menciona: *“me despierta a las 5 de la mañana todos los días y me toca levantarme a pasearla porque no se queda quieta, y toca, porque así son los Beagles”*. Linda, dueña-paseadora de Tomate (Shar Pei) afirma: *“me da mucha pereza a veces, pero se me enferma cuando no limpio sus arrugas [...] y es un gasto gigante porque le salen bolsitas de pus en sus ojitos que yo sola no le puedo quitar.”* Hacer cosas cuando no las desean hacer, o usar dinero que no quieren gastar, eran interpretadas como acciones que iban ligadas al hecho de convivir con un perro *“de raza.”* Más adelante abordaré estos aspectos con más detalle, pero antes dedicaré unas líneas a profundizar en el término de *“razas caninas”*.



Escogí el término *raza* como tema para éste capítulo porque era valorado por los dueños-paseadores como una pieza esencial que configura una parte muy significativa de su cotidianidad. Ésta categoría mediaba relaciones en diversos niveles que este capítulo busca organizar e ilustrar de tres formas. En la primera parte, describo la manera en la que el hecho de ser “*de raza*” reconfigura una relación entre paseadores, a la vez que explico las relaciones económicas entorno a la tenencia de éstos, y cómo esto estructura las actitudes de los dueños-paseadores en relación con sí mismos y con otras personas que no necesariamente son pertenecientes al grupo. En la segunda parte, exploro la categoría etnográfica de perro “*criollo*” que, aunque también fue un término que incluso yo misma apropié desde temprana edad, surge en mis diálogos con los paseadores, y describe la otra cara del término “*de raza*,” sin ser necesariamente opuestos o excluyentes. Dicho de otro modo, la defino como la reunión de características físicas que clasifican al perro en dicha categoría. Pero a su vez, ser *criollo* está ligado a una idea colectiva de limitación de accesos que tienen estos perros en determinados espacios y grupos, pues la relación que tengan éstos con el cuidado o el no cuidado, o con tener compañía humana o no tenerla, son las que establecen el ingreso y la aprobación de un perro *criollo* y de su dueño-paseador en el grupo de personas que paseaban a sus perros en el parque de Capri durante el mismo horario. También muestro cómo esta categoría está asociada a la idea de no preocuparse en demasía por el bienestar del perro sustentándose en la percepción de que éste último “*tiene más aguante.*” Vislumbro a su vez, cómo el no estar atravesado por numerosos intercambios de corte económico, hace que éste sea considerado como un perro que no habla en demasía del estatus del dueño, a menos que se exhiban los cuidados a los que lo someten, de lo contrario, puede ser sinónimo para otros de no tener hogar, alimentarse de basura y ser fuente de transmisión de enfermedades. Finalmente, el último apartado remite a la categoría de “*cruce*” que es usada para referirse a la idea de un perro que dista de ser “*de raza*” y “*criollo*” y que tiene una suerte de aprobación porque es el

resultado de dos padres que son *de raza* diferente y conserva características reconocibles y deseadas de sus progenitores.

## De Raza

La “raza” en los perros, según exponen en conversaciones ocasionales algunos de los dueños-paseadores, es una particularidad física y de conducta. No obstante, en mi trabajo de campo fue importante identificar que esta suerte de taxonomía no tenía fundamentos científicos, sino que se trataba de distinciones establecidas por aficionados (Seranne, Morden, Sammet, & Gasow, 2004).

Indagando por esta práctica de clasificación aficionada un biólogo profesional argumentaba:

*Con los perros hay razas, pero son creadas artificialmente, digamos que dentro de la biología las diferentes razas de perros no tienen una taxonomía estricta, la especie de perro sí, **canis lupus familiaris**, hasta ahí sí, porque viene de un ancestro en común. Y ¿qué empezaron a hacer? Empezaron a cruzar esos perros con otros perros diferentes, incluso desde antes empezaron a cruzar lobos con coyotes hasta obtener un perro con características deseadas por humanos. La gente empezó a cruzar individuos, pero artificialmente, desde el deseo del hombre, por eso no hay una taxonomía estricta para las razas de perros. [...] para lo que se ha hecho de manera artificial no se ha dado o creado una taxonomía o caracterización rigurosa o científica.”*

Como argumenta Luis Felipe, las razas de perro son un fenómeno exclusivamente de origen y deseo humano, es decir que “los criadores modificaron el proceso evolutivo combinando los rasgos más dispares mediante el cruce de perros con características diversas y después seleccionando para la reproducción de las crías que en mayor medida parecían mostrar los atributos deseados” (National Geographic, 2012)

El hecho de tener perros *de raza* en un contexto como el de los dueños-paseadores del barrio Capri, no hace que existan cambios abismales en la forma en la que se relacionan entre ellos. Por lo tanto, no emergen conflictos porque los paseadores han normalizado el encontrarse

con perros de características similares a los suyos. Cuando los dueños-paseadores encuentran pares quienes como ellos también comparten su hogar con perros *de raza*, además de la aceptación en el grupo, esto da cuenta de un sistema de clasificación que ubica a los perros con características físicas y de comportamiento específicas y a sus dueños-paseadores en una posición que determina los accesos al grupo e incluso a otros espacios y ciertas actividades. Esto lo pude observar y determinar como una constante durante mi trabajo de campo, no sólo la noche de mi llegada con los perros que paseé noté cierto rechazo, sino también en varias noches donde nos reuníamos con los perros. En todas estas ocasiones siempre hubo una suerte de desprecio cada vez que un perro que no cabía dentro de la categoría *de raza* se acercaba al grupo.

Llevaba aproximadamente un mes de trabajo de campo y por organización de mi tiempo, decidí sacar a pasear a Mona y Roco un jueves en la mañana. La noche anterior llamé a José Luis, su dueño, le pregunté si podía sacarlos en la mañana del siguiente día, ambos acordamos que a las 10 am sería una hora perfecta. Esa mañana me levanté entusiasta, me alisté y me dispuse a caminar hacia el apartamento de José Luis. Él y su madre vivían en un segundo piso. Cuando entré por la puerta de la portería, como era costumbre, José Luis y su madre dejaban a Mona y Roco afuera de su puerta junto con bolsas de plástico y sus correas. Yo sólo debía subir las escaleras para saludar a los perros, amarrarlos y llevármelos. Fueron pocas las ocasiones en las que vi los rostros de José Luis y su madre antes de llevarme a sus perros. Siempre que subía las escaleras, encontraba a los perros afuera y la puerta de su casa cerrada. Sin embargo, aunque me invadía un pensamiento de extrañeza por nunca encontrarme o hablar con ellos antes de sacar a los perros, siempre tenía una sonrisa en el rostro. En cada una de mis visitas a la casa de José Luis, antes de subir las escaleras, Roco ya estaba corriendo emocionado a buscarme. Antes de que yo pusiera mi pie en el primer escalón, Roco con agitación bajaba las escaleras y corría hacia mí, ponía sus patas delanteras en mi abdomen, hacía ruidos agudos,

e intentaba desesperadamente llegar a mi rostro para lamerlo. Cuando acariciaba a Roco lo suficiente para que calmara su emoción, subía junto a él las escaleras y llegaba a la puerta cerrada de José Luis, donde Mona se encontraba sentada. Siempre me decía a mí misma que ella era muy juiciosa. Ella nunca bajaba como Roco lo hacía, ni tampoco se exaltaba en demasía, pero con afecto y comportamiento propios de ella, también se paraba en sus patas traseras e intentaba lamer mi cara. Ya eran las 10:00 am, amarré a los perros y guardé las bolsas plásticas en mi mochila. Cuando llegamos al parque el clima era cálido y el verde de los árboles y el pasto resplandecía con potencia. En el parque no había mucha gente, de hecho, muy pocas personas. Algunas estaban en el pequeño gimnasio y otras cuatro estaban trotando.

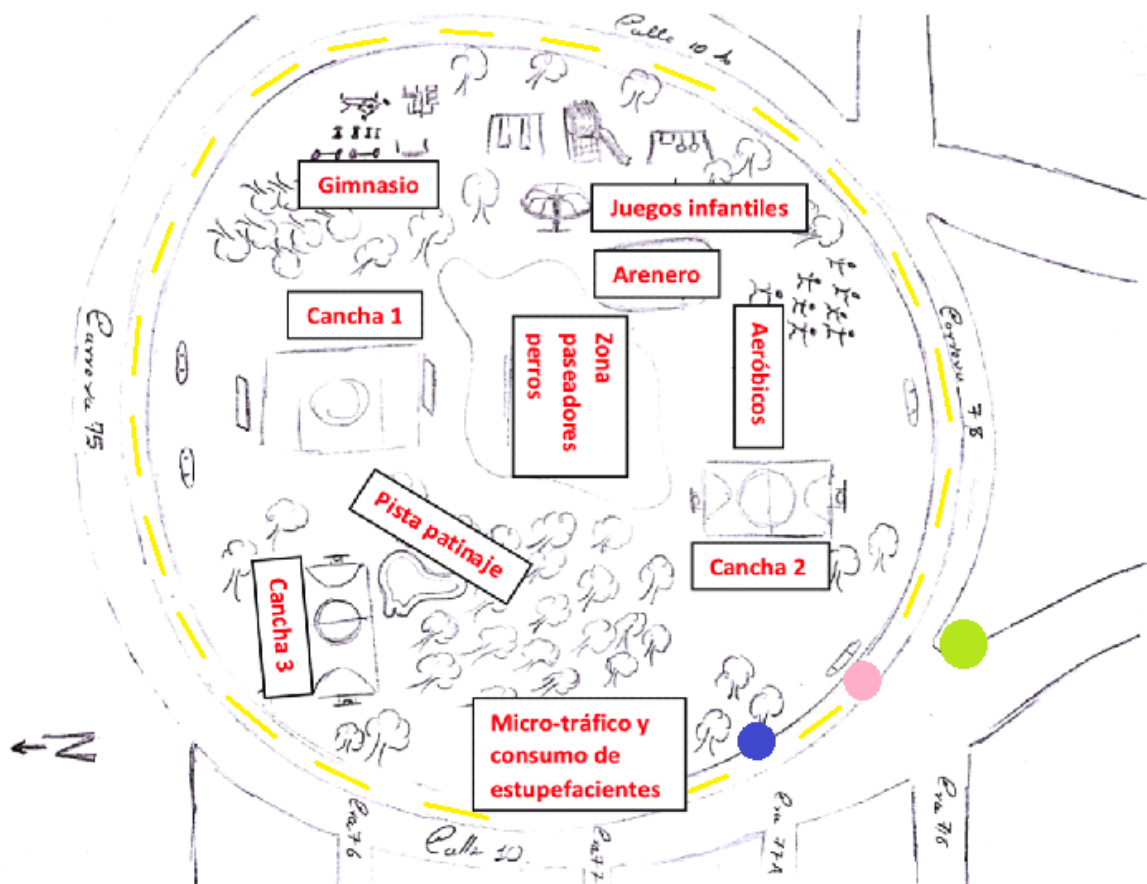


Figura 2 – Mapa del parque del barrio Capri.

La línea punteada amarilla indica la pista del parque, el punto azul la posición de la autora, el punto rosa la posición de señor con su perro y el punto verde el área de reciclaje desde donde provino el perro solitario.

El parque es circular (ver figura 2), divide en dos partes la calle 10 A y está ubicado entre las carreras 75 y 78. Esa mañana, yo decidí estar bajo los árboles porque estaba haciendo mucho calor, me encontraba cerca de la pista en la que las personas caminan, trotan o hacen algún circuito de ejercicios. A pocos metros de mí estaba trotando un señor con su perro de tamaño mediano, a quien algunas veces vi en reuniones del grupo de dueños-paseadores. En ese justo momento, otro perro cruzó la calle para entrar al parque y acercarse a la pista donde estaba trotando el señor con su mascota. El perro aparentemente sin acompañante provenía solitario de una zona donde se encontraban unas personas que hacían la labor de reciclar y separar residuos. Yo continuaba observando con Roco y Mona junto a mí. De inmediato me llamó la atención cómo el señor cargó a su mascota cuando se percató de la cercanía del otro perro. Él lo tomó bruscamente y lo cargó mientras hacía movimientos con sus piernas para quizás alejar al perro solitario. El hombre bien podía estar intentando simplemente proteger a su perro de una pelea o una disputa territorial innecesaria (ver figura 3), pero era difícil no sospechar que su actitud también podía estar relacionada con el aspecto sucio y descuidado del otro perro. Además, el hecho de no tener dueño cercano y provenir de la zona de reciclaje lo hacía aún más susceptible de ser evaluado como peligroso. El señor continuó caminando con su perro cargado y cuando se percató de que el otro perro ya no lo seguía, bajó a su perro y decidió irse del parque. Yo continué con la jornada de paseo de Mona y Roco, caminamos y jugamos por una hora. Al terminar, los acaricié, corrimos hacia la casa de José Luis y los dejé en su portería.

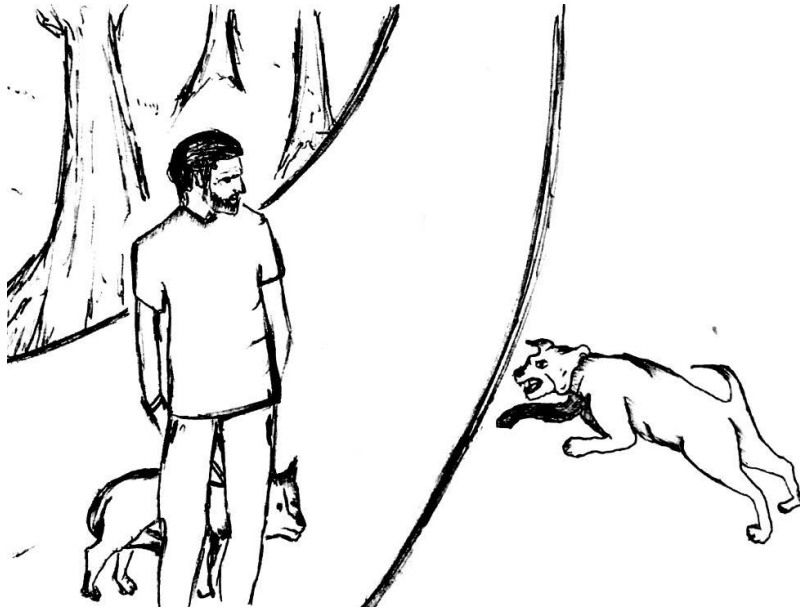


Figura 3 – Señor protegiendo a su perro mientras el perro solitario se aproxima hacia ellos.

Quizá el perro solitario no mostraba códigos de higiene o de cuidado, estaba suelto y sucio, al fin y al cabo. Aunque podía no haber dado cuenta de una “raza” puntual, el hombre probablemente no leyó en el perro signos de cuidado, o simplemente no le gustaba que su perro interactuara con otros, o quizá no le gustan otros perros. Sin embargo, esta anécdota de campo me condujo a pensar en cómo hay ciertos perros que, dependiendo de sus características físicas, de cuidado y de comportamiento, sí tienen aceptación por parte de otras personas o más propiamente de los dueños-paseadores de Capri.

Allí, el acogimiento hacia dueños-paseadores y perros *de raza* era cordial y cálido. Era normal encontrarse con perros y dueños-paseadores que llegaban como nuevos residentes del barrio. Recuerdo vívidamente aquel viernes 14 de octubre que llegó Chocolate, un Gran Danés blanco con algunas manchas cafés en su cara, lomo y cola (ver figura 4). Yo ya llevaba casi dos meses de haber empezado con mi trabajo de campo. Cerca de las 7:20 pm el Gran Danés y su dueño Elber se acercaron hacia donde nos encontrábamos el grupo de dueños-paseadores y

yo. De inmediato el grupo reconoció a Chocolate como un perro *de raza*. Al fin y al cabo, por sus características un Gran Danés podía ser reconocido a leguas por los dueños-paseadores. Además, el hecho de estar acompañado de su dueño, tener collar y un pelaje que brillaba aún con la iluminación del parque, causó tal conmoción en el grupo que se generó instantáneamente una especie de aprobación para que éste pudiese andar con libertad entre nuestros perros, y para que muchos dueños-paseadores se acercaran a acariciarlo y jugar con él. Incluso para que conversaran con el dueño, por supuesto, sobre el perro.

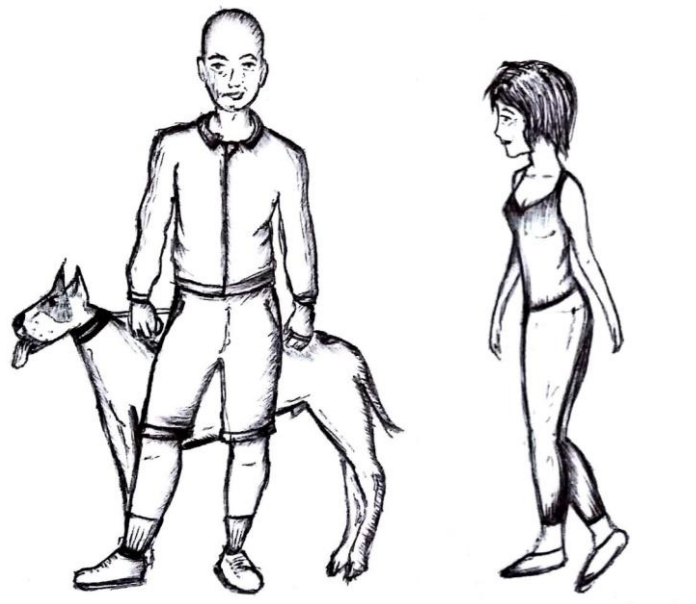


Figura 4 – Llegada por primera vez al parque de Capri - Chocolate - Gran Danés

En ese orden de ideas, el tener un animal adiestrado (es decir, con ciertos elementos que mostraran dominación del humano sobre éste como correas o en su defecto, comportamientos que no son sinónimo de agresividad o hiperactividad) cuyas características físicas permitían confinarlo en un grupo *de raza* reconocible, y cuyos cuidados brindados por la compañía humana podían ser exhibidos, generaba aceptación y reconocimiento en las demás personas, que también tenían un perro capaz de insertarse bajo estos indicadores *de raza*. Dado que este tipo de “razas” y costosos cuidados “*no pueden ser adquiridos por cualquier persona,*” como me relatarían luego algunos dueños, esto generaba una clase de despreocupación entre el grupo.

Así como sus perros exhibían cuidados específicos que aseguraban el bienestar físico y emocional del animal, el del nuevo perro y su dueño-paseador también usaban, consumían y dejaban percibir prácticas de cuidado puntuales que los demás reconocían como signos de distinción. Algunos de los signos más visibles eran los collares y los accesorios de juego como pelotas o juguetes de hule. La llegada de Elber y Chocolate fue un punto clave para comprender la forma en las que se tejían relaciones entre dueños-paseadores cuando la raza, el cuidado y el comportamiento eran temas cruciales para forjarlas.

En una entrevista con Elber, él advertía:

*Creo que Chocolate fue muy bien recibido porque la gente sabe que cómo es un Gran Danés, es un perro muy dócil, muy amigable, sobre todo con los niños, entonces no le tienen miedo. Y pues, -¿cómo te explico?- estos perros no son agresivos, quizá por su gran tamaño, pues, pues son un poco lelos a veces, no en el mal sentido de la palabra, sino que son tan mansos que dan la impresión de inocentes, como de párvulos. [...] Además las razas dan confianza, como uno ahora puede saber de todo con el internet, pues uno ya sabe que puede ir a buscar sobre lo que sea, la raza que quieras. Yo me aseguré de conocer bien antes de comprar a Choco porque yo vivo con mi señora y con mis dos niños, y quería un perro grande porque siempre me han gustado razas grandes, pero también un perro que fuera su amigo, que creciera con ellos; y como los niños son juguetones y hacen fechorías, no quería tener un perro que me les fuera a hacer algo, sino que... di tu... como que los soportara sin importar cuanta cosa le hagan. [...] Eso lo sabe la gente, estoy seguro. Además que Choco es como Scooby Doo, la gente ya sabe que es un perro dócil, así sea por una caricatura, eso sigue siendo algo que la gente piensa, en base de eso piensan que es un buen perro. [...] No nos digamos mentiras, los perros de raza cuestan y su mantenimiento también vale, uno sabe que el que decidió comprar un perro así es porque tiene cómo, porque lo va a tener bien, por eso uno está tranquilo, o al menos yo.*

Como se ilustra en la narración de Elber, la acción de compra de un animal, los gastos que involucra la tenencia de perros *de raza*, su docilidad según la raza o el hecho de ‘educarlo’ en casa, son requisitos para que en un grupo de personas que comparten la situación de poseer un perro con estas características —e incluso sin ellas—, genere aceptación de éstos sin problema alguno. Esto ocurría en el grupo de dueños-paseadores constantemente, cuando llegaba alguien



con su perro y éste desplegaba cuidados o exhibía higiene y signos de buena tenencia, de inmediato era aceptado por los miembros del grupo.

Adicionalmente, en el contexto caleño, el término *de raza* muestra también cómo un perro puede ser convertido en mercancía en la medida en que por poseer características puntuales y deseables como tener ojos de un color específico, ser de determinado tamaño o tener el pelaje con cierta textura, que a su vez son fisionomías ligadas por los dueños a ciertas conductas, hace que éstos sean anhelados por las personas, y por esta razón, otras tengan la pretensión de comercializarlos con el fin de lucrarse con intercambios monetarios. El perro es entonces una mercancía viva en la medida en la que éste es deseado y es intercambiado económicamente por su valor simbólico o de distinción.

Pero a su vez, éste necesita de otros artefactos, accesorios u objetos que garanticen el que éste siga viviendo o que aseguren una buena calidad de vida. Visto de otra manera, la tenencia de perros involucra esfuerzo, tiempo e inversión de dinero, pero cuando se habla puntualmente de perros *de raza*, éstos representan un gasto mayor de dinero por las exclusivas necesidades que tienen. Esto me lo contó Diego, un ingeniero químico que junto a su esposa Diana, tienen dos perros a quienes consideran sus hijos, uno es Roco, un Golden Retriever y el otro es Max, un Pastor Alemán (ver figura 5).

*De niño, o sea, hace muuuucho tiempo, mi papá nos regaló a mi hermana y a mí un Pastor Alemán. [...] mi papá lo llevó no tan chiquito a casa, el perro tendría unos 6 o 7 meses, ya era un machote. Y según mi papá, había dizque una tradición de que a los Pastores Alemanes se les debía poner un nombre de 5 letras. [...] entonces mi mamá que era una pícara, le puso Patán, y ese verraco sí que lo era ¡oís! Qué perro más dañino, mi mamá le decía 'Miqueléctrico' porque se le orinó en los muebles, le dañó bolsos y ropa; la cocina tocaba dejarla con puerta cerrada porque el perro se metía a sacar cosas y hacer fiesta en la cocina. Una vez estábamos fuera, yo ya estaba más grandecito, tendría unos 16 años, y ese perro botó los recipientes donde guardábamos el arroz, los fríjoles, ¡los granos! y el azúcar. Pero ese no fue el mayor problema porque uno dice pues se recoge; pero el real problema era que como también cayó azúcar, y acá en Cali hay bichos por donde uno mire, pues vos no te imaginás la cantidad de hormigas y cucarachas que nos tocó limpiar y matar, tocó botar todo y hacer eso entre mi papá y yo porque las señoritas de mi casa no podían ni ver las cucarachas. [...]*



Figura 5 – Diego Bohórquez en una jornada de paseo junto a sus perros Max (Pastor Alemán cachorro) y Roco (Golden Retriever).

*Entonces lo que te quería contar es que cuando Patán murió, tenía 8 añitos de vida, yo tenía como 19 años, ya estaba en la universidad estudiando. Y recuerdo que ya el perrito venía malito, caminando raro, pero eso pasa mucho con los Pastores Alemanes, suelen tener problemas en sus caderas porque las patas traseras están más arriba de las delanteras, y cuando son mayorcitos generalmente surgen problemas con eso. Y pues nada, el perrito empezó a cojear cada vez más, íbamos a veterinario, pero nos daba como analgésicos y finalmente el perrito murió. [...] Por eso tener estas razas es un trabajo de día a día, no sólo es darle comida y casa, es que esto, que lo otro, que vaya al veterinario, que tocó sacarle hielo por el calor, o que hay que pasearlo varias veces al día y ¡ajo! no solo a caminar, hay que correr con ellos, por la enfermedad degenerativa que te conté. Para evitar que estos perritos sufran de viejos, toca que de jóvenes tengan una vida muy activa y si no se las da uno ¿quién más? decime.*

Los agotadores procesos de cuidado que demandan algunas razas son vistos por los dueños como un requisito necesario cuando se trata de asegurar el bienestar del perro en todas las etapas de su vida. Estos pueden requerir del mantenimiento de relaciones económicas con otros e incluso con sí mismos como dueños. Es decir, que la tenencia de un perro *de raza* los conduce a establecer otras relaciones, que en el caso de las prácticas de cuidado se refleja en dos vías. Por un lado, en un mecanismo de intercambios monetarios al comprar productos que el perro

necesite para subsistir, llámese alimento, juguetes, accesorios de vestir, servicios veterinarios y/o estéticos, que no sólo dan cuenta del lazo mercantil entre comprador, consumidor y vendedor de producto, sino que la vida económica individual en sí se ve atravesada por el deseo de garantizarle salud y buena vida al perro. Y por el otro, acciones que obliguen al dueño a “*incomodarse o salir de la zona de confort*”, como me relataría, Jeffer, dueño-paseador de Tara, una Pitbull Stanford. Estos actos no se limitan al hecho de pagar o “*sacar del bolsillo*” dinero como insistiría Diego, sino a moverse, es decir, a redistribuir el tiempo, a hacer otras actividades que el perro demanda como ejercicio, servir comida, peinar el pelaje o disponer de tiempo para investigar sobre remedios y hacerlos cuando el perro está enfermo, o en su defecto, acudir a servicios veterinarios para mantener la salud del animal no-humano.

Donna Haraway en su libro *The Companion Species Manifesto: Dogs, People and Significant Otherness* (2004) ayuda a comprender esta relación entre personas y mascotas que vincula movimientos mercantiles. La autora señala que se ha generado, sobre todo en Estados Unidos, —y en algunas esferas de la vida social Colombiana— un nuevo tipo de producto. Este producto está vivo y como éste tiene vida, existirá un proceso de dominación en el que el humano hace que ese bien (Mascota) se convierta en una biotecnología en la medida en que se pueden administrar las formas para conservar su existencia, su salud y su bienestar. Para Haraway existe el valor de encuentro, que servirá para explicar el tipo de relaciones que se crean entre seres humanos y productos vivos (Mascotas), y entre los bienes vivos y los productos que ellos necesitarán para vivir. En otras palabras, el valor de encuentro se halla en el perro, pero no en cualquiera. Es el perro *de raza* el que señalo como valor de encuentro porque éste, además de adquirirse bajo dinámicas de intercambio monetario, es decir, dar dinero a cambio del perro, éste también necesita de elementos que le aseguren mantenerse con vida o desde la óptica humana, con belleza. Por ello, aparte de la inversión hecha para obtener

el perro y entenderlo aquí como mercancía, éste necesita de otros productos para vivir, exhibir cuidados o belleza a los ojos humanos. Esos otros productos que se traducen en alimento, juguetes, servicios estéticos o veterinarios, accesorios de juego o de vestir son otras mercancías que necesita la mercancía (perro). Será entonces el perro *de raza* un valor de encuentro porque es una mercancía en sí misma que alguien (humano) desea e invierte capital económico para obtenerla, pero a su vez, es un ser vivo que requiere de otras mercancías que aunque son compradas por el humano, es el perro el que hace uso de ellas y le mantienen con vida, aceptación o con halagos constantes en el caso de tratarse de productos estéticos.

Desde otro punto de análisis, Walter Benjamin (2003), filósofo y analista de la estética quien contribuyó al marxismo, habla del valor de exhibición y lo presenta como un conjunto de elementos que por un lado produce, y por el otro, consume el ser humano. Benjamin explica este concepto con obras de arte como resultados de la creación humana, que además de ser elaboradas también son consumidas y crean experiencias a través de la sensibilidad humana sobre la belleza o estética que puede poseer. Para el caso que nos ocupa con los perros, puedo sugerir que éstos también pueden ser un valor de exhibición. Los cuidados, belleza y otros signos de estética que despliegan son producto de las actividades y procesos de cuidado que los dueños-paseadores tenían con los perros. Por lo tanto, los perros podían entenderse como sujetos que les permitían a otros tener una experiencia estética de la belleza, conducta, físico o cuidados que el animal no-humano lucía o hacía visibles.

Lo anterior conduce a resaltar al perro en función de las interacciones en el parque, no sólo como un valor de encuentro que deja ver entre líneas el intercambio de capital económico para su adquisición y la compra de mercancías para su mantenimiento. También el perro es un agente moldeable desde procesos humanos, ya sea con el objetivo de resaltar su 'belleza' o con

el de lucir cuidados o buena manutención. Esa experiencia estética que el perro crea en otros, es sinónimo de un intercambio de capital simbólico que renegocia la posición del perro y de su dueño-paseador en ciertos grupos. El dueño-paseador invierte dinero al adquirir el perro *de raza* y al comprar servicios, accesorios o alimentación para su cuidado y mantenimiento. La visibilización de estos elementos y de su comportamiento, permiten que en un grupo, como el de los dueños-paseadores del parque de Capri, se revelen dinámicas de aceptación que hablan de la selectividad a la hora de relacionarse con perros y con sus respectivos dueños-paseadores. Esta selectividad desemboca en sistemas de clasificación que operan según el aspecto, la conducta y los mecanismos de tenencia y cuidado que el perro despliega.

Con base en las anteriores aproximaciones, mi análisis trazó la posibilidad de entender en las jornadas de paseo de algunos dueños paseadores las maneras de proceder en el cálculo de la redistribución económica y de tiempo que demanda la tenencia de perros *de raza*. Mostré cómo el hecho de comprar un perro *de raza* y compartir hogar con él da cuenta de ciertas alternativas para distribuir el tiempo y el dinero para que jueguen también a favor y al servicio del perro. Mostré consideraciones entorno al hecho de tener perros *de raza* y la simpatía que tenían los dueños-paseadores con otros quienes también tenían compañía de perros enmarcados en esta categoría. En un vaivén entre la intimidad de las casas y la actividad en las jornadas de paseo, quise comprender los marcos estructurales que se normalizaban en las prácticas económicas y de manutención cotidianas. Así mismo quise abordar las lógicas de inclusión o exclusión hacia algunos perros de los dueños-paseadores estudiados con el ánimo de visibilizar las dinámicas de su sistema de clasificación para los perros. Más que mostrar razas de perro desde rasgos físicos o de comportamiento, también éste sistema estaba estructurado desde lógicas de inversión económica y desde prácticas de cuidado que exhibían los perros. Este sistema de ordenación, no sólo permitía clasificar a los animales no-humanos desde su

fisionomía y conducta, también consentía la entrada de personas al grupo de dueños-paseadores. Los dueños-paseadores que tenían perros *de raza* que mostraban salud, higiene o cuidados estéticos, podían establecer relaciones y conversaciones con más facilidad e incluso muchos eran tenidos en cuenta cuando se trataba de alguna actividad colectiva como los cumpleaños de algunos perros en el parque o en otros lugares.

El biólogo nos dio pistas sobre la inexistencia de una taxonomía estricta para las diferentes razas o fisionomías de perros. Junto con mis experiencias en campo<sup>3</sup> sobre los procedimientos de algunos dueños-paseadores cuando determinado perro se acercaba, daban cuenta de códigos que leían los dueños-paseadores que configuraban tanto la posición de los mismos como la aceptación de los perros en el grupo. Las entrevistas arrojaron datos atractivos sobre los cuidados y la tenencia de perros *de raza*, que involucraban nuevas formas de distribución del dinero y del tiempo de quienes compartían hogar con animales no-humanos. Ellos aseguraban que por el hecho de ser *de raza* demandaban cuidados más minuciosos que podían ser desde ejercicio según la raza hasta inversión en alimentación más costosa o servicios veterinarios y estéticos. Estas interacciones de corte económico, de tiempo y de cuidados exhibidos, eran articuladas con el hecho de ser *de raza* (fisionomía y conducta) y hacía de estas prácticas naturalizadas (inclusión o exclusión de perros) un conjunto de elementos que conformaban un sistema de aprobación para los perros y posición para los dueños-paseadores.

En mi trabajo de campo descubrí que el carácter distintivo de la posición socioeconómica de los dueños-paseadores con los que trabajé que era exhibido a través del perro, se basaba en las formas en las que disponían tiempo y dinero para el perro. Siempre

---

<sup>3</sup> El caso del perro solitario que se aproximó hacia el señor que trotaba junto a su perro y la llegada de Chocolate y Elber al grupo de dueños-paseadores.

estaba en negociación la posición en el grupo y se daba cuando se conjugaban la fisionomía, la conducta y los cuidados que exhibía el animal no-humano de formas altamente perceptibles para otros dueños-paseadores. La raza del perro y la posibilidad de renegociar la posición en el grupo en distintos sentidos (económicos, de cuidado, afectivos o de tiempo invertido), era la manera en la que los dueños-paseadores articulaban su cotidianidad compartiendo distintos espacios de interacción con sus perros. Como presento a continuación, este sistema de organización no se ceñía exclusivamente a perros de *raza*, también tenía implicaciones y formas de estructurar las relaciones con perros *criollos*, pero esas interacciones tenían otros niveles de aproximación como ilustraré en la siguiente sección.

## **Criollo**

Aparte del distintivo y de la categoría “*de raza*”, en el grupo de dueños-paseadores del parque también era común escuchar el término *criollo* usado para agrupar a ciertos perros. Sin embargo, esta noción también se había debatido en otros círculos sociales de forma abierta.<sup>4</sup> Más allá del uso que sugiere la mezcla de razas, el término *criollo* en ocasiones también estaba asociado o relacionado en los imaginarios culturales directamente con enfermedades, comportamientos agresivos, o con el hecho de carecer de hogar humano. Esos discursos que articulaban la raza y la ‘naturaleza’ de la misma proporcionan recursos para forjar identidades y justificar desigualdades (Moore, Pandian, & Kosek, 2003). Los perros, por ejemplo, eran convertidos en agentes materiales con cargas simbólicas. Esa articulación de cierta raza con

---

<sup>4</sup> En la época de la colonización española sobre América, el término criollo provenía de la palabra “criar” pero era exclusivamente atribuido a quienes eran hijos de europeos (españoles) pero nacidos en territorio foráneo. Eso constituyó al criollismo como un “proceso identitario cultural que generó discurso propio, disputó espacios de poder y cuya emergencia se sitúa en las primeras décadas del siglo XVII.” (Noli, 2010, p. 242)

cierta conducta o ‘naturaleza’ legitimaba en el grupo de dueños-paseadores representaciones políticas, jerarquías sociales y consentía exclusiones en ocasiones violentas. Dicha amalgama entre la raza y su ‘naturaleza’ tenía tal impacto cultural y político en el grupo, que constituía a los perros como sujetos y los perfilaba dándole forma a sus identidades desde los discursos y las prácticas humanas cotidianas.

No obstante, los complejos contenidos del término *criollo* usado para agrupar ciertos perros, sus orígenes y los cimientos de sus reivindicaciones eran una incógnita para mí antes del trabajo de campo. La ambigüedad conceptual del mismo y la compleja relación con otros vocablos como *de raza* y *cruce*, conducían a pensarse este concepto desde otras variables como las afectivas, culturales y económicas. Por ello, y con el deseo visceral de sensibilizar sobre la desigualdad ejercida desde lo humano hacia una misma especie no-humana (perros), parto desde la idea de que la desigualdad en este caso alude a un conjunto de interpretaciones: las diferencias morfológicas y anatómicas entre perros, y la selección/segregación de especímenes con características físicas y de comportamiento específicas para su comercialización o menosprecio. Este conjunto de prácticas e interpretaciones se expresaban en la noción de *criollo* como un término que reproducía la discriminación hacia perros con características puntuales, y que en consecuencia asignaba a los humanos una suerte de estatus según el perro que poseían.

Cuando se habla de “razas” de perros, aparecen nombres de aquellos grupos que son configurados y definidos social y culturalmente. No obstante, el perro *criollo* parece aludir a cierta clase de perros, que “*no tienen raza.*” A diferencia del *cruce* de dos razas, cuyo producto puede ser reconocible dados los patrones que se repiten de cada uno de los padres, en el perro *criollo* se desconoce su ascendencia. En vez de insertarlo en una categoría ‘*de raza*’, a estos perros se les conoce dentro del grupo como el “*cruce de cruces o mil razas en una.*” Esto los



convierte en un individuo cuya crianza no es selectiva, porque se desconoce de dónde proviene (A Media Lúa, 2018).

Por lo anterior, muchas personas, y hablo particularmente de los dueños-paseadores de Capri, encontraban al perro *criollo* como un espécimen portador de cierta peligrosidad al que era casi inevitable discriminar. Es decir que las personas que poseían perros *de raza*, —y con solo dos excepciones, Apolo, el perro de Mónica y los perros a mi cargo— centran su mirada y aceptación exclusivamente en perros enmarcados en la categoría *de raza*. Sin embargo, el consentimiento para que un perro *criollo* pudiera jugar con los perros del grupo o para que éste último mereciera aceptación, caricias y acercamiento, dependía únicamente de si reflejaba comportamientos y cuidados dignos de aprobación que se traducían en el uso de collar, estar limpios, llevar peinado el pelaje en el caso de que éste fuese largo o abundante y, por supuesto, de tener compañía humana (dueño) o no tenerla. Pues en este caso, el tener dueño también indicaba al grupo que existían prácticas de cuidado que hacían que el perro no portara enfermedades, plagas o comportamientos violentos. No obstante, como sucedió con el perro que se acercó al hombre que trotaba en el parque, si de repente se acercase un perro *criollo* a este grupo de dueños-paseadores y notan que no hay dueño o en su defecto, no saben si lo tiene o no, involuntariamente asumen que aquel perro es foco de enfermedades y que “*obviamente no tiene hogar o le pertenece a alguien de la calle.*” como argumentaría María José, dueña de Chiqui, un perro de raza Pincher.

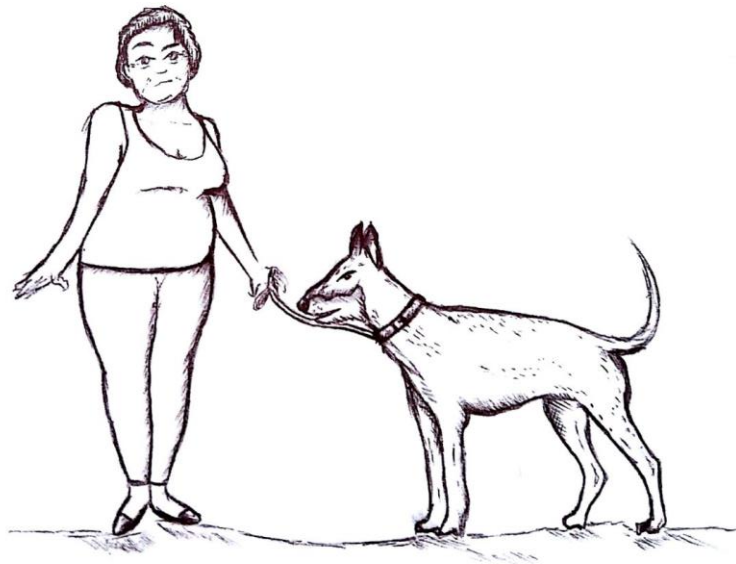


Figura 6 – Mónica y su perro Apolo en jornada de paseo en el parque.

Un caso que llamó mi atención y ejemplifica lo anterior es el de Mónica y su perro Apolo, un perro llamado *criollo* hasta por ella misma (ver figura 6). A Mónica la conocí porque es amiga de mi mamá, cuando me percaté durante las primeras semanas de mi trabajo de campo que ella asistía al parque e interactuaba con dueños-paseadores, decidí preguntarle a mi mamá por ella. Yo no la conocía, solo sabía que mi mamá hablaba con Mónica. Ya las había visto saludarse y había oído a mi madre contar historias sobre ella. Mi madre entonces fue quien me relacionó con Mónica, le comenté sobre mi investigación y ella le respondió que con mucho gusto iba a ayudarme con lo que pudiera. La noche siguiente cuando me encontraba paseando a Mona y Roco, ella y yo conversamos. Me contó que su hija Lina, una abogada que no vive con ella, encontró un día “*abandonado en la calle*” a Apolo cuando era muy cachorro. En sus palabras: “*cuando era una pingua*”. Me contó que su hija decidió llevarlo consigo a su hogar, darle techo, alimentación y los cuidados que necesitara. Sin embargo, como su trabajo

demandaba ausentarse de casa durante varias horas del día, su hija optaba todos los días por dejárselo a Mónica desde tempranas horas de la mañana para que lo cuidara.

Mónica era quien se encargaba de la mayoría de los cuidados de Apolo, dado que compartía mucho más tiempo con él que su hija. Una vez Apolo creció lo suficiente como para sacarlo de paseo, según me contaba Mónica, decidió llevarlo al parque de Capri. Ella comentaba que como Apolo es un perro *criollo* también tuvo que sufrir cierto rechazo por parte de otras personas, no únicamente dueños-paseadores, sino madres que iban con sus niños y que evitaban acercarse al perro porque, según cree y expresa, no se trataba de “*un perro elegante*.” Sin embargo, como siempre lo paseó con correa y siempre estuvo a su lado, cuando entró al grupo de paseadores no sufrió ningún tipo de discriminación, pues se mostró muy simpática con ellos contando la historia de cómo Apolo llegó a su vida. Los dueños-paseadores conmovidos por el relato, le abrieron las puertas a ambos hasta el punto de invitarla a cumpleaños de otros perros y tejer relaciones amistosas con más personas del grupo.

Este sistema pseudo-taxonómico dispuesto para los perros ha hecho que el ser *criollo*, sin ser necesariamente la contraparte de los *de raza*, estructure de otra forma la relación entre paseadores, y las acciones que éstos ejercen frente a los perros *cruce de cruces*. La aceptación y las acciones hacia un perro *criollo* pueden verse en dos vías, si tiene dueño o si carece de él y si exhibe—sea porque el perro deja verlo o porque el dueño-paseador lo cuenta— las prácticas de cuidado que garantizan su bienestar o mantenimiento. No obstante, el ser *criollo* también habla del estatus de su dueño, pues se trata, en muchas ocasiones, de un perro que llegó por adopción. Es decir que no representó una inversión de dinero para su adquisición. Ahora bien, adoptar perros *criollos* en ocasiones podía estar asociado, como diría Ticktin (2006), a la expansión de las políticas humanitarias al ámbito no humano demostrando así un capital cultural independiente de la inversión económica. Así mismo, aparecen afirmaciones que daban cuenta de que los perros *criollos* no necesitaban de demasiados cuidados ni de tanta

inversión de dinero o tiempo, porque ellos tienen “*más aguante*”. En una entrevista con Juan David Calderón, dueño de Nico (ver figura 7), un perro Bóxer y perteneciente al grupo de dueños-paseadores de Capri, comenta:



Figura 7 – Nico (Bóxer)

*Los perros criollos tienen más aguante. [...] Te lo digo porque -yo no he tenido uno ¿no?- pero uno sabe que esos perros soportan lo que sea, si es de buscar comida, la buscan o la cazan, ellos hasta saben cómo velarle a uno para que uno les dé comida, son re avispados; si les toca pasar noches en la calle -como a muchos- buscan cómo protegense. [...] Yo creo que como les ha tocado tan duro, porque casi todos son de la calle, han aprendido a sobrevivir sin ayuda de uno, ¿me entendés? Entonces eso hace que ellos sean más inteligentes y no necesiten de que uno los ayude. [...] Digamos que cuando salgo con mi familia, a los niños les encantan los animales, a Matías por ejemplo, le fascinan, y él ve un perrito, un gato, hasta una paloma, y se va detrás. Pero yo como papá tengo que velar por el cuidado, por eso si el niño se va a acercarse a un perro de la calle, yo no lo dejo ni mirarlo, puede dar pesar y todo, pero de lejitos mejor, uno no sabe qué tengan esos animales*

La narración de Juan David hace referencia al reconocimiento del ‘aguante’ del perro *criollo* y su asociación directa con dos elementos: la inteligencia de éstos, que en palabras de Juan David es el hecho de ser ‘avispados’, y la infortunada, pero existente relación (a los ojos de él y otras personas) con ser precavido y cauteloso cuando un perro *criollo* está cerca. Para Juan David los perros *criollos* no tienen un lugar privilegiado en la vida humana por las relaciones que él dice. Aunque ser *criollo* es ser foco de asociaciones entorno a lo no deseado, el hecho de reconocer la inteligencia y el ‘aguante’ de estos perros, es a su vez la reivindicación de los

mismos. Los ubica con cierto nivel de importancia en las conversaciones o los deseos de otras personas cuando arguyen que les da pereza y desgano tener perros *de raza*, dados los cuidados y gastos que demandan. Construyendo así la raza del *criollo* como un sujeto que no sólo está constituido por caracterización fisionómica específica, sino también por el comportamiento y los cuidados que demuestra en escenarios urbanos y sociales.

En suma, la taxonomía es una construcción social, un sistema que científico o no es hecho por personas y soportado por ellas. Algunos de estos sistemas de clasificación taxonómica tienen justificaciones académicas que los convierten en ocasiones más ‘reales’ o ‘aceptables’ que otros que sencillamente han sido contruidos en escenarios que distan de lo académico o científico. Pero no por ello, es decir, por tener soportes científicos, quiere decir que sean más válidos o incluso más reales que los que se construyen en otros entornos. Según la bibliografía y el testimonio del biólogo, no existe una taxonomía científica o ‘estricta’ para las razas de los perros. Por el contrario, existen otras fuentes que aseguran formas de comportamiento según la raza de los perros que pueden variar desde un grupo social hasta una comunidad digital, cuyas afirmaciones son tan válidas y cuestionables como las de corte académico. Ejemplo de ello son aseveraciones sobre los perros *criollos* que afirman que éstos son más longevos que los *de raza* puesto que poseen mejores genes. Se lo conoce como “vigor híbrido” que emerge cuando la cría es producto de varios cruces y es superior a sus progenitores, lo que se traduce en la eliminación de características no deseadas o el poseer resistencia a enfermedades o condiciones ambientales adversas (4Patas, s.f.). Los infortunios por los que tienen que atravesar muchos perros *criollos* los ha convertido en ejemplares que han modificado algunos atributos hereditarios, volviéndolos menos vulnerables y más resistentes a climas o incluso contextos con dificultades. Eso se traduce también en cómo socialmente se construye al *criollo*, que aunque se le otorguen calificativos como ‘el que tiene

más aguante', no dista en demasía ese denominador, de cómo otras fuentes o áreas de conocimiento entienden y explican al perro *criollo* y su desarrollo.

Así mismo, hay casos en los que ciertos especímenes terminaron convirtiéndose en razas legítimas y aceptadas, originarias de una región geográfica específica por sus características reconocibles. Ese es el caso del Perro Sin Pelo Peruano (PSPP), que fue reconocido como raza por la Federación Cinológica Internacional (FCI) en el año 1985.

*La Fédération Cynologique Internationale es la Organización Canina Mundial. Consta de 94 miembros y socios contratantes (un miembro por país) que expiden, cada uno, sus propios pedigríes y forman a sus propios jueces. La FCI reconoce 344 razas y cada una es la 'propiedad' de un país específico. Los países 'propietarios' de dichas razas establecen el estándar de raza (descripción detallada del tipo ideal de la raza) - en colaboración con las Comisiones de Estándares y Científica de la FCI - cuya traducción, actualización y publicación son realizadas por la FCI. Estos estándares son la referencia en la cual se basan todos los jueces al examinar los perros durante las exposiciones llevadas a cabo en los países miembros de la FCI y todos los criadores al intentar producir perros de calidad superior. Cada país miembro lleva a cabo exposiciones internacionales de Belleza así como concursos internacionales de trabajo, pruebas de caza, competiciones de Agility y Obedience, carreras, coursing y pruebas para perros de rebaño. Los resultados de dichas competiciones son enviados al Secretaría de la FCI donde son procesados y confirmados. Al conseguir un perro un número determinado de recompensas, puede lograr el título de Campeón Internacional de Belleza, de Exposición, de Trabajo, de Belleza y Trabajo, de Agility, de Obedience, de Carreras, de Belleza y Prestación o de Rebaño. Estos títulos son homologados por la FCI. (Federation Cynologique Internationale, 2018).*

Sólo hasta la década de 1980, un cinólogo, es decir quien estudia los cánidos domésticos, presentó la existencia de ciertas características que se repetían en perros de origen peruano a la FCI. Cuando se conoció sobre este ejemplar, la FCI lo valoró y dijo que se trataba de un perro que mantuvo como aspecto de su naturaleza genética, la procreación dentro de una misma manada. Posterior a algunos análisis y avances del estudio del genoma del Perro Sin Pelo Peruano, se reconoció su valor genético y eso contribuyó al mantenimiento de su desarrollo y de su preservación. Además se conectó su aspecto con ciertas representaciones hechas por habitantes del territorio peruano en diferentes épocas. Por ejemplo, en algunas culturas Pre-Incas como Vicús, Mochica, Chancay o Chimú se hallaron representaciones (ver figura 8) del

PSPP que aparecían en sus ceramios (FEDERATION CYNOLOGIQUE INTERNATIONALE, 2013)



Figura 8 – Representación del Perro Sin Pelo Peruano de la cultura Chimú (1100 -1450 D.C) Expuesto en el Museo de Arqueología e Historia del Perú. Fuente: <http://www.arqueologiadelperu.com.ar/pspp.htm> Recuperado el 14 de mayo de 2018.

La revalorización del ejemplar desde estudios de su genoma no fue lo único que posicionó al PSPP como raza legítima para la FCI y las personas. La importancia que parecía tener para distintas comunidades y culturas peruanas con representaciones que datan desde hace algunos siglos, fueron prácticas culturales e históricas que estuvieron tras el telón del proceso, atándose a discursos de identidad que constituyeron al Perro Sin Pelo Peruano como un referente identitario de la cultura peruana. Este reconocimiento hizo que la raza de origen peruano, que fue discriminada y enjuiciada como antiestética y no deseada, fuera revalorizada, incluso hasta tal punto de sufrir explotación comercial por parte de los criadores (Vásquez, et al., 2016)

Ejemplo de ello, es el libro de literatura infantil “*Chimoc el perro calato*” (ver figura 9) de la autoría de Andrea Paz y Claudia Paz, dos hermanas peruanas que querían fortalecer la identidad nacional a través del perro calato (PSPP). En una entrevista del programa

*ENTRELIBROS* del canal *TVPERÚ*, ellas mencionan que la inserción de Chimoc era algo distintivo del Perú porque se hablaba de la raza del Perro Sin Pelo Peruano y ello ayudaba a que los niños se sintieran orgullosos de ser peruanos porque Chimoc dice: “soy un súper perro y peruano soy” (Paz & Paz, 2017).

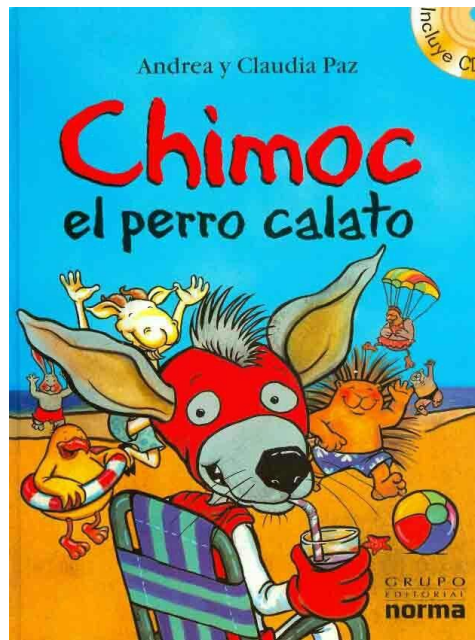


Figura 9 – Libro “Chimoc el perro calato”

Fuente: <http://www.comunitas.pe/es/5-8-anos/56208-chimoc-el-perro-calato-9786124690990.html>  
Recuperado el 16 de mayo de 2018.

En consecuencia, el reconocimiento de este perro como *raza* de origen peruano, avivó trabajos culturales y su patrimonialización hasta el punto de convertirse en uno de los componentes de la identidad nacional peruana. Protegiéndole y heredándolo como símbolo a otras generaciones, se estableció con naturalidad a través de diferentes instituciones. Así, siendo el PSPP un referente identitario, también dejó en un segundo plano las asociaciones con fealdad y encarnó cierta idea de identidad nacional.



Las anteriores aproximaciones permitieron evaluar la existencia de códigos y signos que no significan que vayan más allá de ser *criollo* o *de raza*. Con el término *criollo* se refieren los dueños-paseadores para agrupar a ciertos perros. La primera forma de clasificarlos es por sus características físicas y la segunda es cuando asocian esas características fisionómicas con determinada naturaleza o comportamiento, que en muchas ocasiones era tildado de agresivo o fuente de plagas. Esa asociación no sólo se efectuaba cuando el perro mostraba cierto aspecto, también lo determinaban con ciertos calificativos cargados de prejuicios cuando no veían que el perro tenía compañía humana. Esta categorización del *criollo* daba cuenta de la complejidad del sistema de clasificación que tenían los dueños-paseadores. Para este caso, el de los perros *criollos*, su aceptación en el grupo dependía de varios asuntos. Por un lado, encontrarse con uno de estos perros que no tenía dueño activaba la precaución y la emergencia de más asociaciones con lo enfermizo o lo sucio en el grupo. Por el otro, aunque el perro *criollo* tuviera dueño, debía desplegar ciertos indicadores que fueran leídos por otros dueños-paseadores como el uso de correa, otros accesorios, la limpieza y algunos relatos de los dueños de estos perros sobre sus cuidados, para que en el grupo se permitiera la aprobación de estos perros y sus respectivos dueños. En el grupo la idea de *criollo* como una clase de perro que despertaba imaginarios negativos era reproducida constantemente. Asociaban el ser *criollo* con una naturaleza agresiva, sin hogar y no digna de ciertos espacios con la que se justificaban jerarquías, actos violentos y desigualdades contra esos perros. Así, se configuró en ese espacio compartido por dueños-paseadores una suerte de sistematización que variaba según la ‘raza’ y sus asociaciones con la que asentían la entrada de un perro y su dueño-paseador.

No obstante, este sistema tenía variaciones, pues la exhibición de ciertos elementos que demostraban cuidado, determinado comportamiento y buena tenencia, reconfiguraban la forma en la que se veía el *criollo*, casi que desdibujando en su totalidad la idea relacionada a la calle

y la enfermedad. Una lectura de este sistema de clasificación podría hacerse desde el concepto de habitus de Bourdieu (1980) sobre cómo hay dueños de perros que tenían ciertos habitus que les permitían entrar a determinados espacios y al mismo tiempo resignificar incluso las características físicas y de conducta asignadas a perros que no son *de raza*. El interrogante es entonces si dichos habitus también se manifiestan en perros. Probablemente, si se trata de un perro de la calle, no podrá tener estas disposiciones: no está adiestrado, no está bañado y claramente cuando éste va a entrar al grupo o simplemente pasa cerca de dueños-paseadores, le van a rechazar. Pero si se trata de un perro que ha sido adiestrado, que ha sido cuidado, bañado, peinado y tiene a su dueño al lado, sin importar la raza de la que provenga, puede ser portador de un capital simbólico leído por otros dueños-paseadores que le permita acceder sin dificultades en el campo. Sin embargo, este sistema no es único de perros *de raza* o *criollos*, hay una categoría más que quiero presentar y exponer cómo con ella opera el sistema de clasificación de los dueños-paseadores y lo explicaré a continuación.

## **Cruce**

En esta parte hablaré sobre lo que los dueños-paseadores conocen como *cruce*, que se define como una raza no especificada, pero que a los ojos de éstos, sí tienen una suerte de aceptación. Los perros enmarcados en esta categoría precisan ser animales no-humanos que poseen características de perros que son *de raza*. Es decir, que son la descendencia de padres

cuyas características físicas y de comportamiento los han insertado en grupos *de raza* certificados.<sup>5</sup>

Aunque durante mi trabajo de campo nunca tuve la oportunidad de ver un perro cruzado, en encuentros ocasionales y en algunas entrevistas, este término sugería que estos animales no-humanos no daban desconfianza porque aunque no eran iguales a sus padres, sí conservaban características propias de las razas de sus progenitores. El hecho de provenir de animales no-humanos *de raza*, y el denotar cuidados y compañía humana, garantizaba la adecuada tenencia y mantenimiento del animal y hacían que el miedo a acariciarlos o a que se relacionaran con ellos se desdibujara.

De acuerdo con las anteriores consideraciones, las “razas” *de raza*, los *cruces* y los *cruces de cruces (criollos)* son sinónimo de diferencia y desigualdad ejercida desde lo social hacia la frontera del animal no-humano domesticado. En la medida en que es un concepto pseudo-taxonómico para clasificar poblaciones caninas desde diferencias morfológicas, de cuidado y comportamiento, hace una estratificación implícita, puede percibir la clase social y hace que se reproduzca la inclusión y exclusión humana y no-humana. Cuando se entienden y codifican las razas, también se delimitan los contextos sociopolíticos concretos en los que éstas están fijadas, como es el caso de los *criollos*, donde la gente los determina mecánicamente como sin hogar o fuente de males. En consecuencia, la ‘raza’ y sus variaciones siempre serán conceptos contruidos para, en este caso, clasificar poblaciones animales y en consecuencia a veces a dueños humanos en términos de distinción. La raza está ligada a conductas que resultan

---

<sup>5</sup> Estos agrupamientos o razas certificadas pueden encontrarse en la página de la Federación Cinológica Internacional: <http://www.fci.be/es/> consultada el día 20 abril del 2018. Normalmente se certifican como ‘razas’ a ciertos especímenes cuando un/a cinólogo/a expone ante la FCI características físicas y en algunos casos de conducta que se repiten en ciertos perros. En algunas ocasiones esas razas que están por certificarse son de un origen geográfico específico que no ha tenido muchas variaciones genéticas como el caso del PSPP pero hay otros caso en los que criadores o determinadas personas han logrado cruces entre ciertas ‘razas’ y como resultado tienen un perro que aunque conserva algunas características de sus progenitores, es posible que se lo llegue a reconocer posteriormente como ‘raza’ si ese cruce se ha hecho con frecuencia en diferentes contextos.

perceptibles y asumibles desde la óptica social, a la vez que determinan también formas de exclusión y deshumanización de cierta población canina en gran escala.

Las consideraciones de algunos dueños-paseadores acercan a las diversas concepciones y construcciones que definen los conceptos *de raza*, *criollo* y *cruce*. Con esas categorías, su significación y definición se puede entender la desigualdad de los perros *criollos* con respecto a los *de raza* en determinados ámbitos de la vida social, económica, política y cultural humana. Si partimos desde la premisa de que esta desigualdad se ha basado en diferencias morfológicas y su asociación con la mala tenencia o no tener hogar, esto revela también que es una categoría adaptada según la esfera social. Estas diferencias no deberían causar discriminación, sino que deberían contribuir a que la convivencia o los encuentros con cualquier perro sean más uniformes.

Así, los análisis que han contribuido a la construcción de la noción de la raza en los seres humanos han dado cuenta de cómo ésta delimita contextos sociopolíticos históricamente específicos (Marshall, 1993). Además, también han entendido a la raza como un concepto taxonómico pero construido socialmente para sistematizar grupos humanos a partir diferencias físicas o biológicas que son visibles desde la perspectiva social (Barfield, 2010). Otros trabajos se han aproximado a argumentar que no existen las razas dado que no poseen soporte científico porque se trata de construcciones histórico-sociales, es decir que no aluden exclusivamente a rasgos físicos sino a ciertas aptitudes y actitudes psicológicas (Kakozi, 2016 ). Por otro lado, para Hering Torres (2010) la raza según la percepción de los colores y su respectiva asignación de significados no se trata de asociaciones objetivas sino de valores socioculturales de un grupo humano dominante. Así mismo, como se trata de un concepto que emerge en la realidad histórico-social, la raza es una noción cambiante y que se adapta a discursos políticos, académicos y populares en contextos sociales específicos (Wade, 2000).

Por lo tanto, en su concepción de construcción social, articula características físicas y fenotípicas con formas de comportamiento y actitudes. Los articula y los hace equivalentes, como las atribuciones de malgenio, bulla y desgano a gente de piel oscura, clase y estatus a gente blanca y de cabello rubio o desagrado a gente con rasgos indígenas. Lo que significa la construcción racial es la amalgama entre dos cosas que no necesariamente por naturaleza están articuladas. Con los perros ocurre lo mismo, los rasgos y características fenotípicas o los servicios que dejan ver por sus cuidados se vinculan o no con ciertos comportamientos, predisposiciones y capacidades que hacen apetecible o no al perro. Pero es el acto de la articulación lo que constituye la construcción de la raza del perro y su significación.

Esto opera en la vida social de los dueños-paseadores en el contexto del parque de Capri, como un sistema de clasificación que ordena a los perros y los significa según sus atributos físicos en relación con determinadas conductas. A su vez, posiciona a los dueños-paseadores según las dimensiones socioeconómicas que exhibe tanto desde la tenencia y el mantenimiento que muestra el perro como desde sus discursos sobre sus prácticas de cuidado con el mismo.

Implica también que así como en la vida humana, en la vida animal también hay desigualdades pero ejercidas desde lo humano, y de la misma forma que ocurre en la humanidad, así muchos dotan de significados y asociaciones a los perros, pero no es tan fácil para ellos quitarse esos calificativos porque no tienen voz y su igualdad se construye sólo desde algunas voces humanas que pueden luchar por ellos.

Sin embargo, aunque existe una articulación entre lo que se construye socialmente con lo que está biológicamente dado, lo racial o la 'raza' en los perros no implica permanencia, la lectura humana de las disposiciones no-humanas son cambiantes. Para este caso será porque esta amalgama entre lo biológico y lo socialmente construido y asociado a la fisonomía está en función de actos de domesticación y dominación que resignifican la 'raza' del perro. Esos

actos de domesticación y dominación pueden traducirse en los cuidados otorgados (ver capítulo 2) pero que son cruciales en el campo social para la aceptación de los perros o la negación de su participación en este espacio. Los perros son cargas simbólicas vivas cuando los humanos a través de las prácticas de cuidado trabajan sobre lo biológicamente dado y socialmente construido. La raza en los perros no sólo se lee como un concepto de configura un sistema de clasificación que deriva en exclusión e inclusión de especímenes (perros) y sus dueños -si lo tiene- sino que también puede verse como un reflejo ideológico humano, como uno de sus esfuerzos para naturalizar ciertas relaciones de dominación y/o subordinación con otros que bien pueden ser animales no-humanos o no.

Adicionalmente, y como justifica John Hartigan (2010), antropólogo quien trabajó el concepto de raza en los no-humanos, particularmente con maíz en México, dice que esta construcción racial de lo no-humano y la asociación con el mundo humano debe ser entendida meticulosamente, porque la raza como concepto global es una tarea que al elaborarla no está exenta de tener dificultades. Con un solo caso sería muy apresurado y demandaría de tomar riesgos a la hora de captar la gran complejidad del pensamiento racial. Por ello es crucial entender que esta construcción está constituida de diferentes formas según el contexto, pues cada escenario puede alterar las formas en las que la 'raza' se configura que no pueden determinar la unanimidad para entender y definirla como un término con significación global.

Lo anterior conduce a pensar sobre las clasificaciones como estructuras que tienen una complejidad mayor. Para entenderlas, como mostraré en el capítulo 2, no sólo puede hablarse desde la vía biológica o fenotípica, pues también las prácticas de cuidado son capaces de trabajar sobre lo físico y biológicamente dado y resignificarlo.

## Capítulo 2: Relaciones

Cuando empecé a pasear perros desde agosto de 2016, mi trabajo de campo se convirtió en un momento del día en el que, sin dejar de lado mis preguntas de investigación, me dedicaba a divertirme con los perros a mi cargo. No sólo jugando con ellos y enseñándoles algunas formas de interacción y comportamiento, sino también conociendo las relaciones que otras personas tejían con sus animales no-humanos en espacios urbanos y en otros espacios más íntimos de sus distintos hogares.

Las familias de este estudio estaban inmersas dentro de dinámicas de una economía que ubicaba a los perros en un lugar importante en relación con los cuidados y el presupuesto doméstico. El dinero que circulaba en los hogares debía ser invertido y distribuido de tal forma que, además de intercambiarse para efectos de la reproducción social y material de los miembros de la familia, también les brindara cuidados y servicios a los animales no-humanos. En la mayoría de los casos encontré además de las relaciones económicas, un deseo visceral por parte de los miembros del hogar por mantener el bienestar físico y ‘mental’ – como mencionarían algunos dueños-paseadores- de los perros. Lo hacían con prácticas de cuidado y servicios que posicionaban a sus perros y a ellos como dueños y paseadores en lugares privilegiados en el grupo del parque de Capri.

Algunas de estas prácticas de cuidado, han emergido en los últimos años materializadas en lugares que ofrecen ciertos servicios a la población animal-no humana doméstica de Cali. Algunos ejemplos son cementerios (Parque Cementerio Tierra de Mascotas en el año 2015), restaurantes Pet Friendly (Mascabado, La Petite Suisse, GoGreen, Teddy’s, Turk House desde 2016), peluquerías y centros de hospitalización, guardería y EPS canina (desde 2010). Más allá de escenarios tradicionales como los almacenes de cadena y los supermercados que desde hace

cierto tiempo ofrecían productos para la manutención y cuidado de los animales-no humanos, estos nuevos servicios complejizaron la economía y las relaciones con las mascotas cobrando recientemente importancia en la vida social humana y también en la organización espacial de las ciudades. Todos estos espacios ubicaban a los animales-no humanos -en especial a los perros- como otro sujeto que no sólo era bienvenido y aceptado dentro de las instalaciones de determinados lugares, sino también considerado como un beneficiario más de los bienes y servicios que antes eran sólo reservados para humanos.

Ahora, claro está, al igual que en el mundo humano, no todos ni cualquier perro accedía a estos servicios. Por ejemplo, como se verá a lo largo de este capítulo con el caso de Milena, dueña de un perro Bulldog, su capacidad de acceder al grupo de dueños-paseadores de perros del parque de Capri le permitió gradualmente apropiarse de hábitos y prácticas de cuidado que la condujeron a hacer uso de determinados servicios y a comprar ciertos accesorios. Su historia parte de un capital de conocimientos que acumuló con la llegada de su perro Aquiles a su hogar. Las jornadas de paseo de su perro en el parque y la búsqueda de cuidados o servicios vía internet o el voz a voz, poco a poco la llevaron a ubicarse por encima de otros que no navegaban con experticia, ni solvencia económica, por el mundo del cuidado de las mascotas (perros). Aquí, exploro algunas de las prácticas de cuidado que conoció y de las que hacía uso. Centro mi mirada en Milena y su perro Aquiles porque, desde que inicié mi trabajo de campo, noté que ella era una persona muy referenciada en el grupo cuando se trataba de buscar recomendaciones de restaurantes donde la gente pudiese llevar a su mascota, centros veterinarios, accesorios de toda clase e incluso procesos de alimentación.

Este capítulo se nutre de esos encuentros, conversaciones y actividades en las que tuve la oportunidad de observar y analizar formas de socialización de los dueños-paseadores de perros del parque de Capri. A partir de cuatro aproximaciones que describiré más adelante, el capítulo se propone vislumbrar y examinar las formas en las que los dueños-paseadores se



relacionan entre sí y con sus mascotas, y cómo las relaciones con sus mascotas en función de las prácticas de cuidado renegociaban su posición y popularidad en el grupo de personas que paseaban a sus perros en el parque del barrio Capri. Esto con el ánimo de comprender los significados del perro desde procesos de relacionamiento con ellos y con otros quienes también compartían su hogar con animales no-humanos. Para tal fin, la primera parte de este capítulo explora algunas prácticas de cuidado que usaban algunos dueños-paseadores con sus perros. La segunda, hace referencia a la forma en la que los dueños-paseadores hablaban por los perros, haciendo énfasis en los discursos de las personas y sus interacciones. La tercera, muestra cómo se configura el estatus en el grupo y sus contradicciones vislumbradas en el discurso de otros que demeritaban acciones específicas de ciertas personas con sus perros y con el grupo. Finalmente, la cuarta muestra cómo los perros ayudan a tejer nuevas relaciones en las que posteriormente terminan siendo más un vehículo o un vínculo antes que un protagonista.

Estas cuatro líneas de indagación permiten reconstruir en este capítulo una aproximación a las prácticas de cuidado y a las formas en las que los dueños-paseadores tejían relaciones con sus mascotas y con otros miembros del grupo de dueños-paseadores de perros del parque del barrio Capri.

## Prácticas de cuidado



Figura 10 – Milena en una jornada de paseo con su perro Aquiles, quien muchas veces no obedecía las órdenes de su dueña.

A Milena, una mujer de 31 años, delgada y de cabello largo la conocí a la segunda semana de sacar a pasear a Mona y a Roco. Eran cerca de las 8 de la noche y Milena se encontraba a unos 15 metros de mí. Su perro Aquiles, muy decidido a hacer lo que le placía, se acercaba hacia donde yo estaba con Mona y Roco. Recuerdo que el perro me miró a los ojos, luego bajó su mirada y olfateó el suelo, dirigió nuevamente su vista hacia su dueña y, aun cuando ella estaba llamándole incansablemente para que él se devolviera, decidió acostarse a pocos centímetros de mí. Yo miré a su dueña, se la veía frustrada (ver figura 10), quizá porque su perro no quería ponerle atención, ni hacer lo que ella le demandaba. Aquiles no paraba de jadear, parecía exhausto y por sus acciones hasta parecía que reflejaba antipatía por Milena, su dueña. Sentí lástima por él, pensé de verdad que estaba muy cansando. Cuando respiraba, hacía ruidos extraños, similares a los de una persona al respirar cuando tiene el pecho constipado. En mi

mente me decía que de seguro debió haber jugado mucho. Yo tenía una botella con agua en mi mochila, así que mientras le lancé a Mona y Roco una gruesa rama para que jugaran, me agaché, dispuse mi mano derecha de forma cóncava y serví agua en ella frente a Aquiles. Con la ansiedad y torpeza propias de un sediento, el perro botó más agua de la que pudo tomar. Desesperado lamió mi botella en busca de más, así que decidí servirle para que calmara su sed. Mientras tanto, Milena estaba acercándose a nosotros y también Roco, quien dándose cuenta del agua vino hacia mí con mucha emoción para beber como lo estaba haciendo Aquiles. Por fortuna no se gruñeron, pero terminé llena de saliva de perro y sucia por las patas embarradas de Roco. Cuando llegó Milena me puse de pie y ella muy dulcemente agradeció mi gesto de darle agua a su perro. Allí comenzó nuestra relación, me preguntó por los perros a mi cargo, por si vivía cerca, y desde cuándo estaba viniendo con ellos al parque porque nunca me había visto. Milena prontamente me abrió la puerta de uno de sus mundos, el de las actividades y relaciones que tenía con su perro y otros que como ella compartían hogar con éstos. Hablaba con amabilidad, y le respondí a todo lo que me preguntó. Incluso le conté sobre mi primera experiencia yendo al parque y lo apartada que me sentí por cómo señalaron algunas personas a los perros a mi cargo, pues en mi llegada mis perros fueron foco de discriminación y recibieron comentarios hirientes por parte de otros dueños-paseadores por su físico y por estar sueltos.

Mi primer encuentro con Milena me dio pistas y claves de la configuración del parque de Capri como un escenario de encuentro y socialización fundamental para los dueños-paseadores que lo frecuentaban. Ella visitaba con constancia este parque y acudía con su perro Aquiles, un Bulldog inglés, a quien ella, e incluso el resto de las personas que paseaban a sus perros llamaban cariñosamente *Gordo*. Milena no vivía en el barrio Capri, de hecho, me contó que vivía muy cerca del batallón, en el barrio Nápoles. Este barrio está ubicado detrás del hospital psiquiátrico al sur de la ciudad de Cali, y aunque no queda muy lejos de Capri, sino que están separados por la Avenida 5ta, me resultaba curioso que Milena decidiera traer a

pasear a su perro Aquiles al parque de Capri, cuando también su barrio disponía de parques en los que se podía realizar la misma actividad. En torno a los parques de su barrio como lugares poco idóneos para las jornadas de paseo de Aquiles, Milena expresa:

*[...] No me siento tan cómoda con esos parques porque la mayoría son muy chiquis y no hay tanto espacio para que el gordo corra [...] Además que a toda hora hay viciosos y hay mucho perro callejero y me da miedo que me le hagan algo al gordo o le peguen las pulgas, ¿si me entendés?*

*En cambio, este parque al menos tiene mantenimiento y uno conoce al resto de personas que sacan a sus perros como yo, y por eso uno sabe que los perros son bien cuidados y no hay problema.*

Esto quiere decir que, aunque hay particularidades de los parques de su barrio que le causan intranquilidad —lo que ella señala como vicio y el poco mantenimiento que le hacen a los espacios— centra mucho su mirada en lo especial que es saber quién es el dueño o quién saca a los perros con los que juega o comparte su perro Aquiles. Así, el conocer a quién pertenece un perro, es condición suficiente para seguir yendo al parque de Capri. Y ese conocer es lo que genera la tranquilidad en los dueños para que sus perros se relacionen entre sí.

El parque tuvo un proceso de resignificación desde la agrupación de los dueños-paseadores. Además de ser un referente para otras personas como lugar de ejercicio, descanso o consumo de sustancias ilícitas, también se configuró como un lugar que tenía agencia para los dueños-paseadores. Le daba una suerte de tranquilidad al dueño-paseador el hecho de reconocer en el parque características de mantenimiento y de las personas que lo visitaban, pues el parque también garantizaba que los perros y sus dueños pudieran andar con libertad sin temor a situaciones no deseadas.

Adicionalmente, Milena me contaba que “*tener un perro demanda cuidados que van más allá*”. Se refería al hecho de alimentarlos y sacarlos a pasear. Esto me lo dijo haciendo referencia al dinero y tiempo que debía ser dispuesto para el bienestar del perro. Ella

mencionaba que el mantenimiento de un perro podía ser incluso más costoso que el de un hijo, con la diferencia de que no había que pagarles educación. Sin embargo, decía ella, que había excepciones con el tema educativo, porque también había personas que invertían en entrenamientos para sus mascotas.

El siguiente diálogo muestra cómo Aquiles llegó a la vida de Milena y describe cómo ella empezó a conocer actividades y prácticas que pudo poner a disposición para los cuidados y el bienestar de su perro.

*M: Yo vivo con mi sobrina, pero ella ya está grande, ya trabaja y tiene su sueldito. [...] y ambas un día que estábamos tomando unos traguitos, nos dio la bobada de que queríamos un perro y que un perro, un perro; hasta que lo compramos. ¡No! y si te soy honesta, yo no tenía ni idea de dónde comprarlos, sabía de que en Unicentro, afuerita pues, los vendían, pero yo ni idea de esos negocios. (se ríe)*

*Yo: Entonces ¿Cómo llegó Aquiles?*

*M: Lo llevó Danielita, mi sobrina. Ambas habíamos estado ahorrando en una cajita que se cierra con imán, como para poder contar cuánto llevábamos. Yo ni me percaté cuándo la culicagada cogió la plata y una noche después de que llegué de trabajar, me oyó entrar y me gritó: “tía, subí rápido, rápido, que es urgente”. Yo subí y cuando entré al cuarto y vi a mi chiquitín, era un espectáculo. Entonces la niña fue la que hizo la vuelta.*

*Yo: ¿Ya habías tenido perros u otra mascota antes?*

*M: Jamás en mi vida había tenido un perro en mi casa, nunca tuve animales, siempre me gustaron, pero nunca los tuve compartiendo en un mismo espacio conmigo, pues.*

*Yo: ¿Qué demandaba su cuidado de bebé? ¿Cómo te adaptaste a él?*

*M: ¡Já! Mija, eso fue una lucha de chiquito, el Gordo ahora es medianamente juicioso, pero de chirringo era un caso, yo a él no lo podía dejar suelto porque se volaba, y es que ahora está gordo y uno lo alcanza, pero cuando estaba chiquito corría bastante. Una vez se nos voló por la cuadra y Dani fue la que tuvo que ir detrás de él [...]*

*Yo: ¿Dónde o cómo aprendiste a cuidarlo?*

*M: Primero fue por internet, el perrito llegó a casa con un mes de vida, estaba muy cachorrito, y creo que a ellos toca destetarlos mínimo a los 2 meses. Entonces tocaba alimentarlo casi igual a cuando están detrás de la mamá. Lo que encontré era que tenía que alimentarlo con un gotero y depende del crecimiento, lo podía cambiar a un teterito. Pero tocaba hacer una mezcla de 3 cuartos de leche más uno de agua para que no le jodiera el estomaguito. [...] Como a los tres meses, el perrito ya comía, pero me tocaba triturarle las pepitas, yo generalmente los fines de semana dejaba eso listo para el alimento de la semana, cogía el bultico y con la piedra de ablandar carne, las trituraba. Pero eso lo hice por iniciativa propia porque el gordo no era capaz de*

*masticar, como cuando uno está bebé, que le tienen que hacer todo, entonces le buscamos solución así, incluso, a veces le echábamos agüita a las pepitas para que estuviera más blandito el alimento y pudiera comer tranquilo. [...] Pero hubieron otras cosas que aprendí con gente o en las veterinarias. Una vez estaba en **La 14** comprando **PipiCan**, que es un spray con olor a chichí, entonces uno lo echa como en periódico o en el lugar que quieras que orine el perro porque como tiene olor a orina, ellos entonces ahí huelen y hacen sus necesidades. Y entonces mientras lo estaba comprando, una señora me preguntó que ¿qué era eso? y yo le dije lo que te conté, y la señora me preguntó que si mi perro se orinaba en otros lugares, los que no eran pues. Yo le dije que sí, y es que el gordo se me orinaba hasta debajo de las camas. Y la señora me dijo que ella lo que le hacía era que le untaba de ají la lengüita para que el perro cada vez que se mirara en un lugar que no debía, entendiera que le iba a picar la boca, entonces que con eso era santo remedio para que orinaran donde debería ser. [...] Literalmente hay cosas que uno hace por sentido común, como lo de las pepitas, pero hay otras que uno aprende con la gente. Yo no sabía que había restaurantes donde el gordo podía ir, de hecho me enteré de que podía llevarlo a Homecenter por el señor de los Samoyedos<sup>6</sup>. [...] Y desde que fuimos a Dowolf al cumpleaños de, ¿Cómo es que se llama? siempre se me escapa el nombre de la cocker, pues desde que fuimos ahí, yo no salgo de ese lugar para celebrarle al gordo o cuando paso por ahí comprarle cositas que le gustan.*

Esto deja de manifiesto que la forma en la que Milena adquirió el aprendizaje sobre los cuidados de Aquiles tuvo varias rutas. Por un lado, y como ella menciona, iniciativa propia y bajo lógicas de entender al perro en su etapa inicial haciendo un parangón con las fases humanas de temprana edad que también demandan cuidados considerables por parte de otros para mantenerle con vida. Por el otro, en encuentros ocasionales en lugares que ofrecían productos para cuidado y manutención animal no-humana. Todo bajo dinámicas sociales como las del parque de Capri, que llevaban a dueños-paseadores a entablar conversaciones sobre los cuidados y que también servían para que otros acumularan conocimiento y lo dispusieran a favor de sus propios animales no-humanos.

Además de comprender que las prácticas de cuidado se apropiaban desde vías distintas, como internet, lo mediático, los encuentros ocasionales y las recomendaciones de otras personas que también compartían sus hogares con perros, también logré identificar la

---

<sup>6</sup> Se trata de otro paseador de parque de Capri quien saca a pasear a sus 3 perros de raza Samoyedo.

importancia que se daba Milena a sí misma en la vida de Aquiles. Pareciese que existiera una suerte de dependencia emocional configurada desde las necesidades que los dueños-paseadores interpretan por el perro o desde el reconocimiento de sus necesidades como las mismas que puede tener el perro pero que no puede hacer por sí mismo.

Irene Comins es una académica que ha trabajado sobre la filosofía del cuidar en pro de la construcción de paz y desde un enfoque de género donde ha argüido que “mediante las tareas de cuidado el individuo se siente significativo, importante, necesario, y se da cuenta de que tiene cierto poder para modificar la realidad” (Comins en Bellón, 2017, p. 89). Ella aborda el cuidar como un elemento que no es exclusivo de las relaciones humanas. Tiene trabajos que procuran explicar y construir una ecosofía donde señala contribuciones de la filosofía del cuidar en el pensamiento ecológico basándose en la interconexión del ser humano con la naturaleza. Ella menciona que el cuidado tiene tres dimensiones inseparables: una dimensión interna de relación de cuidado con la propia vida, una dimensión social donde se cuida la vida de los demás, y una dimensión ecológica que hace referencia al cuidado de la vida natural. (Comins, 2016).

No en vano se adecúan humanamente zoológicos, se cuidan las zonas naturales o se propende por la protección de áreas que garantizan el crecimiento y mantenimiento de la vida animal no-humana y vegetal. Incluso para el caso que nos ocupa, el del cuidado de los perros por sus dueños-paseadores, se trata de ejemplos de medidas ejercidas por los humanos en razón de su hábitat y de la dotación que por sí es proporcionada para otros, llámese perros, paisaje, área natural o vegetación. Aunque por efectos del lenguaje y el no conocer con precisión lo que piensa, desea o siente un perro, Álvarez<sup>7</sup> (1993), menciona que en el *otro* animal vemos reflejados elementos que también necesitaríamos como humanos para conservar nuestra

---

<sup>7</sup> Catedrático de la Universidad de Murcia que ha abordado temáticas entorno a la relación entre humano y naturaleza desde una articulación de la antropología social con la filosofía.

existencia. Argumenta que “la ecología ha subrayado la solidaridad, que, en vez de ver en el otro<sup>8</sup> un competidor hacia un objetivo limitado, se vuelve hacia él sobre la base de los aspectos naturales comunes.” (Álvarez, 1993, p. 47). Con lo que sugiere que ese cuidado hacia lo natural se hace desde una suerte de solidaridad pero realizado bajo reconocimiento de aspectos o —a mis ojos— necesidades comunes que el humano encuentra también en los animales no-humanos.

Con lo anterior, considero entonces que los animales no-humanos pueden ser sujetos de derechos o que necesitan de cuidado pero no pueden reclamarlos, o en su defecto, son pocos los animales no-humanos (perros) los que se valen por sí mismos en términos de cuidado. Si entendemos este último (cuidado), para los perros, como no tener pulgas o comportamientos agresivos, no portar enfermedades, cuidar de su aspecto físico y mostrar signos de buena manutención.

Volviendo a lo anterior, esa importancia que Milena se da en la vida de su perro la expresa en la siguiente narración:

*Aquiles sin mí no vive, yo lo soy todo para mi gordo, y sí, Dani<sup>9</sup> puede estar ahí en la casa y a veces lo pasea o le da agua, pero no como yo. Yo le hago todo a él y él lo sabe, y como dice mi sobrina “yo soy la adoración de Aquiles”. El perrito sin mí, si no se muere porque no le dan lo que necesita, se muere de pena moral, y yo me muero sin él, por eso lo cuido a más no poder.*

Lo anterior expresa que Milena tiene seguridad total sobre ser una pieza significativa y esencial para el bienestar y la garantía de la vida de Aquiles. La articula en una red de mantenimiento de la vida donde ha encontrado nuevos elementos que la ubican en una posición que ve la opción de una vida mejor apoyada en la satisfacción de dar cuidados.

Este recorrido sobre algunos cuidados desde la experiencia de Milena también me conduce a exponer un tema interesante que surgió durante la segunda etapa de mi trabajo de

---

<sup>8</sup> Hace referencia al otro animal o ‘natural’.

<sup>9</sup> Se refiere a su sobrina con la que vive.



campo, cuando visité frecuentemente las casas de mis informantes. De acuerdo con las actividades y el estilo de vida de las personas, así mismo se puede decir que buscaban una raza de perro que respondiera y se adaptara al modus vivendi de éstas. Algunas personas intentaban conectar la “raza” con el proceso que posteriormente utilizarían para cuidarlo y que - preferiblemente- no se saliera de sus alcances económicos y de tiempo. No obstante, también habían personas que nunca habían tenido mascotas y que ese proceso de seleccionar al perro ideal o de saber de primera mano cuáles eran los mejores cuidados, eran elementos que aprendían con el tiempo, conviviendo, investigando y referenciándose de otras experiencias de personas cercanas a sus círculos más próximos. Esto me lo contó Diego, quien junto a su esposa Diana consideran como hijos a sus perros (ver figura 11).



Figura 11 – Roco (Golden Retriever) y Max (Pastor Alemán), los perros de Diego.

*Pues mirá, Dianita nunca tuvo animalitos, para ella era algo totalmente nuevo y eso me pareció algo lindo porque fue un proceso tal cual cuando dos papás primerizos se informan sobre cosas de bebé y leen sobre lactancia o crecimiento, o cómo educar según la edad, pero que no se te vaya a hacer rara mi comparación, no te vas a asustar. (...) Y pues con amigos que tenían perritos y con internet que es una maravilla, empezamos a aprender cosas y finalmente nos decidimos por un Golden Retriever, porque leyendo cositas nos enteramos que su edad mental es igual a la de un niño de 5 años y de alguna manera queríamos eso, un perrito que se pudiera educar con facilidad, pues todo lo que te conté de Patán<sup>10</sup> lo sabe mi esposa y como ella nunca había tenido perritos, pues también queríamos algo que no nos pusiera la casa patas arriba porque ambos trabajamos y llegamos tarde. Entonces lo compramos con ayuda de un colega que es visitador médico y él tiene un par en su trabajo que es veterinario y conocía dónde lo podíamos conseguir de raza y sin enfermedades.*

---

<sup>10</sup> Se refiere al perro que vivía en su casa mientras él era adolescente, y a las historias de éste, pues según los relatos de Diego, él manifestó que Patán era un perro hiperactivo y en ocasiones desobediente y le atribuía esos comportamientos y disposiciones a la raza porque según él es una raza muy activa.

La narración de Diego deja ver la importancia de pensarse el futuro del hogar, el bienestar mental del perro y las actividades extra que demandan su tenencia mucho antes de tomar la decisión de comprar o tener un perro en casa. Las investigaciones y el voz a voz daban pistas clave a las personas para seleccionar cuál sería la mascota más idónea de acuerdo a sus trabajos, formas de ser e incluso a sus pasados.

Adicionalmente, también había una idea de compasión y cuidado general que invadía al grupo de dueños-paseadores.



Figura 12 – Coco, perra encontrada por los dueños-paseadores.

Una noche de septiembre, estaba cumpliendo mi primer mes de trabajo de campo. En el parque nos encontrábamos alrededor de 15 dueños-paseadores jugando con nuestros perros y hablando con otros dueños-paseadores. Entre conversaciones y juegos notamos una perrita, que no habíamos visto antes, correr agitadamente cerca de donde nos encontrábamos. Muchos empezaron a preguntarse: *¿será que está solita?*, *¿saben de quién es?* *¿qué sería que le pasó?* Las preguntas y la preocupación emergente crearon conmoción en el grupo y todos, entre conversaciones, acordamos perseguirla porque uno de los dueños-paseadores había notado que de su collar colgaba una placa que podía tener el número de su dueño. Así que nos dispusimos a atraparla y por fortuna para nosotros fue sencillo porque se acercó sin problemas. Se trataba

de una perrita de pequeño tamaño, pelaje blanco y medianamente liso y largo pero cuya raza nadie sabía dar cuenta (ver figura 12). De su collar colgaba una placa en forma de hueso que tenía su nombre “Coco” y el número de contacto en caso de pérdida -intuimos-. Efectivamente, uno de los paseadores, Sebastián, llamó desde su celular y le contestó un hombre. Sebastián le dijo que por el parque de Capri habían visto a la perrita llamada Coco y que la tenía consigo. La persona que le contestó le dijo que por favor le indicara dónde estaba con exactitud porque estaba muy preocupado y que ya iba a dirigirse hacia donde Sebastián estaba ubicado. Sebastián le dijo dónde nos encontrábamos, el hombre agradeció y pidió que lo esperásemos.

El dueño de Coco llegó 5 minutos después, estaba sudado, le faltaba el aire, pero apenas encontró a su perrita la tomó, la cargó y finalmente la regañó diciéndole que no debería volver a correr y perderse porque lo dejaba muy preocupado. Agradeció profundamente y nos contó qué había pasado después de que Sebastián le hubiera preguntado *¿por qué se le voló la perrita?* Nos dijo que estaba de visita donde una tía que vivía en el barrio y que él siempre salía con su perrita, y que cuando se disponía a subirla al carro, el perro del vecino de su tía, que es un Pitbull grande, la asustó y la perrita decidió correr. También dijo que fue su culpa porque no la amarró con la correa y se confió que nada iba a pasar.

Aunque podría simplemente elogiar el gesto que tuvimos todos al preocuparnos por la perrita perdida, es importante examinar lo que este evento nos dice sobre el porqué de las preocupaciones emergentes por un perro ajeno. Primero, es necesario entender cómo la empatía tiene un papel fundamental en la relación con las mascotas y sobre todo cuando se trata de extenderle el cuidado a otro, humano y de otra especie. Diría Sevenhuijsen, politóloga y profesional en estudios sociales quien ha trabajado sobre maternidad y debatido sobre feminidad y cuidado, que “el principio que guía la ética del cuidado es que las personas se necesitan unas a otras para alcanzar vidas buenas, y que pueden únicamente existir como individuos a través y por la vía de relaciones de cuidado con otros” (Sevenhuijsen en Bellón,

2017, p. 89). Esto se traduce en que la ayuda otorgada al perro no únicamente es por ese carácter compasivo que se le extiende a éste, sino por una suerte de empatía que tienen con el dueño del perro perdido que puede entenderse como una especie de cuidado que otros tienen con él para evitar que éste sufra por perder o no volver a ver a su perro. Y recordando también desde el argumento del capítulo 1, estos auxilios no siempre son extendidos hacia todos los perros. La fisionomía en relación con el comportamiento juega un papel importante que permite en este caso, al dueño-paseador, identificar si es prudente ayudarle a un perro o no.

El hecho de contemplar a los perros como puntos significativos en cada vida humana, y experimentarlo en carne propia, también hace que podamos —y digo podemos porque así lo sentí— extender nuestra preocupación incluso hacia animales no-humanos que no tienen ninguna relación con nosotros. En el otro reconocemos, y hablo del dueño, que puede sentir lo que nosotros sentiríamos si perdiésemos a nuestros perros.

Este recorrido permite mostrar varios asuntos, primero, el parque de Capri como un espacio que ha ganado protagonismo y que carga significados asociados a la buena tenencia de los animales no-humanos (perros). Se ha constituido como un lugar en el que convergen muchos dueños-paseadores que argumentan que deciden ir ahí con sus animales no-humanos (perros) por el buen mantenimiento que tiene y por las personas que lo frecuentan. Otros parques o espacios donde podrían hacerse las mismas actividades con los perros no despliegan características que el parque de Capri sí, como confinar gente que va por un mismo fin y conservar espacios limpios y sin situaciones no deseadas. Eso posiciona al parque como un lugar donde la percepción y las experiencias sobre el mismo, ponen en un lugar privilegiado algunas relaciones sociales porque en él se restringen a su vez la entrada de otros perros (como los *criollos* en caso de no tener dueños o compañía humana) y de otras actividades humanas. La gente es entonces la que le otorga recordación y sentido a los lugares o no. Estas aproximaciones dan cuenta de relaciones en un ecosistema que no es exclusivo para el uso de

ciertos agentes humanos y por ello deja ver aún más relaciones imperiosas en las acciones de rechazo y aceptación que caracterizan al grupo y a su vez resignifican el parque como lugar. Esto se traduce en que lo social y lo espacial se constituyen mutuamente y los paisajes y los lugares son construidos socialmente (Serje & Salcedo, 2008). De esta manera, el parque del barrio Capri también se convierte en un referente que da cuenta del cuidado que los dueños-paseadores tienen con sus perros. El parque se convierte en un agente más que les da incluso estatus a los dueños-paseadores cuando en medio de su discurso nombran al parque como un espacio que frecuentan con sus animales no-humanos (perros).

Desde otro ángulo, las dinámicas económicas de gastos o inversión destinada a la manutención y cuidado de los perros, ubican a éstos y a sus dueños en un lugar importante en determinados grupos, como lo hace en el parque de Capri. Ahí la “raza,” el comportamiento y los cuidados que despliega o exhibe el perro o el dueño-paseador en sus discursos, juegan un papel fundamental en términos de estatus en el grupo. Estos cuidados, servicios y la emergencia de lugares que se ponen a disposición del público canino doméstico y humano caleño, son elementos que complejizan la economía y las relaciones con los animales no-humanos. Por un lado, ganando importancia y forjándose incluso como necesidades en los hogares, y redistribuyendo las formas y los fines en las que el dinero del hogar es utilizado. Por el otro, estos lugares que ofrecen cuidados, accesorios y servicios también dan cuenta del acceso limitado a éstos porque no todo perro puede acceder, teniendo en cuenta que la raza y las prácticas de cuidado, o la compañía que tenga, serán lo que le garantizarán la bienvenida a estos lugares. Los cuidados y servicios que se le dan al perro y que el perro exhibe ante otros no son ejercicios o tendencias abstractas, son actividades e ideas que están sumergidas en la cultura. Estas dinámicas no están hechas exclusivamente para responder a enfermedades o dolencias, sino que forman parte de un cosmos de destrezas y experiencias cotidianas que se dan en cada grupo humano. Se manifiestan en un conjunto de situaciones que no remiten

únicamente a la acción de cuidar sólo cuando hay enfermedad, sino a cuidar como una acción que también vela por los deseos que los humanos interpretan que tienen los perros, como querer vestirse bien o querer lucir un accesorio específico. También se materializan en conocimientos que aplicados responden a hacer de formas alternativas cosas para el bienestar del perro como regalarle o comprarle juguetes o accesorios para que éste sea feliz a los ojos humanos.

En suma, los conocimientos adquiridos respecto a las prácticas de cuidado que se traducen en acciones en el hogar, la compra de mercancías o lugares que frecuentan las personas con sus animales no-humanos, son conocimientos que además de ser conquistados, son acumulados y ubican a las personas en posiciones privilegiadas en el caso del grupo de dueños-paseadores del parque de Capri.

A continuación muestro otras formas en las que los dueños-paseadores avivan e interpretan la relación que tienen con sus perros desde formas particulares de habla con el perro y por el perro.

### **Puppy Talk: Habla Perruna y conversaciones<sup>11</sup>**

Durante las jornadas de pasear a Mona y a Roco, cuando me reunía también con otros dueños-paseadores, y posteriormente en las continuas visitas a las casas de mis informantes, pude observar distintas formas de interacción y habla con los perros. Un momento crucial de mi trabajo de campo, fue cuando me percaté entablando conversaciones con Mona y Roco sobre

---

<sup>11</sup> Con el concepto de “puppy talk” me refiero a formas particulares de habla que apropian los dueños-paseadores para establecer procesos de comunicación con sus perros.

mis acciones, e incluso también a veces lo hacía con otros perros. En ese momento devolví el tiempo para ubicarme a mí como agente en medio de esas interacciones. En efecto, lo había hecho en otras ocasiones recurrentemente. Había sido parte de una conversación con un perro, había “hablado” con ellos y respondido por ellos. Ese día quise dirigir mi atención hacia esas mecánicas de conversación y habla con y por los perros. Encontré distintas formas en las que esta interacción ocurría. Mostraré cómo sucedía desde 3 partes: hablar con el perro y responder por él, llamar la atención del perro y hablar por el perro con otros.

Estas acciones de hablar y responder por los perros las pude observar tanto en espacios urbanos como en espacios más familiares, es decir, en los hogares. Ejemplos de ello son lo que los dueño-paseadores decían cuando hablaban con sus perros, quienes no se dirigían a ellos de la misma forma que con otro dueño-paseador o adulto humano, sino que hacían uso de un tono de voz singular. En la mayoría de las ocasiones era agudo y casi caricaturesco. Empezaban la conversación con preguntas que presumían serían respondidas tácitamente. Según argumentan algunos paseadores *“uno ya sabe lo que el perro respondería”*, y efectuaban también ciertos cambios en el lenguaje. Ejemplos de expresiones para hablar con el animal se veían en frases como *“¿quién es un niño muy monito?”*, *“mena pa’cá”*, *“mi amor pechioso, cosita linda a quien amo”*, *“quién es la niña de la casa, ¿quién, quién?”*. También surge otro fenómeno entorno al habla con el perro. Los dueños se auto-respondían las preguntas que le hacían al perro hablando por él y diciendo cosas como: *“es que yo soy lo más monito”*, *“Yo soy la muñeca de la casa”*, *“Yo soy todo un galán, ¿diga?”*

Por otro lado, cuando las personas querían llamar la atención del perro, solían hacer uso del *siseo* y de lo que decidí llamar *tsuteo*. A diferencia del *siseo*, este último sonido se emite hacia dentro. Se trataba de expresiones para que los perros dirijan su atención hacia los paseadores. Para el caso del *siseo*, se expulsan sonidos repetitivos de “s” o “c” que en palabras de Diego Bohórquez (el dueño-paseador de Max y Roco) *“es similar al que le hacen a las*

*mujeres cuando van en la calle para que volteen a mirar*”. Además de pensarse el *siseo* como una acción asociada a llamar la atención de una persona en la calle u otro escenario, éste es usado por los paseadores para captar la atención de los animales-no humanos y que también según me cuenta en uno de nuestros encuentros Javier Arturo, uno de los paseadores dueño de un perro Boston Terrier, se puede explicar como una forma más sobria para llamar al animal porque no se hace uso de gritos o silbidos. Además, este último se acostumbra a la forma en la que su dueño *sisea* para ir con él o prestarle la atención que demanda. Se trataba entonces de un proceso de afinación del oído que el canino, a los ojos de sus dueños, experimentaba para obedecer a su dueño.

Adicionalmente, está el *tsuteo*, que se visibilizaba cuando la gente hacía un gesto con su boca similar a cuando iban a besar pero dejando una abertura para que pasara el aire y se pudiera emitir el sonido. Al mismo tiempo se apoya la lengua en el paladar en un intento por pronunciar la letra “T” repetidas veces, y desemboca en un sonido firme y constante que semeja decir la palabra ‘tú’ muchas veces pero “*con un tono que parece el de una clase de pajarito*” como me contaría en uno de nuestros encuentros Patricia Madroño, dueña y paseadora de Molly, una perrita de raza Labrador. Sin embargo, muchos paseadores afirmaban que era una acción muchas veces difícil de explicar. Los dueños-paseadores decían que existía dificultad para reconocer en qué momento hacer uso de ella, puesto que según me contaban entre conversaciones, ésta tendía a ser más ingenua y podía ser utilizada por cualquiera, incluso si no tenía perros. Se trataba de una acción, desde su perspectiva, intuitiva para llamar la atención del perro. Pero ese *llamar la atención* no necesariamente era como el *siseo* que usaba el dueño y reconocía el perro, sino que servía para que el perro levantara su mirada y la dirigiera hacia donde quien estaba emitiendo el sonido, pero no era lo suficientemente efectiva como para que el perro se acercara hacia donde estaba el sonido.



En otro sentido, hablar por el perro con otros era una forma distinta en la que se efectuaba la conversación dado que ésta ya no era entre persona y perro, sino exclusivamente entre personas. Generalmente surgía cuando se entablaba una conversación que tenía como tema principal los cuidados de las mascotas y que ubicaba a los dueños-paseadores en la posición de intérpretes del animal. Recuerdo una noche de noviembre en la que salí a pasear a Mona y Roco. Eran las 7 pm de un caluroso martes. Primero los llevé amarrados con la correa para que fueran junto a mí y yo pudiera percatarme de dónde hacían popó para recogerlo, meterlo en una bolsita y botarlo, con el fin de no dejar sucio el parque y provocarle malestares a alguien que pudiera pisarlo. Una vez terminó el primer momento de la jornada, el de verificar que hicieran sus necesidades, llegaba la hora de soltarles y jugar. Mientras me dispuse a soltarlos y jugar con una pelota tirándola para que mis perros la trajeran de vuelta y así sucesivamente, estaba observando qué hacían otros perros junto a sus dueños-paseadores. No lejos de mí se encontraba Aquiles, el perro de Milena, quien esta vez llevaba consigo una especie de estuche en forma de hueso que colgaba de su collar y semejaba un corbatín, pero de gran tamaño (ver figura 13).



Figura 13 – Aquiles y el envase de hueso.

Me llamó la atención ver cómo el perro se revolcaba colérico. A mis ojos, en un intento por deshacerse de aquel hueso que colgaba de su cuello. El perrito se recostaba en el suelo, bajaba su cabeza una y otra vez con fuerza para que el hueso hiciera fricción con el suelo a ver si lograba quitárselo, pero sus intentos fueron fallidos. Decidí acercarme a Milena y preguntarle por aquel accesorio, resultó ser un envase que contenía en su interior bolsitas plásticas que se destinarían para recoger el popó del perro. Aunque la utilidad del accesorio parecía aclarar mis dudas después de preguntarle a Milena ¿qué era? ella también mencionaba que el hueso hacía que su perro se viera elegante y que él lo sabía, que además de conocer que la mamá le mimaba mucho porque le compraba cosas lindas, también decía que sabía que lo hacía porque ella quería lo mejor para él.

La propiedad con la que Milena hablaba y con la que aseguraba que su perro sabía lo que ella decía, no concordaba con lo que el perro hacía que, a mi modo de ver, parecía hacer resistencia ante un objeto del que Milena se ufanaba por ella y por su perro. Era una suerte de subordinación de lo humano hacia lo no-humano que se reproducía en este espacio, y que iba en contraposición al discurso de la “igualdad” entre animales no-humanos y humanos que muchos de estos mismos dueños-paseadores decían que ya se estaba viviendo.

Estas interacciones muchas veces parecían contradecir argumentos propios de los dueños-paseadores. Argumentos relacionados con la igualdad entre diferentes ‘especies’ (humanos y perros), y que a su vez tenían soportes en marcos jurídicos como leyes que condenan el maltrato o que ubican a algunos animales no-humanos en lugares privilegiados, conducían a pensar que son sólo los humanos los seres que pueden interpretar, crear y otorgar significados. Sin embargo, aunque el universo biológico está constituido por las formas en las que las percepciones de seres humanos y no-humanos perciben y representan su entorno, la importancia no es exclusiva de los seres humanos. El ser portadores de cultura no quiere decir

que ubique a los seres humanos en una posición privilegiada para significar el mundo (Kohn, 2007). Desde afuera, los animales no-humanos son emotiva y discursivamente reconocidos por algunos humanos, poniéndolos en una posición casi que igual a la de ellos, pero son excluidos del espacio de toma de decisiones. En otras palabras, son el resultado del descarte de posibilidades de lo que podría pensar el animal no-humano, reduciéndose exclusivamente a lo que el dueño piensa y dice por él. Es decir, que hacia adentro se resignifica y se revalora “lo animal” con cierto grado de inconsciencia haciendo que este último continúe pensándose como un ser que carece de propiedades que lo puedan equiparar con agentes humanos.

Así mismo, surge una similitud del perro con niños o bebés humanos, si bien al hacer el ejercicio de recordar cómo se le enseña a hablar a un bebé o cómo hablan un bebé y un adulto, las formas que usa el adulto discursivamente para hablar con el bebé, no distan de las que hace uso para hablar con el perro y responder por él. Los elementos del habla con animales no-humanos podrían tratarse de la imitación del habla infantil por arte de los adultos, y el material de conversación con bebés —y en este caso, con animales no humanos— es derivado del lenguaje normal y muestra considerables variaciones en el idioma, pero con una serie de patrones de modificación fonológicos o gramaticales (Ferguson, 1964).

Los dueños-paseadores relacionan en muchas ocasiones a los perros con niños o fases tempranas de la vida humana. En ese sentido, los perros cobran significación en la vida de sus dueños-paseadores hasta el punto de éstos hablar y disponer por ellos como si carecieran de autonomía o no fueran lo suficientemente perspicaces para realizar ciertas acciones o actividades. Sin embargo, esta comparación con la niñez no puede ser abordada de forma apresurada, bien es importante reconocer que ésta al igual que la raza no es un concepto que pueda construirse y definirse universalmente. Los entendimientos sobre los niños están estrechamente ligados a la cultura (Lancy, 2015). Como David Lancy menciona, para la población occidental o ‘dominante’ los niños están asociados con inocencia y belleza, pero en

otros escenarios esa configuración puede ser imperceptible y se pueden entender como más mano de obra o incluso como individuos no deseados. Volviendo el concepto de niñez -y para este caso el del perro como animal no-humano de compañía- un término que es cambiante y que depende exclusivamente del contexto en el que esté inmerso.

Hasta aquí tenemos 3 formas en la que opera la comunicación con los perros: hablar y responder por ellos, llamar su atención y hablar por el perro. Son lógicas humanas que operan similarmente a cómo los adultos humanos hablan por y con el bebé humano. Más adelante (ver capítulo 3) mostraré ejemplos de cómo los dueños paseadores equiparan al perro con los niños humanos en términos de comportamiento. Se trata de una concepción que supone entender al perro como un agente en la vida humana que carece de ciertos elementos como autonomía o disposición para hacer valer sus derechos, necesitando de voces humanas para mantener su bienestar o asegurar elementos básicos para su existencia. Adicionalmente, resulta interesante cómo los dueños-paseadores, aseguran desde su voz la buena tenencia de sus perros, pero las construyen con el recurso de imitación de la voz del perro. Este hecho de dar voz, o asumir las respuestas que supuestamente manifestaría el perro, son acciones discursivas que posicionan a los dueños-paseadores sobre otros dueños-paseadores en lugares que despliegan cierta importancia como el parque de Capri. La forma de hablar con el perro, las manera en la que modulan y las palabras que usan los dueños-paseadores para responder por el animal no-humano y darle voz, ubican al dueño-paseador en posiciones donde adquiere reconocimiento, porque desde estas voces que hace y reconstruye para el perro, da cuenta de prácticas de cuidado, de sentimientos de cariño expresados en elogios hacia la belleza del perro o hacia ellos mismos como ‘padres’ del animal no-humano que proveen lo necesario para dotarle de cuidados y buena tenencia, desde su perspectiva humana. Esa buena tenencia o cuidados se traducen en inversión para la adquisición de servicios estéticos o veterinarios, compra de

‘dulces’, juguetes, ropa y accesorios. El perro entonces, además que navegar en un sistema de clasificación hecho por humanos, también es el medio o el tercero al que se luce -y se le da voz que no tiene- para exhibir lo que el dueño-paseador desde su perspectiva hace bien. A través del perro, y particularmente en el hecho de hablar por ellos, los dueños-paseadores confirman y avalan sus acciones de atención y cuidado con el perro. Pudiendo ser ésta una forma menos egocéntrica de dar a conocer los cuidados, la inversión hecha para los perros y las actividades que hacen mover a los dueños y otros miembros del hogar para redistribuir sus tiempos y dineros en función del animal no-humano. Eso es sinónimo para los dueños-paseadores de una buena relación con el perro que no sólo se limita a un buen trato leído humanamente por otros dueños-paseadores desde la forma en la que el dueño le habla o se comunica con su perro, sino de una relación que incluye cuidados, alimentación, compra de juguetes o accesorios que son pensados y realizados por los humanos. Que avalan hablando por el perro o a través de él, certificándose a sí mismos como una parte importante de la vida de los animales no-humanos.

A continuación abordaré y presentaré experiencias en campo que muestran cómo hacer uso, comprar o conocer ciertos productos o servicios posiciona a los dueños-paseadores como referentes en el grupo y los carga de una suerte de relevancia en el mismo. Así mismo, relato experiencias de otros dueños paseadores y algunas de sus consideraciones con respecto a las actividades o algunas acciones de compra de ciertos servicios o productos con los que están en desacuerdo.

## **El que mucho presume de mucho carece**

En esta parte abordaré dos ideas, la primera en relación a cómo los paseadores renegocian su posición en el grupo desde el conocer dinámicas de cuidado animal, y la segunda cómo a su vez reconfiguran su posición después del aval que ellos mismos sugieren que su perro ha dado sin realmente saber a ciencia cierta que éste último lo haya hecho tal acción de avalar o certificar. Me concentro en la categoría de “muy nuevo” que el trabajo de campo arrojó. Esta categoría no se conceptualizan en lógicas absolutas, se define más bien por la intensidad en la que es percibida por los dueños-paseadores. Exploraré el alardeo en el ejercicio discursivo de los dueños-paseadores, y analizaré los modos y esfuerzos que hacen éstos por renegociar su posición en el grupo y sentirse parte de él. Estas renegociaciones las hacían a través de conversaciones abiertas motivadas por interrogantes sobre las prácticas de cuidado de los perros.

En los dueños-paseadores con los que interactué predominaba un sentido general sobre el cuidado, una conciencia constante de la buena tenencia de las mascotas que abarcaba muchos niveles: sociales, afectivos e incluso de carácter ético. Esta lógica logré percibirla mejor después de adentrarme en mi proceso de trabajo de campo. Aunque tuve una mascota que me acompañó durante 13 años, nunca antes había hecho parte de un grupo de personas que se reunieran con tal constancia para pasear, jugar y hablar de sus perros. En el papel de paseadora de perros, pude experimentar emociones que aludían a sentirse bien o mal por el hecho de saber o no saber sobre prácticas de cuidado, lugares para esos fines, y otros para compartir el tiempo con animales no-humanos. Además, también escuché conversaciones y testimonios de algunos dueños-paseadores que contradecían lo que otros del grupo habían acreditado. En otras palabras, en mi experiencia relacionándome con paseadores dueños de sus propios perros, me encontré con discursos que invitaban a pensar que los dueños-paseadores ponían las prácticas de algunos por encima de las de otros. Al discutir sobre formas de cuidado, tenían actitudes de

alardeo, un juego de palabras que daba cuenta de medios económicos y de la inversión en cuidados particulares. En muchas conversaciones, los dueños-paseadores hablaban de los cuidados o ciertas prácticas como si fueran los mejores, y como toque final, los avalaban cuando hablaban por el perro. Generaban a través de un discurso canino pero construido desde voces humanas, una suerte de certificación que acreditaba el uso de esas prácticas. Esto lo pude vivenciar cuando algunos dueños-paseadores decían que sus perros mejoraron, o alcanzaron su estabilidad emocional gracias a ciertas prácticas de cuidado. Explicaban cómo éstos sentían emociones o mejores cosas cuando ponían a su disposición cuidados o la compra de mercancías y servicios hechos, por un lado, bajo inversión económica en establecimientos o, por el otro, bajo sus propios medios llamados por ellos “*remedios caseros*”. Aunque había momentos donde los dueños-paseadores contaban sus experiencias de cuidados sobre el perro desde sus voces, construían una voz para el perro desde las suyas para hablar y responder por él avalando o asegurando que todo lo que habló el humano era cierto y le generaba agrado. Se trataba de una actitud que leí como egocéntrica pero que a mis ojos, desdibujaba una parte considerable de ese alardeo o egocentrismo cuando no era el dueño-paseador el que hablaba, sino el perro desde voces humanas.

Un ejemplo de desaprobación de ciertas prácticas es una de mis anécdotas en campo. Recuerdo claramente una mañana de viernes que saqué a los perros a mi cargo, se trataba de un día en el que debía cumplir con mi trabajo de paseadora. Pensé que no encontraría a nadie en el parque y mucho menos dado que la noche anterior había llovido generosamente. Sin embargo, me sorprendió converger justo en ese momento con dos dueños-paseadores más, quienes se dedicaban a darles un paseo matutino a sus perros. Ahí estaban dueños-paseadores con los que no había tenido la oportunidad de compartir o incluso de conversar. Yo me dispuse a jugar con mis perros, busqué una rama gruesa y cuando encontré una óptima, es decir sin

trozos de corteza que pudieran herir los hocicos de los perros, la lancé a lo lejos para que ellos fueran a buscarla y traérmela de retorno. A pesar de estar rodeada de otras personas, quienes también jugaban con sus perros, no había interactuado con nadie. Solo cuando la rama que lanzaba cayó cerca de otro perro, y éste empezó a jugar con ella, la interacción fue inminente. El hecho de que el otro perro se apropiara de la rama hizo que Roco, el perro a mi cargo, en una especie de enojo, se fuera tras él con gruñidos. Eso nos alertó al dueño del otro perro y a mí, e hizo que tomáramos a ambos perros y los amarráramos para evitar lo que a nuestros ojos podría ser una posible riña canina. Ahí empezamos a hablar, recuerdo que ya le había puesto la correa a Roco, a Mona sí la dejé suelta. El hombre me preguntó por Roco: “¿*siempre es así?*” dijo. Yo le respondí que pensaba que era algo territorial pero que sin duda era algo normal en los perros machos. Él no dijo nada más, y con un lindo gesto sacó de su canguro, dos pelotas y me pasó una. Desconcertada por su inesperado detalle, le pregunté por qué me pasó aquella pelota, y él respondió: “*para que tus perritos no se dañen las encías con las ramas (ver figura 14).*”

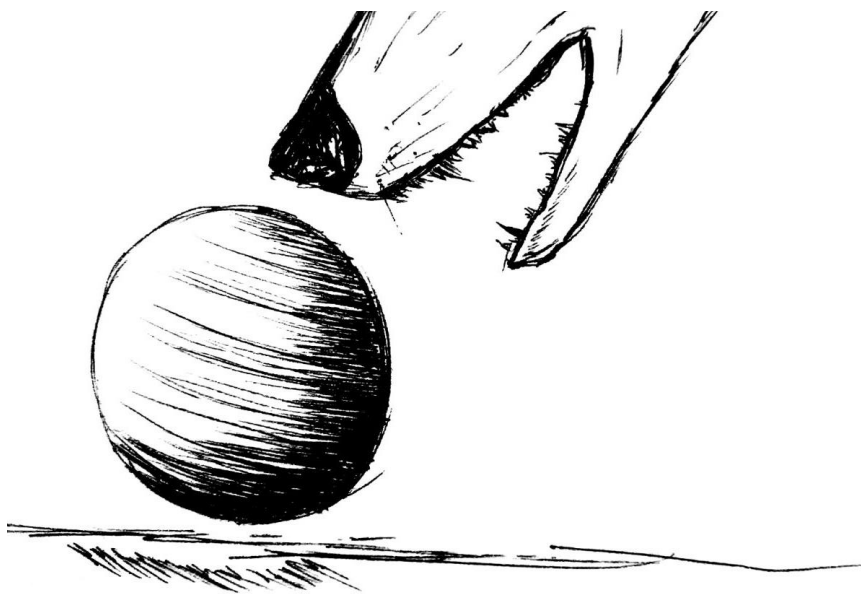


Figura 14 – Hocico de Roco a punto de tomar la pelota Roja.



La pelota era de un material suave, si empuñaba mi mano podía comprimirla y sentir al tacto una textura esponjosa pero lo suficientemente resistente a las mordidas y jugueteos de los perros. En el momento en que pregunté por el accesorio, la otra dueña-paseadora, una señora de quizá 50 años se aproximó a donde estábamos y mencionó que lo mejor era comprar juguetes de hule, porque su veterinario de confianza le había dicho que eran los menos dañinos para las mandíbulas de los perros. Yo solo asentí respetuosamente y me dispuse a lanzar la pelota que Juan Carlos, dueño y paseador de Bart, un perro Bulterrier, me había prestado. Ella hizo un gesto desaprobador, alzando una de sus cejas y frunciendo sus labios (ver figura 15). Sentí disgusto por su mueca, pensé en ese momento que yo podía decidir qué hacer o qué accesorio utilizar. No obstante, en ese momento sentí que me devolvía en el tiempo y volvía a experimentar la desaprobación cuando era niña y no poseía algún juguete que era tendencia.



Figura 15 – Mueca desaprobatoria de la mujer que también paseaba a su perro.

El gesto de la señora no fue la única experiencia que pude vivir, otras también pude evidenciar cuando escuchaba conversaciones de otros mientras jugaba con los perros a mi cargo. Habían incluso personas que se exaltaban y con desaprobación insistían en que ciertas prácticas no eran adecuadas para sus perros así no se tratara de los suyos. En sus discursos había elementos que daban cuenta de cómo la gente se ufana al hablar de las prácticas de cuidado que les brindaban a sus perros y cómo ellos mismos se enaltecían, sugiriendo que lo que les daban era

mejor de lo que otros hacían. Momentos como esos, también daban cuenta de la categoría de “muy nuevo”. Era usada para definir dos situaciones, la primera, referente a dueños-paseadores que nunca habían tenido mascotas y que no sabían mucho de cuidado, y se los reconocía porque además de tener a su perro muy cachorro, también al hablar—según argumentan algunos— “*se siente y se ve que no conocen y son primerizos*”. La segunda, se evidenciaba cuando la gente —aun teniendo mascotas desde hace mucho tiempo— desconocía lugares que ofrecían determinados servicios y prácticas de cuidado más puntuales.

Con el tiempo, mientras aprendía a tejer relaciones con los otros paseadores y aprendía del funcionamiento de ese espacio cotidiano, encontré maneras de conectarme con otras personas, y de pronto el círculo de dueños-paseadores con los que emprendí mi investigación, empezó a crecer. No sólo el efecto ‘bola de nieve’ me llevó a interactuar con más gente. En mi trabajo de campo comprendí que los perros podían conectarme con otros con quienes no había podido conversar. En el momento en que había una interacción canina, entre perros de diferentes dueños, hacía que los dueños-paseadores entablaran conversaciones de inmediato. Y eso fue una parte muy bonita y significativa de mi trabajo de campo, donde los perritos a mi cargo también me conectaron con más personas a quienes pude entrevistar y a quienes pude observar y hacer partícipes de esta investigación. Estos encuentros ocasionados por los perros la mayoría de veces desembocaban en un sinnúmero de palabras que daban cuenta de ejercicios de cuidado que cada dueño aplicaba con su perro. Estos discursos estaban impregnados de una suerte de jactancia que hacía que otros -y me pongo de ejemplo- nos sintiésemos mal por no conocer, hacer o invertir en esas prácticas.

Cuando comenté a algunos de los dueños-paseadores con los que tenía más confianza sobre si habían llegado a experimentar algo similar a la desaprobación que yo sentí, algunos asintieron de inmediato, otros con seguridad resaltaron las diferencias de su propia experiencia. Diego de 38 años, oriundo de Cali, dueño y paseador de Max (Pastor Alemán) y Roco (Golden

Retriver) fue uno de ellos. Con su esposa Diana, Diego siempre soñó en sus noches y anheló en sus tardes el tener hijos. Diana, sin embargo, resultó estéril, fue diagnosticada así por su ginecólogo tras múltiples intentos por procurar embarazarse y no lograr resultados. El diagnóstico fue ovarios anovulatorios, una condición que le cortó las alas a sus fértiles esperanzas. Decidieron buscar alternativas, pero la adopción nunca resultó ser una opción para ellos. Así que en medio de caóticas crisis y una especie de oscuridad que se apoderaba poco a poco de sus corazones y plan de vida, la idea de comprar un perro fue una luz de esperanza para Diego. Él me cuenta que Diana al principio se tornaba ajena al cuidado y al hecho de compartir su hogar con un animal no-humano, puesto que nunca había vivido la experiencia de tener uno a su cargo, cuidarlo y construir relaciones con alguno. Pero después de que Diego le habló de sus experiencias previas, y de lo *bonito* que resultaba la tenencia de mascotas, Diana accedió a seguir con la propuesta de su esposo.

*[...] yo quería tener hijos, eso siempre estuvo en mi planes y en los de Dianita también, pero mi esposa no puede concebir, eso fue algo duro en su momento que nos puso en tensión y fue complicado porque yo pensé muchísimo en adopción como una alternativa pero mi esposa no quería, solo quería hijos biológicos, pero entonces debido a la situación, y con un poco de tiempo que pasó, a mí se me ocurrió que una forma para que ella se sintiera acompañada y viera algo como un hijo, sería tener perro; además que quería ayudar y entenderla y hacer lo posible para que ella se sintiera bien, porque para ella fue un golpe muy duro el saber que no podía concebir. Y aunque yo tenía el recuerdo de mi perro alborotado, sin importar eso, empezamos a informarnos, a buscar perritos y a ver qué raza se nos acomodaba mejor.*

Tras este relato, Diego también afirmaba que la forma, y por qué los perros llegan a cada familia, tenía diferencias a veces abismales, puesto que se hace un escaneo de las experiencias previas, ajenas y lo que posteriormente demandará el perro.

En la siguiente narración, Diego también me decía que existía una especie de homogenización de prácticas en espacios más sociales donde la interacción con otras personas que también tenían perros permitía que esas actividades o dinámicas siguieran

reproduciéndose. Y que, a diferencia de cómo me pasó a mí, que me sentí mal por desconocer muchos procesos de cuidado y lugares donde los perros también tenían acceso, él menciona que jamás le pasó algo similar. Por la simpatía que sentí por su discurso, terminé nombrando este apartado del proyecto de grado: “el que mucho presume, de mucho carece.” Diego lo cuenta de la siguiente forma:

*Mirá, el que mucho presume, de mucho carece, yo vengo acá porque mis perros juegan con otros perros, con otra gente, hasta con niños. Pero hay gente que parece que viniera acá a un desfile de modas de perros o a jugar a quién tiene más ¿si me entendés? Y eso me enverraca oís, porque es que hay gente pendeja, yo no me voy a poner a alardear que porque le compré un peine ultra novedoso al perro. ¡Noooo! hay gente loca y gente que no tiene a veces ni pa' vivir bien, ahhh pero a su perro le da hasta lo que no tienen y felices ellos de eso. (Argumenta con tono irónico.) La cosa es que, vos me has visto, yo ni estoy en el grupo<sup>12</sup> que tienen porque hablan es pendejadas, y si alguien dice que está haciendo algo o que le compró quien sabe qué cosa a su perro, todos lo siguen, lo hacen. No todos pues, pero yo te aseguro que la gran mayoría se ponen a comprar cosas, a buscar lo que no se les ha perdido; parecen adolescentes que luego están con deudas, que con esto, lo otro y se terminan haciendo un mal.*

La narración de Diego no es sinónimo de que él no cuide a sus perros o que no haga uso de servicios para el constante bienestar de sus mascotas. Por el contrario, él reconoce que tiene rutinas y prácticas que dan cuenta de cómo cuida a sus compañeros caninos, pero lo que no aprueba, es que otros se ufanen de lo que les brindan a sus mascotas y del tono burlesco y a veces cargado de reparos con el que presentan sus consideraciones. Esos niveles de exclusión

---

<sup>12</sup> Se refiere a un grupo de Whatsapp creado por algunos dueños-paseadores para encontrarse en ciertos horarios en el parque con sus perros. Por ejemplo, cuando alguien iba al parque en horas de la mañana y no en el horario más común (el nocturno) escribía en la plataforma para avisar que estaba ahí con el ánimo de saber si otra persona también podría converger en ese horario. De este grupo de Whatsapp supe que no todos los dueños-paseadores estaban ahí. Diego, por ejemplo, me comentaba que él no hacía parte del grupo digital porque hablaban demasiado y como él argumenta “pendejadas que no le interesaban” y me decía que por esa razón muchos dueños-paseadores optaban por abandonar el grupo de Whatsapp, reduciéndose casi que a máximo 10 personas las que hacían uso de él. Una de ellas fue Milena, quien tuvo permanencia en el grupo y eventualmente me mostraba interacciones que ocurrían ahí. Generalmente hablaban de cosas que le ocurrían a sus perros como la llegada del primer calor, las canas que le estaban saliendo a otro perro o con frecuencia hacían preguntas de dónde conseguir algún alimento, medicamento o servicio. Adicionalmente el envío de fotos de cada perro era exorbitante. La propia Milena, me contaba también de lo “cansón” que se tornaba el grupo porque todas las fotos le consumían mucha memoria de su celular, y aunque fue sorprendente para mí, ella tomó medidas para silenciar el grupo con las opciones que la aplicación móvil le ofrecía.

o marginalidad del grupo de dueños-paseadores pueden ser comprendidos desde las teorías de Pierre Bourdieu con respecto a la posesión o no-posesión de capitales que pueden ser económicos, sociales, culturales o simbólicos. La posesión y despliegue de éstos en ciertos campos sociales permite identificar paulatinamente distintas posiciones, niveles de integración o exclusión (Bourdieu, 1988).

Lo anterior deriva en que la tenencia de animales no-humanos y los cuidados, prácticas o servicios que sus dueños ponen a disposición de ellos, delimitan factores que van mucho más allá de la sola aceptación en el grupo o a la cercanía con otros perros y dueños-paseadores. Si bien tener compañía humana y exhibir cuidados permite la entrada de un perro y su dueño-paseador, también el cómo se cuida el perro, los servicios que utiliza e incluso las clases de accesorios que compra y emplea, son elementos que configuran posteriormente la aceptación de otros paseadores y que a su vez renegocian su posición en el grupo, donde más que aceptar al perro, se trata de una suerte de consentimiento hacia las prácticas que otro dueño-paseador menciona que tiene con su perro. Estas lógicas de rechazo y/o aprobación configuran también tendencias de compra y utilización de servicios o cuidados que, aunque se tratan de cosas que adquieren admiración y envidia de algunos dueños-paseadores, otros deciden no comprar o hacer uso de ellos por las actitudes de quienes los recomiendan o cuentan su experiencia.

Esta sección la construí con el ánimo de mostrar que los dueños-paseadores de Capri, aunque constituyen un grupo que se reúne con frecuencia durante las noches, no se trata de un grupo en su totalidad homogéneo. Por el contrario, lo único homogéneo que se puede pensar de él es el hecho de compartir su hogar con perros y de recurrir al parque de Capri como lugar para las jornadas de paseo y el ejercicio de ellos. Todos los dueños-paseadores tenían formas alternativas en sus hogares en las que redistribuían su tiempo y dinero para comprarle o adquirir servicios y productos para sus perros. Ejemplo de ello era despertarse más temprano en las

mañanas para pasear a sus perros o usar tiempo de su descanso en casa en horarios nocturnos para invertir tiempo en jornadas de paseo. Otros ejemplos hacían referencia al ahorro, algunas familias destinaban algo de su dinero para ahorrar “*en caso de emergencia*”, como mencionaba Mayerli Soto, dueña y paseadora de Nova (Yorkshire Terrier). Solían guardar dinero cuya cifra podía oscilar entre los 10.000 pesos a los 50.000 pesos colombianos mensuales para efectos de alguna emergencia. Mencionaban que con los perros podía pasar cualquier cosa y no estaban exentos de sufrir un accidente o una enfermedad que tuviera tratamientos costosos. Sin embargo, aunque muchas de estas prácticas de cuidado y compra de accesorios podían volverse comúnmente usadas por la mayoría de dueños-paseadores, había otros que no contentos por cómo se apreciaba, valoraba o desaprobaba el uso o compra de ciertas cosas, estando en el mismo espacio de interacción preferían tomar distancia simbólica. En otras palabras, decidían no hablar de su relación con sus mascotas o de lo que usaban para sus cuidados y manutención, sino que preferían asistir al lugar para efectos de jugar con sus perros sin la necesidad de forjar otras relaciones más que la de fortalecer el vínculo con sus propios animales no-humanos, como ocurría con Diego. Con esto quería ilustrar que este sistema de clasificación que habitaba en el conjunto de dueños-paseadores no sólo se limitaba a la raza del perro, sino que creaba lógicas de inclusión y exclusión ya no tanto desde el perro sino desde el conocer qué hace el dueño-paseador por el bienestar de éste, que se traducía en hacer ciertas actividades y en la adquisición de mercancías y servicios. Que cuando el dueño-paseador habla de ellas y el perro las exhibe, le dotan de cierta importancia en el grupo que se siente y se ve cuando entre murmurios o incluso conversaciones ocasionales los dueños-paseadores hablan de otros y de lo bien que mantienen a sus perros por la compra o uso de ciertos productos.

La siguiente sección, a diferencia de lo que he mostrado hasta el momento, donde los perros tienen una importancia considerable en las relaciones que forjan los dueños-paseadores,

pretende mostrar cómo otras relaciones han sido forjadas por medio del perro, pero sin la necesidad de que éste esté presente siempre que estas relaciones se encuentran pero en otros contextos.

## **Nos vamos sin ellos**

Los paseadores son los que tejen relaciones más fuertes, puesto que las actividades, el tiempo compartido, la interacción con otros, el lenguaje y la empatía ayudan a que éstas se establezcan en mejores proporciones. Los dueños-paseadores al salir a pasear con sus perros en el mismo espacio en el que otros que hacen lo mismo, crean interacciones que emergen cuando los perros son los que interactúan entre ellos. Este apartado tiene el propósito de mostrar etnográficamente cómo los animales son un vehículo importante en la integración de personas y cómo éstos contribuyen al desarrollo de posteriores actividades donde, en algunos casos, ya no tienen presencia significativa.

En mis observaciones participantes con los dueños y paseadores noté que empezábamos a hablar únicamente cuando algo entre los perros parecía llamarnos la atención. Usualmente, podía ser una “*pelea*”, una *montada*,<sup>13</sup> o simplemente algún *jugueteo* que nos parecía gracioso. Sin embargo, era visible cómo el paseo del perro, aparte de ser parte de una actividad que las los dueños-paseadores hacían casi que a diario, también era un vehículo integrador que forjaba relaciones sociales. Sólo tras varios días de participar como paseadora de perros, empecé a observar la forma en la que se establecían vínculos entre humanos que realizaban la misma actividad pero que, a diferencia de mí, sus perros vivían con ellos y no dependían de alguien más para realizar la actividad de sacarlos a pasear.

---

<sup>13</sup> Muchos de los humanos que salen a pasear a sus perros, se refieren con montar a la actividad sexual de un perro macho sobre una perra hembra cuando –aparentemente- está en calor.

Para mostrar de forma más explícita cómo ocurría, hablaré de una mañana particular en la que interactué con más profundidad con Elber, dueño del Gran Danés llamado Chocolate. El hecho de estar en el mismo espacio con mis perros, de jugar entre sí o simplemente olfatearse, propició que como dueños empezáramos a conocernos y a formar parte de una red de dueños-paseadores.

Un viernes a las 9 de la mañana, después de recoger a Mona y Roco, como era costumbre, me dirigí al parque de Capri. Ya había identificado una zona del parque dispuesta, o mejor apropiada, para el paseo de los perros. Pero esta vez preferí una zona arborizada que tenía más sombra, y estaba próxima a la pista de patinaje y a la zona de expendio de sustancias ilegales. Como era de mañana y el sol arremetía con fuerza, jugar en esta área parecía una mejor opción. Probablemente, quienes llegaron a esa misma hora con sus perros, como lo haría Elber y Chocolate, también decidieron establecerse ahí por las altas temperaturas. Elber es un hombre de aproximadamente 40 años, y Chocolate es un Gran Danés de ojos claros y pelaje blanco con manchas color marrón. Siempre lleva consigo una pelota de plástico bastante compacta y de color verde con la que pretende enseñarle a Chocolate a traerla cuando él se la tira. Sin embargo, Chocolate siempre le hace caso omiso y nunca va por la pelota, así que otros perros hacen uso de ella, como Mona, quien en varias ocasiones ese viernes la tomó como si fuese suya. Así pues, el que yo convergiera esa mañana de viernes con Elber y otro par de personas con sus respectivas mascotas hizo que algo particular pasara en términos de socialización. No solo fue el hecho de que todos decidiéramos ubicarnos en la zona donde había sombra lo que propició la conversación, sino principalmente el hecho de que los perros empezaran a olfatearse y jugar entre ellos. Esto de inmediato dio pie a los humanos para entablar relaciones más cercanas. No obstante, quiero resaltar que el hecho de que los perros interactuaran no era el único modo por el que las personas podían entablar relaciones, también por el hecho de tener perros, se creaba cierta afinidad que permitía tener voz en el contexto y una suerte de poder



para establecer una conversación o relación. Empero, podía ocurrir que las personas que iban a pasear sus perros no lo hicieran con la intención de conocer gente o hacer amigos, pero cuando los perros interactuaban, y los dueños temían que algo alarmante –como una mordida– pasara, hacía que las personas de inmediato empezaran a establecer conversaciones y a mantenerlas, al punto de llegar a pertenecer a un grupo como el de los dueños-paseadores de perros.

Así pues, hubo un momento durante aquella mañana donde varios perros estaban jugando y Chocolate intentó montar a Mona, la perra a mi cargo. Ella se vio acorralada por Chocolate y empezó a hacer ruidos extraños pero alarmantes, mientras Roco, el otro perro a mi cargo, fue a ver qué le pasaba a su compañera erizándose y haciendo ruidos inquietantes que remitían a pensar que estaba atacando o se encontraba en una posición defensiva para hacerlo. El punto es que no sólo era Roco, sino que Chocolate también emitía ruidos amenazantes, por lo que Elber, el dueño de Chocolate, y yo volteamos la mirada, y fuimos de inmediato a separarlos para evitar tanto la montada como el inminente ataque (ver figura 16).



Figura 16 – Chocolate y Roco gruñéndose.

Así las cosas, mientras cada uno tomaba a sus perros, Elber me preguntó si Mona estaba en calor, yo contesté que no, que estaba esterilizada y que se me hacía raro que tal cosa ocurriese. Sin embargo, ahí no quedó la conversación, posteriormente eso permitió romper el hielo y hablar de otros temas, y en otras ocasiones, hacía que nos saludáramos, o preguntáramos por los perros de cada uno e incluso en otros encuentros en el parque también llegamos a contarnos anécdotas y hablar de otros temas mientras sacábamos a nuestros perros. En esa medida, comenzaba a ser evidente para mí que los perros eran un agente crucial a la hora de pensar los vínculos entre personas en el parque.

Para ejemplificar mejor este tema, también está el caso de Milena, María Elisa y Linda, dueñas de Aquiles (Bulldog), Luna (Pastor Alemán) y Tomate (Shar Pei) respectivamente. Conversando con ellas, me comentan que se conocieron en el parque. Sus historias de cómo empezaron a hablar tenían puntos de encuentro, por ejemplo, Lina decía que conoció a Milena porque la ayudó a mover a su perro, quien no quería devolverse a casa y decidió acostarse en el pasto. Como Aquiles es tan pesado y Milena no podía moverlo sola, Lina cuenta que decidió ayudarle. María Elisa conoció a Linda, porque sus perras en un intento de agresión mutua, al separarlas, Luna, la perra de María Elisa, le hizo daño a ella, su dueña, mordiéndole el brazo. Linda al percatarse de la sangre, y -según su historia- la ayudó a limpiarse y desde entonces son amigas.

Los encuentros entre perro y perro, o perro y humano son los que permiten que las relaciones entre humanos desconocidos entre si emerjan con mayor facilidad y en ocasiones hacen que se fortalezcan y perduren, claramente ayudado por la constancia con la que se asiste a un lugar de encuentro como lo es el escenario del parque de Capri. Y a su vez, aunque las mascotas protagonicen los primeros encuentros entre personas y sean las razones principales por las que las personas han entablado posteriores relaciones, también hay momentos en los que estas relaciones prescinden de las mascotas para darles continuidad o mantenerlas. En el

caso de Milena, Linda y María Elisa, aunque se conocieron en el parque de Capri, y por interacciones que inicialmente efectuaron sus mascotas, hoy se constituyen como un grupo de buenas amigas que hacen otras actividades además de pasear a la misma hora a sus mascotas.

María Elisa comenta sobre esto de la siguiente manera:

*Ya nosotras no sólo venimos aquí, algo que amamos hacer es subir al cerro, hacer deporte. Digamos que aquí nos conocimos y los perros fueron los que nos hicieron conocer a otros, pero uno más allá de venir aquí todas las noches, también tiene una vida y hobbies, y si encontrás gente de acá que también le gusta y te das cuenta de eso, pues uno hace otras cosas con ellos también; es como la parejita de novios, ellos se conocieron aquí ¿no?*

Lo que sugiere que, aunque los perros fueron los que les dieron los primeros pasos para crear vínculos entre sí, no por ello es condición necesaria llevarlos consigo a otros lugares que han reconocido en otros como importantes. Sin embargo, siempre reconocen que sus mascotas y el hecho de asistir al parque de Capri para pasear a sus perros, fueron las cosas que les permitieron crear relaciones más próximas con otras personas.

La relación con los animales no-humanos ha sido diversa en la historia humana. Los animales han sido utilizados como fuente de alimentación, medios de trabajo en zonas más rurales o incluso urbanas como medio de transporte, como medios de entretenimiento y de vigilancia. Para el caso que nos ocupa, el de ser un vehículo que forja relaciones donde posteriormente no tienen presencia significativa, quiere decir que el perro también es un facilitador social que resulta ser ventajoso para los dueños-paseadores por los beneficios físicos, psicológicos y sociales que puede crear. Por ello el vínculo que hay entre humanos y perros se puede insertar o calificar en términos de bienestar. Sin embargo, el hecho de entender al perro como un facilitador social, hace referencia a un calificativo y una disposición que pareciese estar hecha para nuestra conveniencia porque es lo que nos permite vincularnos con

otras personas y con otros espacios con los que posteriormente creamos y fortalecemos relaciones.

Como consideraciones finales debo decir que estos cuatro apartados pretendieron ilustrar formas distintas en las que los perros permeaban y configuraban la vida cotidiana de los dueños-paseadores y cómo éstos se habían vuelto integrales a las formas de relacionamiento. Existen muchas formas de tejer relaciones. En este capítulo abordé cuatro temas ligados a las representaciones del perro a partir de experiencias individuales de paseadores de perros del parque de Capri. El primero sobre los procesos para cuidar al perro, la configuración del parque de Capri como escenario de cuidado y la relación del dueño-paseador con el perro antes y después de tenerlo. Aquí, me pregunté particularmente sobre cómo la economía del hogar se ha distribuido para efectos de los cuidados demandados por la mascota, y cómo se organizan y adquieren conocimientos en términos de tiempo y actividades para ofrecer la mejor calidad de vida a los animales no-humanos. Adicionalmente, la idea de cuidado que no sólo tiene interpretaciones individuales, sino que comparten puntos de encuentro colectivos.

El segundo, sobre las formas de comunicación con el perro, habla con el perro y responder por él, llamar la atención del perro y hablar por el perro con otros. El tercero sobre la posición en el grupo, la renegociación de la misma y algunas experiencias que muestran contradicciones. Finalmente, el cuarto tema y sección que mostró formas en las que los perros permiten entablar relaciones en encuentros ocasionales.

Estas discusiones parecen pertinentes en un panorama que posiciona significativamente a los perros como sujetos que tienen agencia en la vida humana. Se trata de un fenómeno que pone de manifiesto la relación con las mascotas, sus motivaciones y consecuencias en el plano

social. Otro elemento interesante es la manera en la que se construye y reproduce un corpus de conocimiento uniforme, que se mantiene sin importar la llegada o salida de paseadores en el grupo. Además, un punto digno de presentar es el referente al habla con el perro, donde es importante cuestionar si bien esos signos de igualdad de los que habla la gente son reales, pues la subordinación de los animales es visible dentro y fuera del escenario del parque de Capri. Acciones como hablar y responder por el perro o hacer que use accesorios incluso en contra de su voluntad, dejan mucho que pensar sobre los significados del perro en la vida social. Se trata de una vuelta atrás, hacia la legitimación de la jerarquización, alejándose de la tanta veces mencionada -por los participantes de esta investigación- igualdad con animales y mostrando creencias o acciones dominantes que dejan al perro en un segundo plano. Esa interacción con animales no-humanos (perros) es mantenida por los dueños-paseadores porque trae beneficios que son leídos por los dueños-paseadores pero que no expresan tan fácilmente. La relación que se construye entre dueños-paseadores y perros plantea elementos puntuales que los vinculan: para el caso del habla por los perros se trata de verlos como una imagen de nosotros mismos o como una extensión del cuerpo y pensamiento del dueño-paseador que configura y perfila el estatus del mismo, y como facilitadores sociales, permitiendo forjar relaciones que posteriormente no tienen presencia significativa de los perros o que también pueden servir o constituir ‘barreras’ en las relaciones dependiendo de los cuidados que despliegan o no.

## Capítulo 3: Interpretaciones

Mi trabajo de campo se alimentó de encuentros y desencuentros, empatía y simpatía, juicios y reflexiones que me condujeron a expandir el espectro de posibilidades en torno a las consideraciones de los dueños-paseadores, sus perros, y sus relaciones con ellos. Las visitas a las casas de los participantes de esta investigación fueron espacios físicos y temporales que me llevaron a problematizar ciertas interacciones de quienes compartían hogar con perros. Encontré en los hogares que constituyeron la segunda parte de mi trabajo de campo, una serie de acciones y discursos que reflejaban formas de entendimiento y comportamiento humanas. Ver con mis propios ojos y escuchar discursos en torno al agradecimiento y desagrado de los perros en voces humanas fueron elementos que captaron mi atención en diferentes dimensiones.

Este capítulo, por un lado, tiene el propósito de reflexionar sobre las interpretaciones que los dueños-paseadores hacían respecto a las acciones, disposiciones y creencias sobre sus perros. Hablo particularmente de ejercicios de lectura sobre los hábitos y presupuestos del perro. En ese orden de ideas, ilustraré aquí experiencias de dueños-paseadores en relación con las formas en las que les daban sentido a lo que el perro hacía. Por otro lado, este capítulo también somete a evaluación la ‘capacidad’ de los dueños-paseadores de reconocer relaciones de intercambio o agradecimiento del animal no-humano.

Según algunas personas partícipes de esta investigación, existían ciertas cosas que los perros hacían que daban cuenta del agradecimiento y desagrado que el perro tenía con ellos por ofrecerle vivienda, alimentación y prácticas de cuidado. Algunas cosas que decían los dueños-paseadores que sus perros le daban a cambio, eran temas asociados a relaciones de seguridad y relaciones de entretenimiento que a continuación voy a abordar. Sin embargo, sus

discursos y mis experiencias acumuladas durante el trabajo de campo me llevaron a entender estas interpretaciones humanas desde otros puntos de análisis.

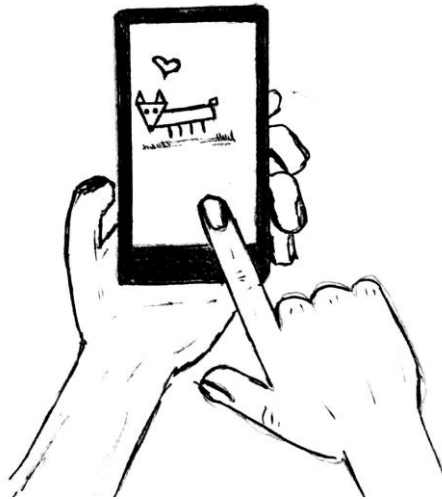


Figura 17 – Foto de Lupita que mostraba a algunos dueños-paseadores desde mi celular.

Con varios de los dueños-paseadores participantes de esta investigación iniciaba conversaciones mostrándoles una foto de mi perra Lupita en mi celular y de inmediato pasaba a contarles una historia sobre ella (ver figura 17). Yo les contaba, por ejemplo, de las cosas que comía Lupita que no siempre era alimento procesado, sino que en ocasiones podía ser pan caliente, helado, o incluso brócoli y papaya. Además de causar ternura por su pequeño tamaño, muy propio de los chihuahuas, también solía sorprenderle a la gente el conocer que comiera otras cosas que parecían extrañas para la alimentación de un perro. Hablar de estas experiencias de mi perrita, hacía que mis informantes, casi sin dudarlo, comenzaran a contarme también historias sobre sus perros y su relación con ellos. En mis relatos los dueños-paseadores encontraban una oportunidad para hablar de experiencias con sus perros en la intimidad de sus hogares.

Una noche, después de que Mona y Roco hicieran sus necesidades, las recogiera y las depositara en las basuras destinadas para tal fin, me acerqué a donde estaba Mónica, una mujer de 58 años quien comparte su hogar y además se encarga de los paseos de Apolo, un perro de temprana edad, adoptado y de pelaje con distintos matices del chocolate. Además de la cordialidad de preguntar por cómo estaba cada una, hablamos de varias cosas, pero como se volvió costumbre incluso para mí, también hablamos de nuestros animales no-humanos, quienes sin duda eran el centro de cada conversación que teníamos. En semanas anteriores a la conversación, en el barrio Capri se habían presentado varios robos de viviendas. Mi madre, quien vivía también en el barrio, ya me había hecho mención de lo que se estaba rumoreando con respecto a viviendas que fueron saqueadas. Cuando le pregunte a Mónica sobre estos hechos, ella muy preocupada me contó cómo la noche anterior a nuestro encuentro habían robado a sus vecinos: “*un par de viejitos,*” en palabras de Mónica, “*que viven solitos sin los hijos y solo se tienen el uno al otro.*” Con pesadumbre y desazón me contó cómo su vecina le narró cómo los ladrones forzaron la entrada, los amenazaron y les robaron. Posterior a su relato, Mónica mencionó que por eso, y más aún cuando se vive en una casa y en Cali, hizo la aclaración, era importante que alguien quedara en casa para evitar o poder hacer algo contra los ladrones:

*Es que mire, hija, uno le da de todo al perro. ¿Yo? yo lo alimento, lo saco a pasear, le doy esto y lo otro, le compro chucherías, hasta camisetas de los muchachos le ponemos cuando le da frío. ¿Cómo el perro no va a cuidarnos o a cuidar la casa? él sabe que acá lo tiene todo y se lo damos todo, él por eso cuida su territorio y a sus seres queridos, a nosotros. Es la forma en la que él responde a lo que le damos, cuidándonos, mamita. Por eso a mí no me da miedo dejarlo a él cuando nos vamos, solo me da pesar porque yo sé que él se me queda muy triste, pero nosotros sabemos que la casa queda en buenas manos, además que es un perrazo entonces cualquiera que se intente entrar, le huye, así de sencillo ¿Quién se va a poner a entrar acá con semejante perro?*

Mientras Mónica decía estas palabras señalaba a Apolo sugiriendo que tener un perro era una solución a la inseguridad que ella percibía. Según sus palabras, el olfato de los perros no sólo podía identificar lo que no les gusta, sino también lo que puede ser peligroso para él o los que



viven con él. Atraídos por el relato, se nos unieron otros dos dueños-paseadores que estaban muy cerca opinando y secundando a Mónica. Para ellos, haciendo referencia a experiencias que allegados o conocidos tuvieron con sus perros en ocasiones de riesgo de robo, tener un perro daba más seguridad en el hogar. Aunque interesada por dichas experiencias, estas narraciones avivaron en mí preguntas encaminadas a reconocer cómo las personas entendían la seguridad desde la tenencia de perros en sus hogares. Decidí preguntar con más detenimiento sobre este tema en algunas de mis entrevistas, encuentros y conversaciones casuales. Por ejemplo, Diego, dueño y paseador de Roco (Golden Retriever) y Max (Pastor Alemán), dejó apuntes interesantes sobre la seguridad como tema inherente a la tenencia de perros.

*Acá el más escandaloso es Max, porque Roquito, aunque yo creo que es por la raza, oís, es más tranquilo, ese sí saluda a todo el mundo. Pero Max es muy enérgico y tiene como más agudeza pa' la gente, por ejemplo, a él no le gustan los negros, siempre que ve uno, le ladra, se pone irreconocible. Lo mismo pasa con los loquitos<sup>14</sup>, ese verraco ve uno y se le quiere es ir encima. Por eso yo sé que ellos, sobre todo Max, no dejaría que pasara nada malo en la casa o si estuviera con él y viene alguien a robarme a mí, o a mi esposa, o hacerme daño, si no soy yo primero, (se ríe) es el perro el que se le va encima. Obvio, es que ellos cuidan de uno también, así como uno cuida de ellos, es como cuando a uno de niño le hacían todo los papás y ahora a uno le toca cuidarlos y ayudarlos porque para algunas cosas no se valen solos.*

Aunque en el relato Diego habla por sus perros, sus palabras invitan a pensar si estos comportamientos de los perros, en relación con otros, pueden hablar más del dueño que de los perros mismos. Al fin y al cabo, esa es la forma en la que Diego en el papel de dueño y paseador lee la conducta de sus perros. Por ello, es más bien Diego como dueño a quién probablemente “no le gustan los negros” y es quizás a través de su conducta que Max muestra signos de reparo frente a personas con determinados rasgos. No sólo se trata de una forma de mostrar sus procederes humanos desde las acciones del perro, también puede que la forma de reaccionar del dueño sea leída por él.

---

<sup>14</sup> Se refiere a habitantes de la calle.

Las narraciones de Mónica y Diego dejan ver cómo ambos sugieren que es una suerte de deber para el perro el hecho de responder a sus cuidados o al hecho de alimentarlos y darles un hogar con acciones de protección hacia sus bienes o hacia ellos mismos. Para los humanos se trata de una especie de correspondencia. En la medida en que ellos le dan un lugar al perro en el hogar acompañado de determinados cuidados, para los dueños-paseadores el perro está devolviendo ese favor en términos de protección y acciones de cuidado como la vigilancia cuando la casa está sola, o custodia y defensa cuando salen con ellos y alguien intenta arremeter contra la vida humana de sus dueños. Se traduce entonces en formas de intercambio, vistas y detalladas desde la óptica humana, que le dan propósito y sentido a la relación con los perros. Habitar un mismo espacio y entender desde la mirada humana al perro y sus acciones, hace que se configuren formas en las que los humanos entienden las relaciones con otras especies (perros) asignándoles nuevas obligaciones o roles a los perros como sujetos de deberes y derechos. Esos roles se pueden entender en humanos al dar hogar, alimentación y otros signos de cuidado y en los perros desde el agradecimiento por esas acciones con indicadores entendidos por el humanos como mecanismos de seguridad.

Aunque, el grupo de dueños-paseadores estaba constituido heterogéneamente, experiencias como las de Diego y Mónica eran comunes entre ellos. En sus relatos la idea de “cuidar” era normalizada como parte del hecho de tener animales (perros), particularmente si se trataba de mujeres. Cada una se daba un importante lugar en los procesos de cuidado que usaban para mantener el bienestar de su perro. Para el caso de los hombres, era diferente, con algunas excepciones la mayoría admitía que desconocían qué hacer en determinadas situaciones y que eso era un trabajo para sus madres, esposas e incluso amigas.

Por esa razón, las experiencias y conversaciones que surgieron en mi trabajo de campo con dueños-paseadores, implicaban pensarse también los roles de los integrantes en cada familia. Las relaciones de seguridad interpretadas por los dueños-paseadores como formas de

intercambio con el perro, pueden ser explicadas desde la compañía que los perros les hacían a otros miembros del hogar. Esto era particularmente cierto cuando en las casas sólo se encontraban personas que necesitaban de alguien que las cuidase como niños o ancianos. En ese sentido, cuando se ausentaba el acudiente humano, ciertos perros casi que eran convertidos en ‘acudientes’ para las personas que demandan más atención y/o cuidados.

A continuación, muestro cómo esto sucedió también en mi hogar. Aunque Lupita ya murió, en una entrevista con mi abuela Stella quise abordar la relación que tenía ella con la perrita cuando se quedaban solas en la casa. El siguiente relato, muestra afirmaciones de mi abuela Stella donde cuenta cómo ella quedaba agradecida con Lupita por ser su compañía cuando nadie más estaba en casa.

*Como su mamá salía a hacer vueltas, me reclamaba medicamentos o iba por órdenes a la EPS, yo me tenía que quedar solita porque ustedes se iban a la universidad. A la Lupita no se la dejaba subir a las camas, pero yo era la única que la dejaba cuando todos se iban, ella se dormía ahí conmigo, sobre todo después de almuerzo, siempre me perseguía para que la subiera. Y como yo no oigo por este oído, ella era la que me hacía bulla cuando sonaba el timbre o el teléfono, y así me daba cuenta de ver quién estaba afuera de la casa o quién estaba llamando, ella me avisaba, porque era muy avispada. Y ahora que ya no está, a mí ya me da miedo quedarme sola, mijita querida. Se me fue mi compañerita. [Lupita]. (Menciona entre sollozos)*

Aunque como mi abuela hay personas que agradecen la compañía de los perros, hay otras que además de agradecer, también encuentran en ciertas acciones de sus mascotas vestigios de desagrado con sus dueños. Elber, dueño de Chocolate, el Gran Danés manchado, en su narración ilustra cómo su mascota es desagradecida, aun cuando le da todo lo necesario para su bienestar. Me contaba que el perro también cuidaba de sus hijos -Juan José (8) y Jerónimo (6)- cuando él y su esposa salían. Me comentaba que, de alguna manera, así ahorrraban gastos de niñera o evitaban llevar a los niños donde la hermana de su esposa para no generarle incomodidades. Sin embargo, aunque mostraba seguridad al decir que no tenía problemas al

dejar a sus hijos con el perro<sup>15</sup> cuando él y su esposa se ausentaban de casa, sí había cosas que el perro hacía durante el periodo en el que no se encontraban ambos que le molestaba en demasía. Orinar dentro de la casa, dañar un mueble a mordiscos o destruir un control del televisor eran algunas de las acciones que le molestaban a Elber y lo demostraba con expresiones como: “*es que este perro sí que es desagradecido*” o “*no piensa en uno cuando le damos todo*”. Se trata entonces de otro aspecto interesante en torno a dinámicas de interpretación de acciones del perro. Chocolate, que a los ojos de Elber había recibido los cuidados y todo lo que demandaba el mantenerse con salud y vida, en “*actos de rebeldía*” — como menciona su dueño— le generaba conmoción y desconcierto. Esto en ocasiones se trataba de una causa frecuente de decepción y rabia entre dueños-paseadores.

Por ejemplo, Mónica, me contaba cabizbaja en uno de nuestros intercambios: “*Yo sólo soy la sirvienta para él, no sirvo para nada más.*” Ella, al igual que otros dueños-paseadores que conocí decía no esperar nada a cambio por parte del perro cuando les había dado todo, pero al observar con más detenimiento sus discursos, el desagradecimiento existe porque hablan de él. Esto se traduce para algunos dueños-paseadores en una suerte de espera por alguna acción del perro que debería devolver en igual o en diferente sentido, pero lo mismo por las acciones ejercidas desde lo humano.

Del mismo modo, en la intimidad de sus hogares pude reconocer interpretaciones de agradecimiento de los dueños-paseadores sobre determinadas acciones de los perros. El identificar al perro como “*el centro de la casa*” entre dueños-paseadores, era muy común. Esta categoría operaba exclusivamente en el contexto familiar, es decir, en la casa en la que vive una familia con su perro. Recursos como la ternura o acciones específicas del perro que desde

---

<sup>15</sup> Durante la entrevista con Elber, él menciona que fue criado en el campo y con animales. Elber es de El Águila, un municipio ubicado al norte del Valle del Cauca. Era el menor de 6 hermanos y cuenta que cuando sus padres trabajaban, solían dejarlos a él y a sus hermanos, quienes no llegaban a los 10 años, en compañía de sus tres perros y otros animales como las gallinas y los patos.

la mirada de los dueños semejaban a las que podría hacer un humano, eran compartidos impulsivamente entre los miembros del hogar. Para ilustrar cómo se entiende al perro como “el centro de la casa” hablaré de mi experiencia visitando continuamente el hogar de Jacobo Bolaños, un joven de 22 años que estudia Deporte y vive con su madre, y quien comparte su hogar y a la vez se encarga de los paseos de Jamal, un perro Pastor Collie (ver figura 18).



Figura 18 – Jacobo y su perro Jamal (Pastor Collie)

Jacobo sacaba a pasear a Jamal dos veces al día, una antes de irse a clase entre las 6 am y las 8 am y durante las noches en paseos más exhaustivos posterior a las 7 pm. En estos últimos, además de hacer que su perro haga sus necesidades, corre con él, lo suelta para que juegue con otros perros y en sus palabras *“para que el perro se desestrese de mantener siempre en el apartamento.”* Una tarde de febrero me dispuse a visitarlo con el ánimo de ver cómo él y su madre convivían en un día del común con su perro. En otras ocasiones ya me había encontrado con momentos que daban cuenta de los cuidados que tenían tanto Jacobo como su madre con Jamal. Por tratarse de un Pastor Collie, su pelaje —según me contaba Ana Lucía, la mamá de

Jacobo— demandaba cepillarle todos los días para que no se le pusiere feo, enredado, y quedara liso. Tanto el cuidado de su pelaje, como el de su rigurosa alimentación con concentrado, fueron particularidades del cuidado hacia Jamal que fui notando en mis visitas a la casa de Jacobo. Sin embargo, aquella tarde fue bastante satisfactorio encontrarme con una situación que, aunque antes viví cuando mi perra estaba viva, jamás había problematizado.

Antes de contar qué pasó esa tarde debo mencionar que, aunque sólo Jacobo y su mamá eran quienes vivían en el hogar, algunas veces Milton, el papá de Jacobo, se quedaba por algunas semanas en su casa. Él vivía en España, pero venía dos veces al año a Colombia y aunque no seguía casado con Ana Lucía, se queda en la casa durante su estadía en Colombia.

Jacobo y yo estábamos jugando videojuegos en la sala de su casa, su padre estaba en una de las habitaciones trabajando y su madre estaba en la cocina. Por su parte, Jamal (el perro) estaba recostado sobre el suelo debajo del sofá de la sala, muy cerca de donde estábamos nosotros. Ana Lucía, estaba en la cocina y estaba preparando unos pasabocas que nos entregaría después a Jacobo y a mí. Eran unos trozos de queso envueltos de jamón serrano. Mientras Ana Lucía estaba sacando los ingredientes y armando los pasabocas, Jamal, como si se tratara de un timbre que obligaba a ponerse de pie, se levantó impaciente y fue directo a la cocina, en palabras de Ana Lucía, *“a velar comida”*. Nosotros seguíamos en nuestro juego, cuando de repente la mamá de Jacobo con tono entusiasta llamó a Jacobo y a Milton pidiéndoles que fueran con rapidez a donde ella estaba. Recuerdo que decía frases como: *“vengan ya, vengan ya que les va a encantar”* y *“vení mirá lo que está haciendo el perro”*. Todos dejamos de hacer lo que hacíamos. Estábamos en la puerta de la cocina Milton, Jacobo y yo viendo cómo Jamal se sentaba a corta distancia de Ana Lucía, levantaba sus patas delanteras y con un movimiento constante y similar al de excavar, Jamal miraba fijamente a Ana Lucía, según ella menciona, para que le diera un poco de jamón (ver figura 19). Con el cuadro fue inevitable enternecerse, incluso deseábamos que siguiera haciéndolo.



Figura 19 – Jamal velando comida.

Este es un ejemplo de cómo ciertas acciones del perro, hace que los miembros con los que comparte e hogar le otorguen el título de “centro de la casa”. Obtiene ese calificativo porque hace cosas que captan la atención de algún miembro del hogar y hace que éste llame a otros para compartir lo que el perro está haciendo. A partir de este llamado, que nace desde determinado acto del perro, se unen miembros, se entablan conversaciones y se relacionan entorno al animal no-humano. El siguiente diálogo muestra cómo Jacobo expresa lo que siente con respecto a Jamal en su hogar:

*Es que pillá, yo a él no lo llamo mi hermano, ni mi hijo -aunque mi cucha puede que sí- ni nada que conozcamos como palabra para denominar familia. él es mi perro, pero como mi perro no es solo un animal ahí que nos acompaña, él nos cuida, nos entretiene, nos brinda ternura, vos sabés, él aunque yo no le dé ninguno de esos nombres como hijo o hermano, el perro es el centro de la casa, es el que nos pone a conversar a mi mamá y a mí, digamos que cuando se trata de Jamal, por más bobada que sea, estamos mi mamá y yo para él, incluso, vos sabés que mi cucho vive en España, pero que cuando viene a Colombia se queda acá en mi casa, y mi papá ama al perro, y Jamal a mi cucho y mira que mis papás son divorciados y todo el cuento, igual ellos se tratan y pues, como ves, mi cucho se queda acá sin lío, pero pana, Jamal nos hace una familia, todos tenemos que ver con él, es lo que nos une, no sé cómo más explicártelo.*

En mis encuentros y en mis visitas a otros hogares que tenían perros, la expresión él/ella “es el centro de la casa” era difícil no encontrársela. Muchos la definían en función del perro, como

la figura que se encargaba de reunir a la familia. Así como Jacobo argumenta que su perro hace a su familia una familia, en el relato de Mónica se hace visible el agradecimiento que ella carga hacia el perro en la medida que une a su familia:

*Si Apolo no estuviera aquí, yo me sentiría muy sola. No sólo porque el niño<sup>16</sup> me acompaña, sino porque todos tenemos que ver con él, es que él es el centro de la casa ¿cierto?” Lo miraba mientras preguntaba. “Mi hijo Andrés, el menor, él sale, se va, a veces se ausenta un fin de semana completo y yo ni lo veo, pero él ama al perro y comparte con él cuando la niña<sup>17</sup> me lo deja acá. Como ya está mayorcito y sale a hacer su vida, pues para mí ya no es lo mismo que cuando estaban chiquitos, incluso con mi marido, es que los años lo vuelven a uno más apático, más agrio. Y acá en mi casa yo tengo días en los que me he sentido muy sola, porque no están mis hijos siempre, mi esposo llega cansado, solo quieren dormir y comer. Y ahora yo agradezco mucho que el perro está acá, al menos hay algo para hablar, para conversar, antes eran las noticias, pero eso eran conversaciones cortas, ahora es el perro y podemos hablar toda la noche d’él. [...] Con el perro me siento agradecida, porque él nos volvió a ser una familia, con problemas y cosas que no faltan, como en todas, hija, pero ya no somos tan indiferentes. Por eso yo a Apolo lo cuido mucho y le digo a la niña que también lo cuide cuando se lo lleva a su casa, porque el perro ha sido bueno con todos.*

Estas narraciones dejan ver entre líneas cómo los miembros del hogar reconocen que el compartir la casa con un animal no-humano (perro) y algunas acciones de éste, hacen que la familia o los integrantes del hogar se unan, conversen, se rían, etc. Y cómo para algunos miembros existe agradecimiento con el perro por permitirles rescatar y conservar actividades con su familia u otros miembros del hogar. Se trata para las personas de un circuito de deuda en el que se hacen intercambios de orden material y simbólico, puesto que en el caso de Mónica tiene una clara utilidad frente a la incertidumbre que sentía con su familia y la soledad por la que pasó.

Mónica entiende el intercambio de cuidado por unión como una transacción que crea una ilusión de familiaridad y tiene significados asociados a la solidez del hogar y a la tranquilidad de reunirse en casa. Que, pese a circunstancias difíciles en el ámbito familiar, el perro desdibuja los vestigios de problemas en la casa haciendo que los miembros tengan una

---

<sup>16</sup> Se refiere a su perro.

<sup>17</sup> Se refiere a su hija, la dueña del perro.



vida más armónica con otros miembros y con ellos mismos. Sin embargo, esta relación de intercambios entre humanos y no-humanos, no excluye la auténtica solidaridad del cuidado hacia el perro por parte de las personas. Las razones por las que agradecen la existencia del perro y lo que éste hace, también son formas en las que los dueños-paseadores le dan sentido a su vida y a lo que gira alrededor de ella, creando roles tanto para el perro como para ellos mismos que dan cuenta de la obligación y el deber que tienen en función de otros.

Presuponer cosas del mundo animal no-humano no necesariamente significa que en determinadas transacciones éstos no tengan agencia o espacio. No obstante, debe existir la posibilidad de reconocer esos intercambios como relaciones de otro tipo que no necesariamente son recíprocas o de correspondencia. Marcel Mauss (1974) explica que el don o los regalos, que generalmente son entendidos como voluntarios y desinteresados, disimulan la existencia de un nexo que obliga al receptor a ser recíproco. La reciprocidad implica una relación de doble vía, pero no es entendible y no se sabe realmente si lo que sucede y es interpretado por humanos, igualmente es interpretado por animales no-humanos (perros).

Desde la lógica humana se intuye que como al perro le dan alimento, entonces éste ofrecerá seguridad. Sin embargo, estas lógicas que tratan de comprender y explicar las acciones y/o presupuestos del perro, hablan más de los humanos que de los no-humanos. Hablan de dinámicas sociales como el racismo, de la percepción de seguridad, de las carencias emocionales, quizá ligadas a la posible necesidad de tener un animal no-humano como compañía, entre otras. Así como hay gente que no puede dormirse sin un televisor antes de acostarse para no sentir miedo, puede o no haber gente que necesita de un perro para satisfacer carencias de afecto. Para los casos que nos ocupan, hay elementos que no se pueden explicar con tanta facilidad. Es posible ver y sentir cómo los perros se acercan en apariencia a algo que podría definirse humanamente por afecto o cariño. Puede que busquen amor o ser acariciados, de la misma forma en la que los humanos también buscamos afecto cuando nos acercamos a

otros. No doy esta consideración como una frase que manifiesta verdades absolutas, pero sí con el ánimo de mostrar que algunas interacciones entre dueños-paseadores y perros que parecen ser recíprocas, pueden ser de corte afectivas o incluso estratégicas. Piénsese en una persona que carezca de comida para darle a su perro, pero éste continúa a su lado sin importar la adversidad o falta de alimento. ¿Qué hay detrás de esa relación? Puede que el perro piense que acompañado de un humano su manada crece y son más fuertes. El perro puede leer al humano de formas que a veces no se ponen a consideración por la exclusividad que se le otorga a la significación de corte humano.

Del mismo modo el perro puede ser entendido como un lugar de encuentro. Los miembros de un hogar no siempre viven y hacen actividades iguales, de hecho, se relacionan y trabajan en función de determinadas esferas sociales. Lo que comparten es lo que los une. En el caso de Mónica, quien argumenta que su perro retribuye los cuidados que le brinda cuando une a su familia, puede que el perro realmente no tenga el propósito de hacer lo que ella interpreta. En el fondo, el perro habla de ella, le es útil y significativo para creer y afirmar que él tiene una relación con ella. Pero puede que su perro más allá de querer unir a la familia de Mónica, tenga una relación con su juguete o con el mueble que destruye. Mónica argumenta que Apolo, su perro, es el niño de la casa. Además de ser otra forma para referirse a él como el centro del hogar, también da cuenta del porqué le llaman *niño*.

*Apolo es el niño de la casa, todos lo consentimos, todos tenemos que ver con él. Así él me haga un daño (se ríe) todos vienen a ver qué fue lo que hizo. Entre todos le enseñamos y lo reprendemos, mijita. (...) Él es el niño<sup>18</sup> de la casa, pero siempre toca estar pendiente de él porque no se las sabe todas y uno tampoco puede asumir que el perrito se vaya a comportar correctamente. (...)*

Para Mónica, su perro semeja a un niño y que además de estar pendiente de él, éste también es agradecido. En contraste con Elber, él ve desagradecimiento en algunas acciones de su perro, pero también lo ubica en una posición en la que puede cuidar incluso de sus hijos. Tanto Elber

---

<sup>18</sup> Se refiere a su perro Apolo.

como Mónica piensan que la seguridad que un perro brinda está asociada también al tamaño de éste. Elber, por su parte, califica como desagradecimiento acciones que hace su perro cuando lo dejan en casa solo o al cuidado de sus hijos. Mónica podría decir que como los perros son como niños, también necesitan de atención o supervisión humana. Si se piensa al perro como un niño, puede que las acciones que Elber entiende como desagradecimiento, sean sinónimo de ‘pataletas’ o comportamientos que causan extrañeza por falta de atención. Por lo que Mónica con seguridad criticaría a Elber por permitir dejar a su perro al cuidado de sus dos hijos.

Estas consideraciones que hacen los dueños-paseadores sobre sus perros y las acciones de éstos, conllevan a pensarse al perro como un medio. Es decir, que el perro tiende a ser un mecanismo con el que se percibe y muestran acciones evaluadas desde lo humano, que se traducen en interpretaciones. Además del perro ser sinónimo de seguridad en la casa o en la calle, el perro es una vía por la que se expresan las consideraciones de los dueños-paseadores y otros miembros del hogar de su relación con otros elementos: el pasado, el presente, la familia, la seguridad, la solidez del hogar o la relación con otros. El perro significa una vida mejor para los dueños-paseadores, es sinónimo de armonía y conduce a asociar su tenencia con la reducción de la soledad y al hecho de permitir la interacción de los dueños o personas que comparten el hogar con ellos con el medio social y familiar que los rodea. Esa relación entre dueños-paseadores y animal no-humano hace que el animal firmemente forme parte de lo humano y éste (el humano) adquiera voz, privilegios u otras formas de interpretación del agradecimiento o el racismo por medio de lo animal. Por tratarse de seres que están en constante participación (humano y perro), el poder de los discursos humanos y de los cuidados desplegados por el animal no-humano tienen efectos prácticos y simbólicos en la vida social y familiar de los dueños-paseadores participantes de esta investigación. Esos imaginarios sobre los animales no humanos y sus acciones -que tienen los dueños-paseadores- hacen parte del

proceso de interacción en la relación humano – animal no-humano. Permiten establecer relaciones y legitimar o aceptar prácticas o interpretaciones. Que en alguna medida nutren esa relación única de cada dueño-paseador con su perro dotándoles a ambos de propiedades que son compartidas y forman parte de un mundo abstracto y simbólico de identificación. Piénsese en Elber como el que confía en su perro para cuidar a sus hijos cuando se ausenta, o en Mónica quien, aunque ve como un niño a su perro Apolo, dice que él ha unido su hogar, así que tanto perro como humano comparten un discurso que habla por ellos y los dota de identificación mutua. Esa identificación es producto de la imagen que tanto el animal como el dueño proyectan en su dimensión de cuidado, de atributos o de interpretaciones e interacciones entre sí que ubica a las personas y a sus perros en una correlación difícil de descomponer.

La forma en la que otros leen a los dueños-paseadores no está desligada de la forma en la que leen a sus respectivos perros. Los cuidados y el bienestar que exhibe el perro, los discursos del dueño-paseador e incluso sus marcadores físicos, conllevan a relacionarlos entre sí a dueños-paseadores y perros. Esto hace que se genere una suerte de recordación sobre el nexo entre dueños-paseadores y sus perros. Conduce a pensarse esa relación como una que independientemente de tratarse de seres de otra especie en cuerpo y pensamiento, vincula y reconoce como sujetos a los perros que también comparten características con sus dueños.

## CONCLUSIONES

Preguntarme por las relaciones con animales no-humanos o entre personas donde éstos tenían una presencia significativa, me condujo a explorar textos, debates y espacios donde la interacción con especies ‘distantes’ de lo humano iba más allá de mis creencias sobre la importancia de éstas. En principio pensaba que los animales no-humanos tenían cierta relevancia porque históricamente han tenido un lugar de participación en la vida humana. Ser nuestra fuente de alimento, ayudarnos a cazar, a vigilar, a trabajar la tierra, en algunos casos ayudar a curar o ser parte fundamental de un culto o ritual eran cosas que han pasado y siguen sucediendo pero que no me había detenido a analizar con profundidad y sobre todo en mi contexto más cercano donde todo parecía ser muy ‘natural’. Observar las formas de interacción entre humanos y perros, y los sistemas de clasificación construidos socialmente para ellos, me permitieron reconocer formas de exclusión e inclusión hacia humanos y no-humanos en diferentes niveles: económicos, estéticos, de estatus y afectivos. Además de reconocer formas en las que dueños paseadores se relacionaban, también identifiqué formas de interpretación de las acciones de los perros desde puntos de vista humanos que me permitieron pensar en alternativas para evaluar juicios de los participantes de esta investigación sobre sus perros y la relación que habían construido con ellos.

Para concluir este trabajo recogeré algunos puntos clave sobre los que quiero hacer énfasis. Mi atención estuvo puesta en los significados que tenían los perros en la vida social y familiar más próxima de dueños-paseadores con los que interactué y me pude relacionar. Mi trabajo de campo se constituyó de regocijos, interrogantes, risas y desconsuelos. Este proyecto de grado ha dejado como experiencia que el trabajo etnográfico que involucra animales no-humanos y lo que aquí decidí llamar ‘dueños-paseadores’ implica el uso de ciertas técnicas y reflexiones metodológicas. Ofrecerme a pasear perros como mecanismo para forjar y mantener

relaciones con otros que también tenían perros, y como herramienta con la que hice el ejercicio de ser sujeto de interacción con perros, fue un elemento metodológico experimental que me permitió como etnógrafa adentrarme en un universo de interacciones y relaciones urbanas entorno a la tenencia de los perros como agentes cargados de significación. Desde mi anteproyecto hasta mi inserción en campo emergieron también muchos otros interrogantes con los que espero también haber podido motivar o interesar a otros a rastrear más profundamente sobre interacciones entre distintos seres que parecen a veces muy familiares.

Los hallazgos con respecto a las relaciones multiespecie desde la mirada canina no fueron tan exhaustivos como hubiera deseado. Las interacciones en conversaciones y encuentros respecto a formas de relacionamiento con otros y con perros sobre las prácticas de cuidado, los signos y códigos que desembocaban en un sistema de clasificación y los universos de interpretación humana, desviaron mi atención concentrándome en cómo los dueños-paseadores a través del perro, las prácticas u otros marcadores renegociaban su posición en el grupo.

Como principales hallazgos y reflexiones, recojo las siguientes:

- La raza fue uno determinante en este proceso. Tanto en los perros como en el mundo humano, obviamente dependiendo del contexto y lugar que le construye y le otorga significación, no sólo está constituida por la fisionomía sino por la articulación de ésta con presupuestos y conductas específicas. Estas asociaciones entre lo biológicamente dado y lo socialmente construido creaba discursos que legitimaban jerarquías entre los

perros y a su vez justificaban desigualdades para algunos perros que en ocasiones se manifestaban con actos violentos.

- Las prácticas de cuidado que exhibía el perro podían trabajar sobre lo biológicamente dado y resignificarlo. Si bien al *criollo* se lo asociaba con enfermedad, mala tenencia o carencia de hogar, el tener ciertos elementos simbólicos o compañía humana, por ejemplo, podían resignificar al *criollo*, desdibujando la ideas asociadas a las conductas o condiciones negativas que supuestamente poseía. Adicionalmente, estas prácticas de cuidado no se trataban de acciones puntuales y exclusivas para curar dolencias o responder a enfermedades, también eran el resultado de una idea de bienestar. Podía entenderse como práctica de cuidado el darle un juguete al perro para verlo ‘feliz’ o ponerle un accesorio que le permitiera verse ‘elegante’.
- Identifiqué formas de subordinación que podían percibirse en dos niveles. Por un lado, hacer que el perro utilizara ciertas mercancías daba cuenta de una suerte de exclusión de éstos del espacio de toma de decisiones sobre sí mismos. Por el otro, acciones como hablar por el perro o construir su vos desde voces humanas, podía entenderse como una acción que determinaba el lugar del perro en relación con su dueños-paseador. El perro aquí carecía de autonomía y voz, es el dueño el que hablaba y respondía por él. Esta última forma de subordinación, también puede entender al perro en otra dimensión, es decir, al perro como un dispositivo o sujeto que sirve como medio para avalar las prácticas de las que el dueño-paseador hablaba y tenía con él. En otras palabras, el dueño-paseador al comentar sobre las prácticas de cuidado o acciones que tenía con su perro, avalaba simulando la voz del perro lo que había mencionado sobre los cuidados.

Siendo ésta, a mi modo de ver, una forma que disimulaba el egocentrismo que podía expresar el dueño-paseador sobre sus actividades con el perro.

- Habitar un mismo espacio humanos y perros, y entender a estos últimos desde lógicas humanas, les asignaba a los animales no-humanos roles y obligaciones convirtiéndolos en sujetos de deberes y derechos. Lo que los dueños-paseadores y otros miembros del hogar leían como agradecimiento o desagradecimiento dejaba ver entre líneas que el perro tenía obligaciones en la casa. Por ejemplo, pensar que al dar comida y brindarle casa al perro, éste tenía el deber de cuidar la casa cuando estaba sola, o en su defecto, no hacer daños o estar juicioso daban cuenta de ese intercambio que era esperado por los dueños-paseadores. Las interpretaciones sin embargo, hablaban más de los dueños paseadores que de los perros, de temas asociados al racismo, la percepción de seguridad o las carencias emocionales.

En efecto, y para continuar esbozando hallazgos, quiero dar cierre a esta experiencia con un tema que emergía con todas las personas con las que compartí en el parque de Capri, y que, a mi modo de ver, puede constituir una forma de responder a mi pregunta de investigación. Había momentos en los que los dueños-paseadores se referían a su perro con el término “*persona*” y más propiamente “*personita*.” Traían esta palabra a nuestras conversaciones cuando contábamos historias puntuales sobre lo inteligentes que eran nuestros perros. Otorgaban este calificativo a sus animales no-humanos con los que compartían su hogar porque según argumentaban algunos “*poco les faltaba para ser humanos*”. Con este término no sólo estaban adjudicándoles roles de carácter humano, también mencionaban que el hecho de decirlo aludía a cómo ellos en su papel de dueños-paseadores, interpretaban las acciones del perro y lo relacionaban con lo más humanamente cercano a ellos. Es decir, que hacían un símil del perro con la infancia humana relacionando casi que paralelamente a los perros con los niños por



varias razones: la falta de autonomía, la ingenuidad, la curiosidad y el hecho de no poder mantener una conversación constante.

Marcel Mauss (1938) explicaba la ‘persona’ y el ‘yo’ como categorías del espíritu humano, donde además de hacer un recorrido histórico de la noción, afirmaba que todos lo tenemos delimitado desde nuestra conciencia. Decía que el nombre, por ejemplo, para él era un concepto importante porque es el que pone en juego la existencia y la relación que un individuo tiene con otros y con el mundo. Para el caso de los humanos, donde Mauss explicó la persona como concepto, el nombre constituía en los clanes prestigio o autoridad, pero a su vez en algunas culturas significaba la reencarnación de quienes en el pasado llevaron ese nombre. El nombre en últimas aseguraba la perpetuidad de una personalidad, y los individuos actuaban calificados por éste. Pero la persona en sí para Mauss, más que un resultado de una organización social, más que el nombre o el derecho de un personaje o máscara ritual, se trataba de un hecho de derecho, de una sustancia indivisible e individual, racional, individual y con conciencia. Para el caso que nos ocupa, los dueños-paseadores y las personas que compartían el hogar con perros, otorgaban el título o calificativo de *personita* a los perros porque siempre existía una constante comparación de éstos con etapas de la infancia humana, pero también mencionaban que ese calificativo no sólo era resultado de una relación con una fase del ser humano, sino porque también decían que el perro tenía personalidad. Era común encontrarse con conversaciones donde cada dueño-paseador hablaba de los gustos de su perro, su comportamiento (amabilidad, malgenio, felicidad, inteligencia) y la forma en la que se relacionaba con otros perros u otros humanos. Y yo notaba incluso cómo la gente podía caracterizar a los perros por sus comportamientos o actitudes cuando estaban en el grupo interactuando con gente o con más perros. Sentía que los perros dejaban de ser solamente perros cuando estaban juntos, dejaban de ser individuales e iguales cuando en conjunto cada uno hacía evidente sus diferencias. Ahí entendí lo que los demás decían sobre sus perros con respecto a

dotarles de personalidad o decir que eran *personitas*, porque si ser persona es lo que nos hermana con otros seres humanos, es también en conjunto lo que nos hace diferentes. Y por el hecho de ser para un campo del saber como la biología especies diferentes, ¿por qué no pensar que los perros pueden también tener la ‘persona’ delimitada desde su conciencia? Difícil responder esta pregunta porque no hablamos con ellos, no hay interacciones dialógicas profundas con los perros, pero desde lo que humanamente entendemos, esa puede constituir una de muchas posibilidades de comprender a los perros o más bien, comprender por qué los dueños-paseadores también les han llamado personas a algunos animales no-humanos. Y aunque puede que el concepto varíe de sociedad a sociedad, y si se quiere, de individuo a individuo, en el sentido en que el de ‘persona’ constituye lo que nos hace lo que somos a nosotros y posiblemente a los perros, podemos hablar de su existencia y posible entendimiento, pero también con ella de la variación de representaciones sociales en torno al sujeto no-humano. El concepto de ‘personita’ además de entenderse así para los perros porque corresponde a una persona, pero más pequeña por la equiparación de éstos con la infancia humana, es una función entendida y elaborada históricamente pero que también continúa elaborándose no sólo desde la academia sino desde el entendimiento empírico, experimental y quizá sin meticulosidad del ojo humano del común.

Así entonces, el perro y su significación puede ser versátil por las diferentes formas en las que la gente los interpreta y les da sentido en su vida familiar y social más próxima. Pero de lo que sin duda estoy segura y responde a mis interrogantes, es que el perro, en el contexto de mi trabajo de campo en el parque y en algunos hogares, constituye un elemento facilitador social. Ayuda a hablar de sí como dueño-paseador a través de él, dotando de importancia al dueño-paseador por los cuidados que exhibe y por cómo éste habla por él o avala lo que dice hacer por el perro desde el acto de responder por el perro respecto a los cuidados y el

mantenimiento. En el caso de los entornos familiares, el perro se entiende como ‘centro de la casa’ para las personas, porque permite desde acciones que llaman la atención a los miembros del hogar, reunirse alrededor del perro y ver lo que éste está haciendo, constituyéndolo así como un lugar en sí mismo, como un sujeto que forja reunión y conversación. En muchos casos esta forma de reunión que el perro permite pero que es el humano enternecido/entretenido el que forja, hace que se le asocie a éste como un sujeto animal que posibilita la unión familiar o la solidez del hogar.

Desde las prácticas de cuidado, los discursos del dueño-paseador sobre la manutención, la raza y los signos de higiene o cuidado que exhibían los perros, ubicaban a éstos y a sus respectivos dueños-paseadores en una posición en el grupo que no siempre era la misma. Volverse un referente o en su defecto tener o carecer de popularidad en el grupo, dependía de la disposición del tiempo y el dinero y también de los cuidados que desplegaba el perro.

La raza, por su parte, considero que era el principal elemento para la conformación y disposición del sistema de clasificación del grupo de dueños-paseadores. Esta además de ser construida por características físicas, también estaba articulada con un comportamiento y unas creencias específicas alrededor de cierta clase de perro. Por ejemplo, cuando el genoma humano fue secuenciado en el año 2000, los biólogos anunciaron que no existía una base biológica para la raza (Roberts en Kirksey, 2017). No obstante, los negros, indígenas y otras minorías en muchas ocasiones continúan siendo excluidos de la categoría de humano por muchas esferas sociales, académicas, religiosas e incluso discursivas. Y eso no dista de lo que ocurre con los animales no-humanos y particularmente con los perros. Los hemos dotado de significación y clasificaciones sociales que demuestran su peligrosidad, su tranquilidad, relación con la enfermedad o la buena conducta. Pero porque socialmente hayamos construido recursos y discursos que legitiman socialmente a unos perros y a otros no, eso no significa que sean en esencia distintos y que debamos acudir al maltrato o a la violencia para legitimar y

seguir reproduciendo actos que a mí parecer son formas de discriminación que también hablan de lo que humanamente somos.

\* \* \*

La etnografía multiespecie ha entendido a los animales no-humanos desde la importancia que tienen en la vida misma, otorgándoles sentido y significado desde vertientes más fenomenológicas que no necesariamente tienen soporte en lo humano aunque son entendidas y explicadas por humanos. Como Kohn (2013) menciona, hay que dejar de pensar que como humanos y sujetos culturales somos los únicos con derecho de darle significación al mundo, por lo tanto hay que dejar de desarrollar una antropología de lo humano como un entorno privilegiado separado y único. Hay otras formas en las que seguramente podríamos entender o leer a los animales no-humanos desde la disciplina antropológica, que, aunque seguirán siendo más especulaciones y nos alejaremos cada vez más de una verdad absoluta sobre los otros de otra especie, continúan siendo formas que amplían el espectro de nuestro entendimiento sobre los animales no-humanos haciéndonos dudar incluso de ciencias como la biología que se ha constituido y legitimado como la que estudia y comprende el comportamiento animal incluyendo a los humanos.

Mi etnografía no habla desde el animal no-humano, sino que mi interés se ubicó en el entendimiento de las interpretaciones de corte humano sobre las formas de relacionarse con los perros y los significados que tenían éstos. Considero que aunque el análisis estuvo puesto sobre las acciones y los discursos humanos, los perros tuvieron un rol importante a la hora de cuestionarlos. Los perros, gracias a las diferencias que exhiben en función de nosotros como

humanos, me permitieron dudar de todo lo que los humanos (dueños-paseadores) decían y hacían con y por el perro.

\* \* \*

No estoy de acuerdo con la separación o quizá pretendida oposición entre la humanidad y la animalidad o entre la naturaleza y la cultura, pero sí creo que es importante desarrollar otras posibilidades de organización. En algunos contextos etnográficos se habla de ciertos animales no-humanos desde lo humano con un principio organizativo que le da sentido a las prácticas que operan en la cultura. Pero se siente la poca horizontalidad con el *otro animal* incluso desde el ejercicio etnográfico. Sin embargo, como Mary Douglas (1978) ya había argüido, la importancia de esos principios clasificatorios impuestos y dispuestos humanamente, aparte de crear orden, discriminan y generan contradicciones. Por lo anterior, sugiero que al pensar y emprender un trabajo que incluya a los no-humanos como sujetos de investigación, éstos tengan un lugar importante también o, desde el principio, se tracen los deseos del etnógrafo con respecto al fenómeno a evaluar. Que si bien los humanos, como en este caso, son los que tendrán más protagonismo, también sería significativo demostrar que, aunque se le otorgue cierta importancia a unos y no a otros, eso no es sinónimo de separación o jerarquías entre distintos seres, sino que por el contrario, por tratarse de humanos, hay elementos que permiten acercarse al entendimiento del otro porque poseemos los mismos dispositivos que posibilitan la comunicación y la empatía.

Como menciona Raffles (2013) en una entrevista, para él ha habido un movimiento que enmarca las relaciones sujeto-objeto, pero él no prefiere llamarle etnografía multiespecie, porque desconfía del término. No quiere encasillar su trabajo en una categoría

específica, prefiere invitar con él a que la gente se haga preguntas sobre otros mundos y otras vidas de manera exponencial. Menciona que hablar de multiespecie y otorgar títulos con ese calificativo puede significar no tener que pensar en el fenómeno con más cuidado o profundidad. Afirma que esas clasificaciones o caracterizaciones de los trabajos son una manera de pensar que existen formas abreviadas y ya estudiadas para demostrar y entender una relación. Adicionalmente, aunque menciona que Donna Haraway fue fundamentalmente importante para pensar en sus trabajos, dice que sigue reproduciendo un sistema de clasificación donde pensarse a los distintos seres como especies sigue orientando y priorizando una visión de la realidad donde seguimos viendo a las especies como una unidad de análisis. Seguimos pensando de la misma forma en la que la biología nos ha permitido entender el mundo desde su interpretación y clasificación. Mi opinión no dista de la de Raffles, pensar en lo multiespecie como una categoría para analizar socialmente no está mal, por el contrario, me parece formidable que se construyan espacios de debate donde lo animal no-humano tenga protagonismo o presencia significativa. Lo que me deja dudando y con lo que secundo a Raffles, es que al adjudicar el calificativo ‘multiespecie’ a cierto tipo de relaciones, nos convierte a nosotros los etnógrafos en cómplices de un ejercicio peligroso. Es como si no quisiéramos poner en duda procesos de corte biológico que pueden ser también garantía de verdad para otros sujetos. No quiere decir que demerite la biología como ciencia, pero la ciencia en sí, al tratarse de la construcción de conocimientos hechos por humanos, también puede ponerse en duda, también se le pueden hacer preguntas y poner a consideración nuestra o de otros sus postulados o formas de clasificación, interpretación y significación.

\* \* \*

Respecto a las ilustraciones de mi autoría distribuidas en el documento, debo mencionar que tal como Taussig (2011) argumenta, se trataron de dibujos que permitieron acercar al lector a la realidad más próxima que tuvo el etnógrafo durante su trabajo de campo, permitiendo completar la realidad que la letras no logran muchas veces alcanzar. Aunque reconozco que en mis ilustraciones enfatice en acciones o personajes puntuales dejando en un segundo plano el contexto, mi deseo era el de vislumbrar momentos o particularidades de los sujetos que se llevaron mi total atención. Metodológicamente mis ilustraciones sirvieron en dos dimensiones más que quiero ilustrar. Por un lado, me convirtieron en un referente en el grupo donde ser llamada ‘la que escribe’ o ‘la que dibuja’ ayudaba a que la gente me reconociera y en ocasiones entablara conversaciones conmigo respecto a lo que dibujaba o escribía. Esto fue particularmente fructífero porque me permitió hablar con dueños-paseadores respecto a lo que estaba dibujando sobre otros hacían con sus perros o sobre otros perros. Este punto fue muy significativo porque otros aportaron apreciaciones que poco a poco se convirtieron en parte de un corpus de información etnográfica. Por el otro, en el ejercicio de escritura, los dibujos ayudaron a que recordara anécdotas y detalles de mi trabajo de campo en los que pude profundizar y que pude contar con más minuciosidad.

\* \* \*

Frente a mi inicial interés esbozado en mi anteproyecto respecto al parentesco entre seres de diferentes especies (humano y animales no-humanos, perros), otros espacios e interacciones ganaron importancia y ajustaron mis intereses durante mi trabajo de campo. Quise prestarles atención porque sentí mucha simpatía con anécdotas, acciones y pensamientos de los dueños-paseadores con sus perros. Simpatía que me condujo a redireccionar mis intereses y preguntarme por las dinámicas y discursos que empezaban a tomar importancia.

Esa simpatía con los dueños-paseadores me permitió problematizar lo que con anterioridad había experimentado, pero por lo que nunca había indagado. El parque y los perros que paseé, constituyeron un punto clave en mi trabajo, que sin esperarlo o sin meticulosamente pensarlo, me posibilitaron la entrada a un mundo donde los discursos y las interpretaciones de corte humano tenían un considerable protagonismo y constituían otras formas de ver y configurar al perro, no solamente desde el aspecto físico, sino que construían a éste también desde los discursos de su dueño-paseador sobre los cuidados, actividades, tiempo y dinero que disponía para el perro. Esa simpatía cargó mucha importancia etnográfica porque ya antes había experimentado el hablar por el perro o sencillamente hablar de los cuidados que tenía con éste. Por ello y por escuchar discursos similares a los que alguna vez tuve con mi perrita, vi esas interacciones como escenarios dignos de examinar y someter a evaluación. Reconozco que como investigadora también puedo ser sujeto de reflexión y evaluación etnográfica, pero encontrarme con personas y situaciones que compartían similitud con anécdotas de mi pasado, estableció un lugar interesante con otros sujetos humanos y no-humanos con los que pude examinar desde una mirada externa interacciones que yo también había experimentado.

Con el parentesco nunca estuve lejos de las dudas y las preguntas, llegué a pensar que por la emergencia de lugares que también disponían de servicios para los animales no-humanos, algo estaba cambiando en los hogares para que eso ocurriese. Sin embargo, imaginé que incluso como Lévi Strauss mencionaba, no había un carácter universal que englobara estrictamente el parentesco, que éste podría construirse no sólo desde la mirada biológica sino desde la interpretación social. Por lo tanto, pensé que, así como el parentesco humano tenía significados y diferentes construcciones en cada cultura, también en cada hogar que participé podría encontrarme con interpretaciones y significados desiguales sobre el perro y la relación de los miembros del hogar con ellos. Esas divagaciones antes y durante mi trabajo de campo, también fueron un punto de reflexión que me condujo a interesarme en otras particularidades de la



interacción entre humanos y animales no-humanos. Por ello, quise comprender y exotizar lo que más cercano y familiar me parecía porque constituía para mí una tarea sugestiva que quería elaborar y experimentar. Justamente en campo hallé lo que en mis divagaciones Lévi Strauss me sugería. Cada hogar era un universo de interacciones diferente, en cada hogar el perro era entendido en disímiles niveles y desde interpretaciones diversas, pero eso no significó que no pudiesen existir fenómenos comunes o puntos de intersección donde la relación con animales no-humanos en cada hogar no contribuyera a la pregunta de investigación.

Aunque mi trabajo de campo y el desarrollo de este documento centraron su mirada en la relación con animales no-humanos (perros) desde la óptica humana, me queda el deseo de indagar y explorar nuevos espacios e interacciones donde otra clase de animales —domésticos y salvajes— también tienen protagonismo. Del mismo modo, quisiera explorar la contraparte de la tenencia de mascotas. Un tema que me parece importante abordar etnográficamente es el del maltrato animal y la emergencia de las actuales consecuencias contempladas en el marco legal. Aunque para contextualizarme, exploré leyes y dinámicas en materia legal para los animales no-humanos dentro del marco jurídico colombiano, sería enriquecedor e innovador hacer una evaluación de estos procesos de construcción jurídica desde herramientas de la antropología.

Del mismo modo, desde la mecánica de escritura de mis experiencias en campo, sugiero a posteriores investigadores que carguen gusto por fenómenos de interacción entre humanos y animales no-humanos, que duden de todo, aprendan y desaprendan y que, desde autoevaluaciones, encuentren en sus discursos y procedimientos, materiales que puedan ser exotizados y sometidos a rigurosa revisión etnográfica. Además de ser investigadores, también podemos ser sujetos dignos de examinar, con los que podemos crear interrogantes, analizar y tener espacios de reflexividad.

## Bibliografía

- A Media Lúa, C. V. (2018). *aluacv.es*. Recuperado el 23 de Febrero de 2018, de <https://www.aluacv.es/de-interes/291-a-media-lua-clinica-veterinaria-perros-mestizos.html>
- Álvarez, L. (1993). *Cuestiones de Antropología y Bioética*. Murcia: EDITUM.
- Arhem, K. (1990). Ecosofía Makuna. En F. Correa, *La Selva Humanizada: Ecología Alternativa en el Trópico Húmedo Colombiano* (págs. 109-126). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Barfield, T. (2010). *Diccionario de Antropología*. México: Siglo xxi editores, s.a de c.v.
- Bauman, Z. (1990). *Pensando Sociológicamente*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Bellón, E. (2017). Liderazgos femeninos: tránsitos hacia la ética del cuidado en las relaciones de género. *Debate Feminista*, 54, 84-100.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. (A. E. Weikert, Trad.) México D.F.: Ítaca.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Comins, I. (2016). La Filosofía del Cuidado de la Tierra como Ecosofía. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*(67), 133-148.
- DEPARTAMENTO ADMINISTRATIVO DE PLANEACION, C. (2003). *Plan de Desarrollo 2004 - 2008 Comuna Diez y Siete*. Cali.
- Douglas, M. (1978). *Símbolos Naturales: Exploraciones en Cosmología*. (C. Criado, Trad.) Madrid: Alianza Editorial, S. A.
- Escobar, A., Álvarez, S., & Dagnino, E. (2001). Introducción: Lo cultural y lo político en los movimientos sociales latinoamericanos. En A. Escobar, S. Álvarez, & E. Dagnino, *Política cultural & Cultura política. Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*. (págs. 17-48). Bogotá: Taurus.
- Federation Cynologique Inernationale, F. C. (Marzo de 2018). *Federation Cynologique Internationale*. Obtenido de <http://www.fci.be/es/Presentacion-de-nuestra-organizacion-4.html>

- FEDERATION CYNOLOGIQUE INTERNATIONALE, (. (2013). *PERRO SIN PELO DEL PERÚ*. Thuin. Obtenido de <http://www.fci.be/Nomenclature/Standards/310g05-es.pdf>
- Guber, R. (2004). *El Salvaje Metropolitano: Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Gutiérrez, C. (2009). *El Movimiento Animalista: Análisis desde los nuevos movimientos sociales*. España.
- Haraway, D. (2003). *The Companion Species Manifesto: Dogs, People and Significant Otherness*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hartigan, J. (2010). Mexican Genomics and the Roots of Racial Thinking. *Cultural Anthropology*, 372-395.
- Hering Torres, M. (2010). Colores de piel. Una revisión histórica de larga duración. En C. Mosquera, A. Laó Montes, & C. Garavito, *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas Negras* (págs. 113-160). Bogotá : Universidad Nacional de Colombia .
- Kakozi, J.-B. (2016 ). Revisión histórica del concepto de “raza” en Max Hering Torres y Peter Wade. *Anales de Antropología*, 188-198.
- Kirksey, E. (2017). Lively Multispecies Communities, Deadly Racial Assemblages, and the Promise of Justice. *AGAINST the DAY*, 195-206.
- Kohn, E. (2007). How dogs dream: Amazonian natures and the politics of transspecies engagement. *American Ethnologist*, 34, 3-21.
- Kohn, E. (2013). *How Forest Think: Toward and Anthropology Beyond the Human*. Berkeley: University of California Press.
- Koscinczuk, P. (2017). Domesticación, Bienestar y Relación entre el Perro y Los Seres Humanos. *Revista Veterinaria*, 28, 78-87.
- Lancy, D. (2015). *The Anthropology of Childhood: Cherubs, Chattel, Changelings*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lévi-Strauss, C. (1962). *El Totemismo En La Actualidad*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi-Strauss, C. (1969). *Estructuras Elementales del Parentesco*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

- Mauss, M. (1974). *The Gift: Forms and functions of exchange in Archaic Societies*. London: Routledge.
- Moore, D., Pandian, A., & Kosek, J. (2003). *INTRODUCTION. The Cultural Politics of Race and Nature: Terrains of Power and Practice*. Durham and London: Duke University Press.
- National Geographic. (30 de Agosto de 2012). *National Geographic España*. Obtenido de ¿Por qué existen tantas razas de perros?: [http://www.nationalgeographic.com.es/ciencia/grandes-reportajes/y-el-hombre-creo-al-perro-2\\_6276/1](http://www.nationalgeographic.com.es/ciencia/grandes-reportajes/y-el-hombre-creo-al-perro-2_6276/1)
- Noli, e. (2010). Social y culturalmente ambiguos: criollos-mestizos de Tucumán, siglo XVII. *Memoria Americana: Cuadernos de Etnohistoria*, 18(2), 239-266.
- Paz, A., & Paz, C. (27 de Abril de 2017). Entrevista: Andrea y Claudia Paz / Libro: El travieso cuy. *ENTRELIBROS*. (J. C. Yrigoyen, Entrevistador) TVPERÚ. Lima. Recuperado el 15 de Mayo de 2018, de <https://www.youtube.com/watch?v=Q7fxoDO6qo>
- Raffles, H. (26 de Abril de 2013). AE Interviews Hugh Raffles (New School, NY). (D. Daser, Entrevistador)
- Reichel-Dolmatoff, G. (1990). Algunos conceptos de los indios Desana del Vaupés sobre manejo ecológico. En F. Correa, *La Selva Humanizada: Ecología Alternativa en el Trópico Húmedo Colombiano* (págs. 35-41). Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sahlins, M. (2013). *What is Kindship... And is Not*. Chicago : University of Chicago Press.
- Seranne, A., Morden, D. L., Sammet, W. J., & Gasow, J. (2004). *The Joy of Breeding Your Own Show Dog*. Howell Books.
- Serje, M., & Salcedo, A. (2008). Antropología y etnografía del espacio y el paisaje. *Antípoda*, 9-11.
- Sociedad Protectora de animales. (Junio de 2017). *sociedadprotectoradeanimales.org*. Obtenido de <http://www.sociedadprotectoradeanimales.org/index.php/es/historia>
- Taussig, M. (2011). *I Swear I Saw This: Drawings in Fieldwork Notebook, Namely My Own*. Chicago : University of Chicago Press.
- Ticktin, M. (2011). *Casualties of Care: Immigration and the politics of humanitarianism in France*. Berkeley: University of California Press.

- Viveiros de Castro, E. (2004). Perspectivismo y multinaturalismo en la América indígena. En A. Surrallés, & P. García Hierro, *Tierra Adentro: Territorio indígena y percepción del entorno*. (págs. 37-79). Copenhague: Grupo Internacional Sobre Asuntos Indígenas.
- Wade, P. (2000). *Raza y Etnicidad en Latinoamérica*. Quito: Ediciones ABYA-YALA.
- Witt, K. E., Judd, K., Kitchen, A., Grier, C., Kohler, T. A., Ortman, S. G., . . . Malhi, R. S. (2015). DNA analysis of ancient dogs of the Americas: Identifying possible founding haplotypes and reconstructing population histories. *Journal of Human Evolution*, 79, 105-118.